



TÚ + YO =

EXTENSO

PHAVY PRIETO





TÚ+YO=

EXTENSO

PHAVY PRIETO



+18

Índice

Tu + Yo = Extenso

Sinopsis

Dedicatoria

1 . habitación 568

2 . solos tú y yo

3 . no soy un cobarde

4 . huir no es una opción

5 . ¡ nos casamos !

6 . tú no eres como él

7 . trece de mayo

8 . un cumpleaños inolvidable

9 . celos y amenazas

10 . la peor de las pesadillas

11 . agonía POV ALEJANDRO

12 . secuestrada

13 . sueños extraños

14 . mafia rusa

15 . mareos y nauseas

16 . ¿ embarazada ?

17 . lágrimas desgarradoras

18 . una oportunidad

19 . siempre juntos

20 . la boda

21 . isla irina

22 . mi zafiro POV ALEJANDRO

23 . el dios griego

Agradecimientos

[Sobre la autora](#)

SINOPSIS

Alejandro ha confesado sus miedos a Irina, se ha enfrentado al pasado y aceptando que no puede vivir sin ella le ha propuesto matrimonio.

Irina es feliz sabiendo que Alejandro la ama, pero el destino hará que su dicha se vea mermada cuando comprenda que nunca tendrá una familia de verdad.

¿Lograrán alcanzar una estabilidad para ambos?, ¿O será ese el fin de su relación? Tal vez el destino juegue sus cartas revelándose ante ellos sin previo aviso, provocando que descubran la verdadera razón de sus sentimientos.

© PHAVY PRIETO

© 2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo:
EDICIONES CORAL (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

ISBN digital: 978-84-949745-9-5

Primera edición: Diciembre 2018

Diseño portada e ilustraciones: Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A Simone.

*El hombre con el que deseo compartir mi vida y mi dios griego de ojos
azules.*

Te amo, amor.

1. habitación 568

La música había desaparecido, en ese momento no me importaba la gente que nos miraba, las velas alrededor iluminando tenuemente el lugar o la orquesta que seguía sonando al fondo con música celestial. Solo existía Alejandro para mi y de pronto unas lágrimas incontrollables comenzaron a inundar mi rostro no pudiendo contener la emoción que sentía en aquellos momentos. Eso sin duda era felicidad en estado puro, me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—Ya soy tuya, Alejandro —contesté emocionada—. Por supuesto que quiero ser tu esposa. No hay nada en el mundo que deseé más que tú —añadí mientras me tiré prácticamente a sus brazos y él me rodeó por la cintura al mismo tiempo que me alzaba y dábamos vueltas sobre aquel suelo lleno de pétalos de rosas.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del planeta —susurró mirándome a los ojos mientras nuestras frentes permanecían juntas y aún me sostenía en vilo pegada a su cuerpo.

—Solo soy feliz si estoy contigo —sentenció.

—Te quiero Irina. Te quiero tanto que no puedo ni expresarlo —contestó con tanta firmeza que sentía como el vello de la piel se erizaba ante aquellas palabras.

—Te quiero Alejandro —jadeé—. Vayámonos ahora. Llévame a un lugar donde estemos a solas, porque en este momento quiero hacer

demasiadas cosas que no estarían permitidas en público —dije con una sonrisa cómplice.

—Te llevaré a la mismísima luna si así lo deseas —contestó justo antes de besar mis labios y en ese momento sentía realmente que mi dios griego me había llevado verdaderamente al Olimpo de los dioses donde me haría feliz para toda la eternidad.

Para mi sorpresa no regresamos a casa, sino que volvimos de nuevo a esa habitación 568 donde tuvimos nuestro primer encuentro en el hotel el Petite Palace. Sonreí en cuanto Alejandro abrió la puerta para dejarme entrar antes que él, justo en el momento en el que lo hice no avancé ni dos pasos cuando él me agarró de la cintura para evitar que siguiera avanzando y de un solo movimiento atrapó mi cuerpo entre sus brazos sintiendo la firme pared a mi espalda.

Su boca atrapó velozmente la mía que apresó sus labios con imperiosa necesidad y devastación. Deseaba tanto el néctar procedente de su boca que me deleité saboreando su lengua entrelazándola con la mía mientras escuchaba el ruido ronco que hacía su garganta siendo consciente de que aquello era un síntoma del placer que le provocaba.

Sus labios fueron descendiendo lentamente por mi cuello saboreando cada palmo de piel candente, haciendo que vibrara de emoción con cada nuevo aterciopelado beso humedecido que dejaba rastro en mi cuerpo. No teníamos prisa, a pesar de necesitarnos, ahora sabía que pasaría el resto de mis días a su lado y era plenamente feliz de saberlo, como si aquello hubiera calmado mi ansiedad y concediéndome mi más ferviente deseo que era permanecer al lado de Alejandro para siempre.

Con sumo cuidado fue bajando los tirantes de mi vestido hasta

dejar mi pecho completamente al descubierto y aproveché la situación para abrirle la camisa de un movimiento provocando que los botones se desperdigaran por la habitación. De alguna forma estábamos reviviendo aquella magnífica noche en la que todo había cambiado para nosotros, en la que sin duda alguna fuimos conscientes sin saberlo que jamás podríamos encontrar en otra persona la conexión que sentíamos el uno hacia el otro.

La mano de Alejandro acogió uno de mis pechos y jadeé con su contacto, él me observó y sonrió de medio lado justo antes de meterse el pezón en la boca y gemí acercándome más a él, sintiendo como sus manos se aferraban en mi cintura y bajaban hasta mis nalgas donde comenzaron a deslizarse bajo la falda de aquel vestido que llevaba.

—Alejandro —susurré en un leve jadeo entrelazando mis dedos en su cabello y tirando de él para apresar de nuevo su boca con suma ansia de placer.

—Dime qué deseas preciosa —contestó separándose un instante sin dejar de rozar mis labios.

—A ti —afirmé volviendo a acortar la distancia—. A ti dentro de mi —insistí.

—No hay nada en el mundo que me complazca más —gimió mientras sentía como me daba la vuelta y subía mi vestido provocando que mis nalgas desnudas quedaran a la vista tras llevar medias de ligeros a pesar del frío—. A veces pienso que eres demasiado hermosa para ser real —confesó paseando sus dedos por mi piel y deslizando la prenda de lencería que llevaba puesta hacia abajo, dejándome completamente expuesta a su merced.

Aún no me acostumbraba a ese nuevo Alejandro sin reservas, a

esa sensación de saber que me quería sin límites y sin restricciones. A un hombre que finalmente se había abierto a mi confesándome sus miedos, aunque todavía me quedaban demasiadas cosas por conocer de su pasado, pero estaba segura de que me las terminaría confesando. Él era el hombre de mi vida y afrontaría cualquier contratiempo siempre que estuviera a mi lado.

—Llévame al Olimpo —musité sonriente mientras me inclinaba hacia él, rozándome con su entrepierna abultada bajo aquel pantalón de traje impecablemente planchado.

En ese momento noté una palmada en mi nalga y jadeé de placer, me giré para observar esa mirada intensa sumamente placentera que anticipaba el puro éxtasis que estaba segura de que obtendría en cuanto me poseyera.

—Tu dios griego te llevará a donde desees preciosa —escuché justo antes de notar como se adentraba lentamente hundiendo su polla en lo más profundo de mi ser y grité ante el placer que ello me provocaba mordiéndome el labio.

—¿Es esto lo que querías? —exigió acercándome a él y alejándose de nuevo consiguiendo que gimiera de agonía.

—¡Dios!, ¡Si! —exclamé suplicante mientras comencé a ajustar mi ritmo al suyo con aquel movimiento de sus embestidas que empezaba a incrementarse. Era superior, sublime... sencillamente inigualable.

En el momento que alcancé aquel infinito placer perdiendo todas mis fuerzas y dejándome caer hacia atrás para que él me sostuviera. Noté su fuerte abrazo al mismo tiempo que me envolvía el calor de su cuerpo como si de alguna forma me protegiera entre aquellos fuertes brazos haciéndome sentir segura.

—Te quiero tanto Irina —susurró con una voz tan dulce que pensé que se trataba de un sueño.

Aquello parecía realmente un sueño, después de todo lo que habíamos pasado hasta llegar allí, de todas y cada una de las discusiones, malos entendimientos o separaciones; nuestro final feliz parecía haber llegado al fin. Nunca lo hubiese creído tras aquellos meses en los que pensé que todo estaba perdido, tal vez ese fuera nuestro destino, quizá teníamos que pasar por todo ello para conseguir llegar al punto en el que nos encontrábamos ahora y gozar de la felicidad que teníamos.

—He deseado tanto este momento —contesté aferrándome a sus brazos—. Te quiero mi dios griego —añadí sonriente y sentí como me alzaba entre sus brazos hasta que finalmente me depositaba con suma delicadeza sobre aquella cama que para mi sorpresa también estaba cubierta de pétalos de flores como el lugar donde me había pedido matrimonio. Sonreí al imaginar a Alejandro ultimando todos aquellos detalles, planificando al milímetro cada uno de los lugares y conociéndole como empezaba a conocerle suponía que no había dejado nada a la improvisación.

—Lo tenías todo planeado —dije en ese momento llevándome un puñado de aquellos pétalos a la nariz para oler su esencia, inspirando ese aroma que embriagaba la habitación y que hasta ahora ni siquiera me había percatado de ello porque el resto de mis sentidos estaban demasiado ocupados para prestar dicha atención.

—Reconozco que me costó un poco que no te dieras cuenta —admitió algo sonriente y le vi dirigirse hacia la mesa. Mis ojos repararon en que justo al lado había un carrito lleno de platos tapados, exactamente de la misma forma que en nuestro primer

encuentro, como si de algún modo tratara de rememorar aquel recuerdo.

— ¿Por qué me has traído a esta habitación Alejandro? — pregunté a pesar de intuir la respuesta, pero quería saber las razones por las que había creído conveniente llevarme hasta allí precisamente esa noche desde sus propios labios.

— Porque ese día cambiaste mi vida. — Aseguró volviendo hacia la cama con aquel carrito—. Aunque todo comenzara con aquella foto que aún te niegas a decirme para quien iba dirigida, fue aquí donde descubrí que me había vuelto adicto a ti.

En ese momento le miré fijamente y sonreí. Era cierto, siempre me había negado a revelarle la identidad de la persona a la que iba dirigida aquella imagen, pero la verdad es que ni siquiera le conocía, de hecho, no tuve la intención de ponerme en contacto con ese chico después de equivocarme y sencillamente lo anulé de mi vida como si fuera una información irrelevante.

— Imagino que, si vamos a pasar el resto de la vida juntos ya no habrá más secretos entre nosotros. — Sentenció y vi como él destapaba el primer plato revelando unas almejas en algún tipo de salsa que recordaba también haberlas probado en aquella ocasión si la memoria no me fallaba.

— Ningún secreto — confesó mirándome fijamente.

— Está bien — dije acercándome hasta él y sentándome sobre sus piernas mientras le abrazaba—. La noche que te envié aquella imagen me había registrado en un chat para ligar, una de esas tantas aplicaciones absurdas de contactos — admití con cierta vergüenza—. No me juzgues por ello porque era la primera vez que lo hacía y tampoco tenía intención alguna de quedar con nadie, solamente me

apetecía divertirme un rato. La cuestión es que conocí a un chico que se llamaba Alejandro y me pasó su teléfono para que le enviase una foto y seguir hablando. En ese punto yo no recordé que ya había registrado en la agenda esa mañana a un Alejandro cuando mi madre me dio tu teléfono por si tenía algún problema en la empresa, supongo que como lo hice con prisas no presté la atención necesaria para recordarlo en aquel preciso momento. El resumen es que en lugar de enviarle esa fotografía al chico del chat que acababa de conocer, te la envié a ti.

—¿Fui un error fortuito? —exclamó anonadado, podría decir que incluso parecía decepcionado.

—Lo cierto es que si —contesté riéndome de lo absurda que fue la situación. Observé como fruncía el ceño algo serio y coloqué una mano en su mejilla para que me mirase—. Nunca me he alegrado tanto en toda mi vida de haber cometido ese error fortuito —aseguré perdiéndome en ese mar azul de profundos ojos que jamás me cansaría de observar.

—Me había imaginado tantas cosas respecto a esa foto... —contestó con una expresión contrariada.

—Tu fuiste el único que vio esa imagen y también su único dueño. —Sonreí acariciando su pecho porque era verdad, él era la única persona que poseía dicha imagen.

—En el fondo debo agradecerle a ese tipo que se llamara como yo —afirmó con un poco más de entusiasmo—. De lo contrario no habría tenido lugar tal confusión tan beneficiosa para mi —añadió ahora con cierta sonrisa en sus labios y aproveché para coger una de las almejas de aquel plato y llevármela a la boca.

—Cuando descubrí que te había enviado realmente la foto a ti,

entré literalmente en pánico —contesté riéndome recordando la situación—. Llamé histérica a Nadia pensando que eras un viejo verde que se masturbaría viendo mi foto medio desnuda.

—¿No sabías quién era?, ¿Ni siquiera buscaste una foto mía en la web de la empresa? —preguntó curioso.

—En absoluto —admití—. Nunca quise interesarme por la dirección de la empresa porque quería empezar desde lo más bajo e ir ascendiendo, así que no supe quien eras hasta el momento en que te vi en la cafetería y una compañera de trabajo lo mencionó. Ahí fue cuando comprendí que eras tú a quien le había enviado aquella foto.

—¿Y cuál fue tu reacción al saberlo? —exclamó con cierto tono de interés y no pude evitar reírme al recordarlo.

—Que menuda desgraciada era por enviarle la foto a un chico increíblemente guapo, pero tremendamente gay —contesté mordiéndome el labio para aguantar la risa.

—¿Gay? —gritó atónito como si fuera el peor insulto que le podría haber mencionado.

—Al parecer más de una chica en la oficina pensaba que lo eras porque nunca solías prestarles atención. —Musité llevándome otra de las almejas a la boca y degustándola con sumo cuidado en un gesto provocador.

—Me parece que quedó lo suficientemente demostrado que no era así, aunque si aún sigues teniendo dudas creo que puedo aclarártelas enseguida, solo tienes que decirme donde y cuando. —Aseguró con semblante serio

—Eso suena bien, mi prometido. —Sonreí divisando entonces el anillo que llevaba en mi mano izquierda.

Se trataba de un solitario de oro blanco con un diamante

engarzado que brillaba insólitamente casi tanto como el amor que sentía por ese hombre de increíbles ojos y cuerpo de dios mortal. Solo había que contemplar esos músculos bronceados y curtidos a base de ejercicio disciplinado para saber que no era de este mundo.

—¿Te gusta? —preguntó al verme observar atentamente la alianza y salí de mi ensoñación volviendo al presente.

—Me encanta, es precioso... ¿Lo elegiste tu? —contesté sonriente tratando de imaginar a Alejandro en alguna joyería mirando meticulosamente cada artículo.

—Sí —afirmó acariciando mi espalda y me apoyé parcialmente en su pecho.

Era increíble que de verdad estuviera pasando, que después de todo fuésemos a casarnos.

—¡Oh dios mío! —grité—. ¡Mis padres! —exclamé—. Tendremos que decírselo... —susurré con algo de congoja porque no sabía como iban a reaccionar. Probablemente me dirían que era demasiado joven o que aún no le conocía lo suficiente para casarme tan pronto, pero no estaba más segura de algo en toda mi vida que de querer estar junto a Alejandro.

—Quizá sea mejor decírselo cuándo hayamos elegido una fecha —contestó Alejandro con una calma demasiado tranquilizadora.

—¿Tan seguro estás de que mi padre te aceptara como su yerno? —pregunté con media sonrisa.

—¿Qué harás si no es así?, ¿Qué harías si tu padre se opone a nuestro compromiso? —preguntó entonces mirándome fijamente.

—Tendría que aceptarlo si quiere que sea feliz, pero te elegiría a ti Alejandro, que no te quepa la menor duda. —Aclaré segura de mis palabras sabiendo que él era mi presente y mi futuro.

—Entonces me alegro de que me diera su consentimiento para proponerte matrimonio —contestó inmediatamente y observé su rostro alegre.

No me lo podía creer, ¿Realmente le había pedido permiso a mi padre para proponerme matrimonio? Solo a él se le podría ocurrir hacer algo así, incluso traté de imaginar la escena y no podía evitar mordirme el labio imaginándome el rostro de mi padre cuando Alejandro le hizo tal confesión. Sin duda tendría que preguntarle su reacción, pero si le había dado su consentimiento, si mi padre aprobaba que me casara con él, significaba que estaba seguro de que no encontraría a otro hombre como Alejandro.

Desde que tengo uso de razón mi padre ha querido lo mejor para mi, es más, siempre ha deseado que me casara con un buen ruso de buena familia y a ser posible se involucrase en las empresas. Lo cierto es que ninguno de mis novios había cumplido tales expectativas, pero quizá Alejandro reunía todos los requisitos salvo el de tener sangre rusa, aunque yo estaba completamente segura de que nadie mejor que él velaría por los intereses de la empresa tal como lo hacía mi padre. Si. Probablemente mi felicidad fuese un factor clave para mi progenitor, pero estaba casi convencida de que mi padre había investigado a Alejandro y que había descubierto algo en él que por alguna razón le convertían en el yerno adecuado.

2. solos tú y yo

A pesar de los acontecimientos y aquel fin de semana apoteósico en el que la mayor parte del tiempo lo pasamos encerrados en aquella habitación de hotel. Alejandro la había reservado para todo el fin de semana con masajes eróticos incluidos y todo un arsenal que había preparado para no aburrirnos precisamente, pero el lunes tocó volver al trabajo y a la realidad.

Habíamos decidido no hacerlo público a la prensa hasta hablarlo formalmente con mis padres a pesar de que previamente Alejandro le hubiera pedido permiso para casarse conmigo expresamente — todavía no me imaginaba la escena por más que la había intentado reconstruir en mi cabeza—, quería comunicárselo personalmente a ellos y así concordar una fecha, aunque teníamos más o menos establecido que fuera en aproximadamente cuatro o cinco meses, tiempo más que suficiente para organizar una pequeña ceremonia íntima.

Lógicamente no me pude aguantar más las ganas y aprovechando que estaba sola en mi despacho llamé a Nadia. Ella era mi mejor amiga y se merecía ser la primera en saberlo puesto que durante todo aquel fin de semana había desconectado por completo el teléfono y ni tan siquiera me había puesto a leer los cientos de mensajes que debía tener acumulados por no mencionar los correos de la empresa.

—¿Se puede saber dónde te has metido? —exclamó nada más

descolgar el teléfono con un tono de preocupación.

—¡Buenos días para ti también! —exclamé llena de alegría.

—Por lo que veo estás alegre, así que intuyo que se habrá debido arreglar el problema que tenías con Alejandro y que finalmente no te está engañando —dijo atropelladamente.

—Pues no... —musité haciéndome la interesante y levantándome de la silla para visualizar las magníficas vistas que poseía desde la oficina a la gran ciudad. Esa era una de las cosas que más me gustaban de aquel edificio céntrico.

Me había instalado en un despacho contiguo al de Alejandro, por lo que, a pesar de no estar juntos explícitamente, no es que estuviéramos muy alejados el uno del otro como si de algún modo solo nos hiciera cruzar la puerta para calmar esa ansia que por más tiempo que pasábamos juntos no se evaporaba.

—¿Y bien? —preguntó algo intrigada y sonreí a pesar de no producir sonido alguno por la cara que debía estar poniendo Nadia al respecto.

—¡Que me caso! —grité no pudiendo contener un segundo más las ansias de soltarlo en un chillido que podría asegurar que traspasaría las paredes de no ser por lo bien aisladas acústicamente que se encontraban.

—¿Qué? —exclamó atónita—. ¿Qué te casas? —añadió alzando la voz completamente asombrada.

—¡Si! —volví a gritar eufórica—. Esa era la razón por la que Alejandro estaba tan extraño últimamente —dije recordando nuestra última conversación donde la ponía en antecedentes sobre lo preocupada que estaba desde que había regresado de Moscú con y él estaba demasiado raro e incluso a veces hasta me evitaba.

—¡No me jodas! —Soltó y parecía que la estaba viendo sentándose en el primer lugar donde encontraba—. Así que sí que va en serio el tío... —añadió con un tono de voz menos apagado.

—¡Ay Nadia!, ¡Estoy tan feliz! —exclamé con el tono de ensoñación y felicidad que me acogía desde entonces, miré de nuevo aquel anillo que no me había quitado ni para ducharme y que desde luego no pensaba quitarme en el resto de mi vida.

—Me alegro mucho por ti Irina, después de todo lo que habéis pasado y de que él al fin consiguiera abrirse a ti contándote su pasado, esto significa que a él le importas de verdad, que quiere pasar el resto de su vida a tu lado. —Aseguró y mis ojos se volvieron cristalinos de nuevo ante la verdad de las palabras de mi amiga.

—Si soy sincera aún no me lo creo —admití—, que después de todo lo que hemos pasado al fin llegase este momento. —Sonreí derramando alguna pequeña lagrimilla mientras me reía.

—¡Anda tonta!, ¡Si eres una suertuda! —exclamó tratando de animarme—. ¿No tendrá un hermano o un primo por ahí que esté igual de bueno? —soltó sin más y comencé a reírme de verdad.

—Pues hermanos o primos no, pero amigos unos cuantos... —respondí recordando a los siete enanitos —que no eran precisamente enanos— amigos de Alejandro.

—¡Cásate pronto! —gritó y exclamé una carcajada monumental—. ¡Que necesito sexo en mi vida! —Su voz rozaba casi la desesperación y eso en Nadia me extrañaba, ella era una chica inteligente y guapa, no era precisamente por falta de candidatos si estaba tan desesperada...

—¿Tan mal están las cosas? —pregunté incrédula.

Nadia era bellísima y con un cuerpo espectacular, sabía que con

solo chasquear los dedos podría tener a una lista de pretendientes haciendo cola para entrar en su cama. De hecho, mi primo Andrei podría ser uno de los primeros ahora que lo pensaba.

—Peor que mal —admitió con cierta pesadumbre—. No me malinterpretes, adoro mi trabajo y me encanta lo que hago, pero es sumamente agotador —dijo en un suspiro.

—¿No puedes simplemente reducir las horas de trabajo? —pregunté no sabiendo exactamente como funcionaba aquello, pero desde luego sabía que Nadia no trabajaba tanto precisamente por dinero, puesto que sus padres tenían solvencia económica.

—No si quiero quedarme en este hospital —admitió con pesar—. El primer año es el más duro de todos y ya lo sabía antes de entrar, si consigo buenas referencias la junta directiva aprobará mi admisión y podré ampliar mi especialización hasta quedarme definitivamente.

—Sé que lo vas a conseguir. No me cabe la menor duda —afirmé visualizando el plan semanal que mi secretaria me había enviado desde Moscú con la programación de los siguientes días y vi que debía viajar a Inglaterra. Maldije internamente por tener que ausentarme, aunque fuera un par de días justo después de que me hubiera comprometido con Alejandro.

—Si no me muero antes... —admitió con cierta ironía Nadia—. Por cierto, ¿Cuándo será la boda?, ¿Ya tenéis fecha? —preguntó e intuí su voz desesperada.

—Aún no, pero no quiero prologarlo más de tres o cuatro meses a ser posible. Me gustaría que fuera algo rápido y lo más sencillo posible, aunque ya sé que tendré una cantidad de invitados exagerada por todos los contactos de la empresa y de compromisos de mi padre.

—¿Y será en España o aquí en Rusia? —preguntó y no supe que responder porque ni tan siquiera me lo había planteado hasta el momento.

—No tengo ni idea. —Admití sentándome en la silla y de pronto fui consciente de todo lo que una boda implicaba por muy íntima o pequeña que quisiera hacerla—. No tengo ni idea de nada.

Tendría que gestionar desde el desplazamiento y alojamiento de los invitados, hasta el elegir el lugar, las decoraciones, invitaciones, flores, vestidos, damas de honor, lista de invitados, menús, tartas, viaje de novios... Me estaba dando dolor de cabeza solo de pensarlo

—Lo primero es que contrates a una organizadora de bodas y que lleve todo el tema —dijo Nadia de pronto y una bombillita pareció iluminarse en mi cabeza.

¡Pues claro! ¡Cómo no había caído antes que existían ese tipo de personas!

—Que haría yo sin ti... —susurré mientras apuntaba en mi agenda buscar a la mejor organizadora de bodas en cuánto decidiéramos donde celebrar la boda.

Nadia comenzó a reírse y nos despedimos. Ella entraba a trabajar con doble turno y yo aún tenía demasiadas cosas que hacer, por no mencionar que casi se me había olvidado la entrevista para la revista empresarias del año en la que saldría como portada el próximo mes por ser la mujer más joven en alcanzar la presidencia de una de las empresas más consolidadas del mercado.

En primera instancia iba a declinar la oferta, pero después de hablarlo con la junta directiva se llegó a la conclusión de que era una oportunidad de publicidad adecuada para el consorcio Komarov que no podíamos dejar pasar. Lo de salir en la portada de una revista de

economía no me hacía especialmente ilusión, suponía que después de que mi madre intentara hasta la saciedad que fuera modelo y me llevase a varios castings para ello, aborrecí el posado y todo ese tejemaneje que tenía ese mundillo detrás de las cámaras. No me gustaba la hipocresía, ni la falsedad que siempre se creaba en ese ámbito.

—Señorita Komarova, los de la revista Forbes están aquí — anunció la chica que gestionaba todos mis asuntos allí en la sede de Madrid y se coordinaba con mi secretaria en Moscú, casi podría decirse que era una especie de asistente personal para recordarme que debía hacer durante el día, puesto que ya había descubierto que teniendo a Alejandro al lado, me había convertido en la persona más impuntual de toda la galaxia.

—Hazles pasar Evelyn —contesté amablemente mientras me alisaba las inexistentes arrugas de aquel vestido color caramelo ajustado de manga al codo y escote de barco que había elegido para la sesión de fotos.

No me apetecía llevar nada espectacular, sino dar una apariencia de sobriedad y elegancia dignos del puesto que ostentaba. Me ajusté el pelo asegurándome de que caía bien sobre mis hombros y me levanté en cuanto se abrió la puerta para recibirles, eran dos chicos uno mucho más joven que el otro y se presentaron inmediatamente como el fotógrafo y periodista que realizarían el reportaje para la revista.

Fue más fácil de lo que pensaba y lo cierto es que me hicieron sentir cómoda en todo momento sin preguntas incómodas. El alcance de aquel pequeño reportaje tendría repercusión mundial puesto que era una revista muy conocida entre el mundo de las finanzas y más

aún famosa por hablar sobre las personas más influyentes y millonarias del mundo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó esa voz ronca que me hacía vibrar de sensaciones estremecedoras.

—Bastante bien —contesté alzando la vista de mi ordenador para visualizar a ese dios griego andante que caminaba hacia mí con paso decidido.

Desde luego le hubiera ido extremadamente bien siendo modelo, más aún de ropa interior. Aún me pregunto si en lugar de dedicarse a atender tras la barra de un bar para pagarse sus estudios hubiera decidido prestar su imagen ahora mismo sería el hombre más deseado del planeta.

»Mejor para mí« pensé» .Ahora es solo mío«

—Aún no me agrada la idea de que salgas en la prensa y estés expuesta en todos los periódicos del país frente a tanto degenerado suelto. —Habló Alejandro con semblante serio y supuse que estaría algo celoso a pesar de no tener motivo alguno para estarlo.

—Sabes que a mí solo me importas tú, ¿no? —dije acercándome a él que se había dejado caer sobre la mesa y me coloqué entre sus piernas para abrazarle.

—Solo seremos tu y yo siempre, ¿verdad? —respondió acercándose hasta mis labios peligrosamente mientras colocaba delicadamente mi cabello hacia atrás dejando el cuello al descubierto para después colocar precisamente allí sus manos desnudas.

El roce de su piel caliente al tacto con la mía era estremecedor, hasta el punto de consolar mi desasosiego en las peores circunstancias.

—Solo tú y yo. Siempre —contesté sonriente acortando la

distancia que había hasta su boca para obtener el elixir de mi esencia.

¡Dioses! Si no fuera porque faltaba muy poco para la hora del almuerzo, estaba segura de que me lo comería enterito a él entre el hambre y el deseo que sentía hacia ese hombre.

—Mejor vayamos a almorzar —dijo separándose lentamente de mis labios a pesar de la evidente frustración que sentí cuando lo hizo —. Tenemos una reunión a primera hora de la tarde —jadeó e inclinó la vista hacia su pantalón donde podía apreciarse una evidente erección.

—¿Sabes que aún no hemos estrenado esta mesa en condiciones? —pregunté en un tono que evidenciaba mis pretensiones.

—No me tientes Irina... —gimió—. Porque soy capaz de todo cuando se trata de ti.

Aquella afirmación hizo que la piel de todo mi cuerpo se erizara, que mi pulso se acelerara y que desde luego mi deseo infernal explotara. No necesitaba mucho más para saber que mi dios griego deseaba aquello tanto como yo, así que coloqué una de mis manos en su cuello para atraerle bruscamente mientras la otra viajaba a través de su camisa hacia el cierre del cinturón que había en sus pantalones.

Alejandro no intentó negarse, ni tan siquiera interrumpió mi ataque hacia su integridad sino todo lo contrario, se abalanzó sobre mí con aquella fuerza e ímpetu que se apoderaban de él cuando destapaba su pasión y antes de darme cuenta estaba tumbada sobre aquella mesa de roble macizo con mi dios griego entre las piernas culminando en un placer sumamente exquisito.

—El viernes he quedado con mi hermana y Alberto para cenar —mencionó en cuanto ordenamos al camarero la comanda de lo que deseábamos almorzar en un restaurante cercano a las oficinas.

Decidimos que no era oportuno frecuentar la cafetería después de confirmar nuestra relación para no levantar demasiadas habladurías, así que, si no podíamos regresar a casa a la hora del almuerzo por algún compromiso en la tarde en el que no nos diera tiempo, almorzábamos en algunos de los restaurantes cercanos a la oficina. Eso también nos dejaba margen para hablar de cosas personales sin que las pudieran escuchar terceras personas.

—No creo que haya problema —contesté llevándome el vaso de agua que nos habían servido nada más sentarnos para calmar mi sed—. Debo viajar el jueves a Inglaterra para una convención de empresas, pero espero volver en el mismo día o el viernes a primera hora —aseguré informándole.

—¿Viajarás sola? —exclamó frunciendo el ceño y bastante serio.

—Si —contesté como si fuera lo más normal—. Bueno... Evelyn me acompañará probablemente para gestionar y coordinar mi agenda —recordé en ese instante y noté a Alejandro algo más relajado.

—No sé si me acostumbraré a que te ausentes cada poco tiempo —afirmó cogiendo —ahora él— el vaso de agua y bebiéndose todo su contenido con aquel gesto como si de verdad lo necesitara—, pero supongo que no me queda más remedio que aceptarlo —añadió con lo que pude apreciar una gran resignación de la situación.

—En algún momento deberé frenar el ritmo —contesté sonriente refiriéndome al hecho de tener hijos, aunque aún era demasiado pronto para pensar siquiera en ello.

—Eso espero —contestó sonriendo del mismo modo y me alegró el hecho de saber que él también deseara ser padre algún día entendiendo a lo que me estaba refiriendo.

—Por cierto, ¿Qué tal se encuentra Teresa con el embarazo? — pregunté recordándolo—. No he tenido tiempo de llamarla o quedar con ella para preguntarle como lo lleva.

—No lo sé, imagino que bien —contestó secamente, pero no me dio tiempo de insistir en ello porque el camarero llegó con nuestros primeros platos y Alejandro cambió enseguida de tema centrándonos en trabajo, ya que en cuestión de una hora tendríamos una reunión bastante importante sobre un nuevo proyecto de inversión en tecnología de innovación para el desarrollo de ahorro energético.

3. no soy un cobarde

Al final tuve que quedarme la noche del jueves por varios imprevistos de última hora que se alargarían al día siguiente, así que me resigné a dormir sola en aquella habitación de hotel que ahora me parecía estremecedoramente vacía sin la compañía de Alejandro.

Tal vez tener que quedarme pudiera conllevar algo bueno, quizás podría escaparme a Harrods entre otras cosas para hacerme con varios conjuntos de ropa interior que sorprendieran a Alejandro puesto que era bastante exquisito en ese ámbito. Repasando los últimos puntos que debía aclarar al día siguiente antes de marcharme para que aquella escapada no se hiciera infinita, mi teléfono comenzó a sonar y sonreí cuando visualicé la foto de Alejandro en la pantalla que había colocado hacía tan solo unas horas mientras hacía tiempo en el avión. Era una foto que le había hecho antes de viajar a Londres, con la simple idea de tenerla grabada en el teléfono ya que me había dado cuenta que no era demasiado participativo en cuanto a fotografías se refiere. Desconocía las razones, pero probablemente era algo relacionado con la privacidad, al menos había conseguido que sonriera al tomarle aquella.

—Hola dios griego —respondí nada más descolgar el teléfono en un tono más que sugerente.

—Debo imaginar que estás completamente sola si respondes así

—contestó en un tono más formal, aunque con evidencias de esa voz rasposa y ronca que tanto me agradaba.

—¿Y con quién iba a estar a estas horas? —exclamé apartando el teléfono y comprobando que eran las diez de la noche en España, una hora menos aquí en Inglaterra, pero teniendo en cuenta que se cenaba mucho antes, prácticamente era la hora de acostarse.

—Con tus guardias de seguridad, como tantas veces te he mencionado que debes tener siempre a tu lado —atajó y suspiré.

Tenía razón, tanto él como Andrei habían insistido en que no fuera ni siquiera al baño sin su explícita compañía, pero lo cierto es que pasar tanto tiempo acompañada de Alejandro, de mi asistente Evelyn —que se encontraba alojada en la habitación contigua—, había hecho que prácticamente me olvidase de utilizarles salvo cuando me desplazaba de un lugar a otro...

—Tranquilo, que estoy bien —aseguré tratando de tranquilizarle.

Sabía de sobra que al ser un personaje importante estaba expuesta, probablemente salir en aquella revista no beneficiaba en nada a ello, pero salvo el incidente hacía unos cuantos meses en aquel baño de hombres y del que afortunadamente Alejandro llegó a tiempo para salvarme, no había ocurrido nada significativo, de hecho, llamaba más la atención al llevar seguridad que sin ella.

—Me tranquilizaré cuando dejes de confiarte y siempre vayas acompañada en todo momento salvo que yo esté contigo —insistió.

—¿Es que te preocupa algo, Alejandro? —pregunté en ese momento tratando de averiguar si sus palabras tenían algún mensaje oculto, si en realidad había algo que desconocía y de ahí radicaba su insistencia.

—Solo me preocupa tu seguridad, preciosa —contestó de forma

elocuente y me tranquilicé, aunque no del todo. Tal vez me estaba ocultando algo para no preocuparme, pero en cualquier caso le resté importancia no queriendo empañar la conversación con banalidades de aquel tipo.

—¿Y qué te parecería si en lugar de eso, cogieras el último vuelo que sale esta noche hacia Londres mientras yo te espero en la habitación del hotel atada a la cama y con unas expectativas muy altas de ser follada— ?exclamé mordiéndome el labio inferior tras decir aquello y tratando de evitar un gemido que la sola idea de imaginar aquella escena me acontecía.

—Joder Irina... —le oí maldecir con un profundo sonido ronco de su garganta como si la sola idea le doliese en cierta parte de su anatomía.

—Vamos... di que sí —insistí a pesar de saber que al día siguiente él trabajaba.

—Sabes que no puedo hacerlo, mañana debo estar aquí, son días de cierre y debo supervisar todo —dijo con cierto pesar como si le doliera tener que admitirlo.

—Cobarde... —musité mordiéndome la lengua y recostándome en el mullido colchón alegando tener que ducharme para cortar la llamada.

Me apetecía dejarle con esa incertidumbre, con esa sensación de vacío de saber que le quería aquí conmigo y debía fastidiarme por no poder tenerle a pesar de que le necesitara. Tenía que reconocer que mi matrimonio no sería como el de mis padres, puesto que mi madre solía acompañar con bastante asiduidad a mi padre en asuntos de negocios, sobre todo cuando pasaba más de dos días fuera de la ciudad. En nuestro caso no tenía ni idea de como lograríamos

compaginarlo, pero esperaba encontrar un equilibrio, llegar al momento adecuado para frenar ese ritmo de trabajo. No me imaginaba estando siempre lejos de él y mucho menos de mis hijos cuando llegara el momento de tenerlos.

Con ese pensamiento me quedé finalmente dormida, queriendo encontrar una solución para algo que evidentemente no la tenía y en el momento que una suave caricia me despertó pude ver una sombra que provocó que me asustara y si no llega a ser por el increíble olor que tan bien caracterizado tenía, probablemente hubiera despertado a todo el hotel de madrugada con mis gritos a pleno pulmón creyendo que se trataba de un violador. Me aferré a aquella boca que apresaba mis labios con tanta fuerza como si fuera un manantial de agua fresca en medio de un mar desértico a pesar de estar aún somnolienta.

—Has venido —susurré entre jadeos mientras notaba sus dedos acariciando mi piel y yo bajaba mis manos por su pecho desnudo hasta encontrarme con la cinturilla de un pantalón elástico.

—Por supuesto que he venido —gimió acercándose a su cuerpo —. Nadie me dice que soy un cobarde y después me pone una mala excusa para intentar cortarme el teléfono —contestó con cierto atisbo de soberbia en sus palabras.

—¿Entonces no eres un cobarde? —exclamé divertida posando mis labios en su oreja para morder lentamente aquel pedazo de carne suave entre mis dientes.

—Puedo ser muchas cosas, pero la cobardía no es una de ellas. — Admitió justo antes de sentir como me alzaba y conforme fui bajando lentamente pegándome a su cuerpo sentía que se abría paso en mi interior.

¡Dios! Ni tan siquiera sabía como había logrado desnudarme sin ser consciente de ello, pero se sentía tan sumamente bien que incluso me apetecía fundirme con su cuerpo, uniéndonos en uno y formando parte de su ser. Alejandro no solo conseguía incitarme, excitarme y volverme loca de pasión, sino que al mismo tiempo lograba adentrarme en un mundo abstraído de la realidad del que siempre me dejaba con ganas de volver a estar. Necesitaba palpar esa sensación de nuevo y con cada instante de arrebatador placer que me otorgaban sus movimientos lo conseguía, lograba estar más cerca de ese paraíso.

—¡Más fuerte! —grité dejándome caer hacia atrás como si pretendiera contemplar las estrellas del firmamento a pesar de que lo único que estaba viendo era la oscuridad de aquella habitación.

La intensidad con la que sentía como Alejandro se adentraba en mi cuerpo con cada embestida era sumamente mortal para mi delirio, de un momento a otro sabía que aquella invasión febril y estremecedora me arrasaría con tanta fuerza como la lava de un volcán en plena erupción.

—Me vuelves loco preciosa... definitivamente perdí la cordura el día que te conocí —gimió mordiéndome uno de los pezones y exploté no pudiendo soportar un segundo más contenerme.

—Tal vez los dos la perdimos —susurré acercándome a sus labios y justo al rozarlos Alejandro me dio un cálido beso en ellos tan dulce que resultaba sobrecogedor—. Has venido. Realmente has venido —añadí colocando las palmas de mis manos en su pecho no creyéndome aún que estuviera allí.

—¿De verdad creías que no vendría después de llamarme cobarde— ?musitó con cierto aire sonriente dejando ver sus

perfectos dientes blancos que brillaban en la penumbra de la habitación.

—¡Solo viniste por eso! —exclamé dándole un pequeño manotazo en el pecho y por consecuencia Alejandro apresó mis brazos por las muñecas sujetándolas en mi espalda con una sola mano.

—¿Y por qué otra razón debería haber venido preciosa? —preguntó con ese tono ronco que solía incitar al pecado.

—Dímelo tu —contesté alzando el mentón y fijándome en aquellos ojos que estaban levemente bañados por la poca luz que se filtraba desde la ventana de la habitación.

—¿Quieres que te diga que vine porque no podía dormir sin estar contigo?, ¿Qué la sola idea de imaginarte desnuda amarrada a la cama y esperándome no se alejaba de mis pensamientos?, ¿Qué solo ansiaba salir corriendo importándome un cuerno como acabará el día de mañana por pasar la noche contigo? —Empezó a recitar y con cada una de sus respuestas me apretaba más hacia su cuerpo haciéndome vibrar.

—Por eso eres mi dios griego —contesté acercándome a sus labios deseando demostrarle cuánto amaba a ese hombre—. Te quiero tanto, Alejandro.

En cuanto soltó mis manos recorrí su espalda para abrazarle fuertemente, necesitaba apretarme contra él para saber que estaba ahí, junto a mí.

—Tú eres la única Irina —afirmó con voz ronca—. Siempre has sido y serás la única mujer que he amado... por ti movería montañas, te traería la luna o iría al mismísimo infierno si hiciera falta.

Mi corazón se encogió en ese momento y permanecimos así; abrazados, mientras el tiempo pasaba, pero a nosotros no nos

importaba.

Alejandro se marchó antes del amanecer en mi avión privado, puesto que él debía estar a primera hora en el trabajo y nos entretuvimos más de la cuenta —o mejor dicho, yo le entretuve mucho más de lo necesario—, de forma que perdió el vuelo para llegar justo a tiempo, debido a ello mi asistente cogió varios vuelos comerciales en la tarde para regresar a Madrid.

Sabía que eso implicaba perder mucho más tiempo, pero no había otro remedio, así que aprovechando las dos horas de margen que quedaban desde que terminé las reuniones, fui a Harrods como tenía pensado a pesar de no tener mucho tiempo para poder comprar detenidamente. Conseguí encontrar varias prendas de colección que sabía que serían un éxito rotundo en cuanto las estrenara, de hecho, si podía me pondría esa misma noche un conjunto azul marino de un tejido suave y liso veteado con transparencias horizontales por toda la tela de forma que quedaba muy insinuante.

—¡Lo sé!, ¡Llego tardísimo! —grité nada más entrar por la puerta y dejar las bolsas en el suelo mientras salía corriendo hacia el fondo de la habitación quitándome la ropa al mismo tiempo que corría.

En cuanto llegué a la habitación vi a Alejandro en el vestidor abrochándose los pantalones y aún sin camisa. Estaba descalzo y frené en seco deleitándome con aquel cuerpo, ¿Me acostumbraría algún día? Probablemente no, si no lo había hecho en todo el tiempo que llevábamos juntos y menos aún conviviendo, sería un defecto de fábrica el quedarme babeando mientras le miraba.

—Se supone que hemos quedado en veinte minutos —dijo acercándose hasta mi con aquel paso firme y pagado de sí mismo que hacía entender que no se avergonzaba en absoluto de su físico,

aunque por otro lado, ¿Cómo se iba a avergonzar? Seguro que, si pone una máquina de monedas al lado en la que le paguen por quitarse la camisa y enseñar esa tableta de chocolate, se forra.

—Voy, voy, voy —dije volviendo en sí de aquel trance y dando un paso adentrándome en el baño para darme una ducha exprés, pero su brazo en mi cintura me detuvo justo antes de poder hacerlo y ni tan siquiera pude protestar porque me dio uno de esos besos de película que te hacen soñar.

—Bienvenida a casa —gimió con una voz suave cerca de mis labios en cuanto apartó su boca de la mía.

—Gracias —contesté sonriente y cuando quise colocarme de puntillas para volver a deleitarme con sus besos, sentí una palmada en mi trasero haciéndome dar un chillido agudo.

—¡Y ahora a la ducha! —exclamó autoritario y me mordí el labio mientras obedecía.

Apenas tardé dos minutos en enjabonarme y ducharme, por suerte solo tenía que retocarme el maquillaje y acomodarme algo el pelo, así que en cuanto me enfundé en aquellos zapatos de tacón y cogí un vestido cruzado después de ponerme la ropa interior estuve lista en menos de cinco minutos.

—¿Has comprado algo para llevar? —pregunté mientras íbamos saliendo de casa recordando que no llevábamos nada.

—Cogeré una botella de vino como hago siempre —contestó Alejandro con semblante serio.

—¿Vino? —pregunté confundida—. ¿Vas a llevarle vino a una embarazada?

—El resto se supone que podemos beberlo, ¿no? —exclamó encogiéndose de hombros y me asombró que Alejandro tuviera tan

poca consideración con su hermana.

—Está bien, pasaremos por alguna pastelería de camino que aún esté abierta y compraré algo rápidamente.

Si Teresa ya era efusiva antes de estar esperando un hijo, ahora ya fuera por las hormonas o vete a saber qué; lo era más. En cuanto me vio aparecer por la puerta de su casa se abalanzó sobre mi en un abrazo sobrecogedor.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamó en cuanto se despegó de mi—. Quería llamarte, pero Alejandro me ha dicho que estabas muy ocupada y no quería ser una molestia en tu apretada agenda.

—He tenido bastante lío últimamente, pero la próxima vez llámame, mi asistenta logrará encontrar un hueco en la agenda —contesté sonriente mientras terminábamos de saludarnos y finalmente nos sentábamos.

—Bueno, ¿Qué es eso que querías contarnos Alejandro? —preguntó Alberto cuando todos estábamos al fin sentados.

—Pues... —comenzó a decir pareciendo buscar las palabras.

—¡No me digas que os vais a Moscú porque me da un algo! —chilló Teresa repentinamente provocando que me riera ante aquella ocurrencia que por otro lado, no era tan descabellado pensarlo.

—Más vale que lo sueltes porque tu hermana lleva dándome el coñazo toda la semana con que cree que te vas y no volverá a verte —aseguró Alberto cabizbajo.

—Irina ha aceptado casarse conmigo. —Soltó así sin preámbulos y el grito que dio Teresa nos dejó sordos a todos, incluido al bebé que llevaba en su vientre, de eso estaba segura.

—¿Y donde será la boda?, ¿Cuándo? Ni se os ocurra celebrarla cuando esté a punto de salir de cuentas eh —comenzó a recitar

Teresa de forma atropellada que realmente parecía estar hablando sola.

—Aún tendremos que decírselo a mi familia —contesté mirando a Alejandro—, pero solo es cuestión de tiempo que fijemos una fecha —añadí sonriente y él me cogió la mano para llevársela a sus labios y depositar un delicado beso en el dorso.

—¡Esto se merece un brindis!, ¡Aunque yo brinde con zumo de naranja! —exclamó Teresa y comenzó a servir más vino en las copas—. Por qué no estarás también embarazada, ¿no? —preguntó mirándome con cierta complicidad justo antes de servir el vino.

—¡No! —negué rotundamente pensando en que eso sería precisamente lo que me faltaba en aquellos momentos, demasiado estrés tenía entre la empresa y ahora coordinar una boda, como para pensar en meter a un bebé de por medio.

—Bueno, pero espero que me deis pronto sobrinos —contestó con media sonrisa.

—No creo que eso sea posible hermanita. —Intervino Alejandro capturando la atención de todos, incluida la mía que no esperaba ni de lejos esa respuesta—. Irina y yo decidimos no tener hijos —añadió contundente.

¿Habíamos decidido no tener hijos? ¿Cuándo se suponía que habíamos mantenido esa conversación inexistente?

Enmudecí repentinamente y traté de recordar algún momento que le hubiera dado pie a Alejandro para pensar aquello. No había ninguno, sino todo contrario... incluso yo misma pensaba que él deseaba tenerlos, no de forma inmediata pero sí en algún momento.

—Esa es una decisión tan respetable como cualquier otra —contestó Alberto ante la sorpresa de Teresa que permanecía callada y

también la mía que probablemente estaba incluso pálida tras escuchar aquello.

Decidí no mencionar nada y guardar silencio, después de todo no era el momento, ni el lugar indicados para hacerlo, pero una sensación de congoja comenzaba a apoderarse de mi mente, era un sentimiento que crecía por momentos y hacía que me anticipara a los hechos sin saber siquiera cuál era su percepción al respecto. La sola idea de que Alejandro se negara a tener hijos imposibilitándome a mí en consecuencia crecía expandiéndose tan rápido como la pólvora y presentía que sería un tema demasiado delicado que tratar cuando lo abordase después de aquella cena. Solo esperaba tener la templanza suficiente para lograr entender esa decisión que había tomado por sí mismo y que nos afectaba a ambos.

4. huir no es una opción

Durante todo el viaje de regreso me mantuve en silencio, incluso cuando Alejandro abrió la puerta de casa y entré fui recogiendo todo el desastre de bolsas y pertenencias que había dejado de forma atropellada cuando regresé hacía unas horas de Londres y que no me había dado tiempo a recoger. No sabía de que forma afrontar el tema, tampoco si era el momento justo de hacerlo, pero las ansias me podían y al mismo tiempo el miedo me frenaba a preguntar algo de lo que estaba segura no me gustaría escuchar la respuesta.

Guardé las cosas como si tuviera la necesidad de entretenerme en algo para no incendiar la casa, incluso me di otra ducha a pesar de haberme duchado antes de salir de casa solo por creer que así me calmaría y lograría aclarar mis ideas, pero en cuanto salí de la habitación después de colocarme el camisón y vi a Alejandro sentado en el sofá cambiando de canal en el televisor no lo pude controlar, sencillamente mi frustración se hizo eco y las palabras salieron solas de mis labios.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar qué me pasa? —exclamé no soportándolo un segundo esa actitud de creer que no pasaba nada cuando en realidad sí que pasaba.

—¿Cómo dices? —contestó con otra pregunta y noté su evidente cara de confusión.

—No he pronunciado palabra alguna en todo el trayecto desde

que salimos de la casa de tu hermana y tú como si nada —dije intentando no alzar la voz. No quería hacer de aquello un drama pero lo cierto es que me parecía casi insultante que ni tan siquiera se diera o cuenta o dijese algo al respecto sobre la bomba que había soltado durante la cena.

—Pensé que estabas cansada —respondió mirándome ahora fijamente.

—Sabes perfectamente cuando estoy cansada y que eso no me vuelve una persona silenciosa —respondí cruzándome los brazos mientras le observaba allí sentado.

En ese momento Alejandro apagó el televisor, de todos modos dudaba que hubiera encontrado algo que le agradase en tan poco tiempo y se levantó del sofá caminando hacia mi con paso decidido, como si supiera perfectamente que era lo que me molestaba de la situación y decidiera aclararlo mirándome de frente.

—No puedes pedirme que sea entusiasta con la idea de que mi hermana esté embarazada porque no lo seré —dijo de forma inesperada y yo le miré con los ojos aún más abiertos ante aquella sorpresa ya que esperaba que se refiriese al hecho de mencionar que nosotros no queríamos tener hijos, en cambio creía que mi molestia se debía a su trato hacia Teresa—. No es algo que me complace y menos aún si tengo en cuenta el peligro que ella corre al gestar esa vida.

—¿Por qué? —pregunté tratando de entender que podía afectarle a él que hasta su propia hermana tuviera hijos—. ¿No te gustan los niños?

—No me disgustan —contestó eludiendo la primera pregunta y supuse que lo hacía de forma evidente.

—¿Y entonces? —exclamé no comprendiéndolo—. Esta noche dijiste que no tendríamos hijos porque así lo habíamos decidido y desde luego es una conversación que ni siquiera hemos mantenido —añadí tenaz.

—Dijiste claramente que solo seríamos tu y yo, siempre —respondió con tanta seriedad que me hizo dudar a mí misma de si en algún momento había prometido tal cosa a pesar de no recordarlo, pero recordé el momento exacto al que se refería.

—¡Hablaba de terceras personas, no de hijos! —grité no creyéndome que pudiera malinterpretar tanto mis palabras.

Su expresión cambió completamente y si no fuera por su tez morena casi podría decir que estaba incluso pálido.

—No deseo tener hijos Irina —anunció con semblante serio—. Es algo que no entra en mis planes.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —exclamé—. ¿Antes o después de la boda?

No sabía si estaba enfadada, indignada, preocupada o todo junto a la vez, pero desde luego me sentía casi estafada por ocultarme una información tan importante y determinante para nuestro futuro.

—No creía que fuera algo relevante —contestó con tanta simpleza que me dejó a cuadros.

¿De verdad la decisión de tener o no tener hijos no era relevante,? ¡En todo caso lo sería para él!

—¿Qué no es relevante? —ironicé con evidente signo de estar cabreada—. No estamos hablando de comprar una casa o irnos de vacaciones Alejandro, sino de una decisión que se toma entre dos y parece que tú ya lo decidiste hace tiempo si tan siquiera consultarme.

—¿Tan importante es para ti tener un hijo? Estamos bien así

solos; tu y yo. ¿Por qué querer complicar las cosas? —exclamó cruzándose de brazos mientras se sentaba en una de las banquetas de la cocina y por más que trataba de comprenderle, era incapaz. ¿Cómo podía Alejandro hablar tan fríamente respecto a ese tema?

—No es que quiera ser madre mañana mismo —contesté tajante—. Aún soy muy joven, pero desde luego es una posibilidad que he planteado varias veces y que me gustaría en un futuro. De hecho, cuando comenté que en algún momento debería frenar el ritmo de trabajo me refería precisamente a eso, a tener familia —aseguré sentándome en la banqueta de al lado mientras Alejandro tenía la mirada perdida al frente como si se focalizara en algún punto de la cocina abstraído de todo aquello.

—No puedo darte eso Irina —contestó y en sus palabras incluso noté que sentía dolor al decirlas—. No puedo hacerlo —añadió inclinando la cabeza hacia el suelo y llevándose las manos a esta de forma que sus codos se apoyaron en la encimera ocultando así su rostro.

No sabía que decir, entendía que era un tema delicado para él y necesitaba comprender por qué, pero no sabía si era el momento idóneo de seguir indagando sobre ello.

¿Podría renunciar a tener hijos por él? ¿De verdad era capaz de rehusar a la idea de ser madre por el amor que sentía hacia Alejandro? En aquel momento podría decir que sí, infinitamente y sin lugar a duda podría hacerlo, pero quizá con el tiempo aquella decisión me pesara tanto que sería casi insoportable. La cuestión es si podía asumirlo y tomar una decisión que bien podría cambiar el curso de mi vida para siempre.

—¿No puedes o no quieres? —pregunté con tacto, queriendo

saber hasta que grado de implicación llegaba en ese aspecto.

—¿Acaso existe diferencia? —exclamó en un tono de hastío lo suficientemente tosco para saber que no deseaba hablar del tema—. No tendré hijos y punto —añadió levantándose y tal cual estaba vestido cogió las llaves de casa con la clara intención de marcharse.

—¿Te vas? —exclamé anonadada y dejándome con la palabra en la boca vi como abría la puerta y se marchaba.

No me lo podía creer. Alejandro acababa de dejarme allí plantada con nuestra primera discusión sobre un tema importante que a ambos nos afectaba y sin más se largaba sin decir nada. Por un momento no sabía que hacer, ¿Qué se supone que debía hacer en una situación así?, ¿Irme a un hotel?, ¿Coger mis cosas y largarme de allí?, ¿Se suponía que había roto conmigo?, ¿Qué había dado por zanjada la conversación dejando en claro su punto de vista y todo había terminado?

No iba a salir corriendo, aquello no había terminado para mi, al menos no de aquella forma, así que me senté en el sofá mirando cada dos segundos el teléfono creyendo que por algún milagro divino recibiría una llamada, un mensaje... un algo que me hiciera creer que regresaría pronto, hasta que en algún momento después de las tres y cuarto de la mañana me quedé dormida porque y esa fue la última vez que vi la hora marcada en la pantalla.

Algo me despertó de repente, me sentía desubicada hasta que noté unos brazos rodeándome y acogiéndome entre ellos percibiendo al instante el inconfundible perfume de mi dios griego, provocando que me abrazara fuertemente a aquella fuente de calor.

—Lo siento —susurró acercando sus labios a mi frente. Musité algo inteligible tratando de preguntar qué sentía realmente, pero la

coherencia no salía de mis labios y me abracé aún más fuerte—. No quiero perderte —escuché como un jadeo cerca de mi oído y me separé para observarle, a pesar de la oscuridad podía apreciar su rostro afligido, casi suplicante.

—No vuelvas a irte nunca más —contesté lanzándome a sus labios siendo consciente de que no había nada en el mundo que quisiera más que estar a su lado.

No podía vivir sin Alejandro, sentía una opresión en el pecho tan grande que me faltaba aire en los pulmones solo de pensarlo. La decisión era simple e inconscientemente sabía que la había tomado sin meditarlo; mi dios griego era todo lo que necesitaba para ser feliz, no había nada más importante para mí, ni tan siquiera la sola idea de ser madre era lo suficientemente fuerte para compensar su ausencia en mi vida.

—No me iré. No a menos que tu me pidas que lo haga —dijo suavemente mientras notaba como inspiraba aire profundamente—. Lo eres todo para mi, pero no puedo hacer frente a...

—Cssh —siseé colocándole un dedo en sus labios para acallarlos. Algo en mi interior me decía que Alejandro sufría con aquello, que verdaderamente suponía para él un verdadero martirio la sola idea de tener hijos a pesar de desconocer los motivos, aunque algo me advertía de que su pasado debía influir demasiado en ello—. Está bien, lo comprendo... —dije mirándole a los ojos a pesar de que había poca luz y me abracé a él como si tratara de consolar su inquietud, demostrándole que permanecería a su lado a pesar de ello.

No hubo respuesta por su parte, sino que se limitó a llevarme hasta la cama y sentí la delicadeza con la que me depositaba sobre el mullido colchón mientras él se acostaba a mi lado sin soltarme. En

ningún momento se apartó, ni tan siquiera se desvistió y agradecí que no lo hiciera porque necesitaba sentirle junto a mi constantemente para saber que no me abandonaría, que siempre estaría a mi lado a pesar de todo.

El roce de unos labios suaves me despertó y sonreí inmediatamente al reconocer quien era el dueño de aquel magnífico beso.

—Buenos días preciosa —dijo aquella voz ronca que aún lo era más por la acentuación de la somnolencia.

—Buenos días —contesté sonriente sin abrir aún los ojos.

—¿Que te parece si nos vamos a pasar el fin de semana a la cabaña del lago? Así podremos estar solos.

—Solo si me prometes que me prepararás tortitas con chocolate y nata para desayunar —contesté abriendo los ojos y visualizando esa maravilla de pecado capital que tendría por esposo dentro de poco.

Alejandro tenía la camisa medio abierta, pero aún llevaba la misma ropa de anoche, la cuál no se había quitado ni siquiera al despertar.

—Entonces... —sugirió girándose y estirando un brazo vi que cogía algo y lo acercaba a mi de forma que visualicé una bandeja de desayuno y en ella lo que acababa de pedir—. Será mejor que vaya preparando las cosas para irnos en cuanto termine de desayunar.

—Pero, ¿Cómo? —exclamé mirando las tortitas con nata y chocolate que había en el plato junto a una rosa roja que cogí inmediatamente para olerla.

—Mi deber es cubrir tus necesidades —contestó acariciándome la mejilla y giré el rostro para verle mientras me observaba detenidamente. Alejandro se acercó lentamente y rozó con su nariz

mi cuello, después la mejilla y posteriormente me dio un cálido beso en la frente—. Te espero en la ducha —añadió con una promesa en sus labios lo suficientemente obvia como para que, en lugar de disfrutar calmadamente de aquel desayuno, lo engullera literalmente.

Hicimos algo de compra para pasar ese fin de semana ya que en la cabaña no había prácticamente nada y yo tenía demasiado antojo de helado, algo que inexplicablemente había agotado sin darme cuenta. Aproveché para comprar algunas revistas sobre vestidos de novia y organización de bodas a pesar de no tener aún muy claro como haríamos las cosas, ni tan siquiera sabíamos donde íbamos a celebrarlo.

—¿Dónde te gustaría que celebráramos la boda? —pregunté mientras íbamos de camino y pasaba algunas hojas rápidamente a la revista de novias enseñando algunos lugares espectaculares sobre sitios ideales.

—No me importa el lugar, con que tú estés me basta —respondió tan simple que alcé la vista inmediatamente y vi que mantenía la mirada al frente centrada en la carretera.

—¿No te importa donde sea?, ¿Cómo si es en Machupichu? —exclamé por decir un sitio al azar.

—Sería un lugar tan bueno como otro —contestó con una vaga sonrisa.

—¿Entonces estarías de acuerdo si la boda se celebrara en Moscú? Sé que dije que aún no lo teníamos decidido, pero lo cierto es que no puedo evitar pensar que preferiría que fuese allí —dije dando alas a mis pensamientos.

—Por mí no hay ningún problema, preciosa. Se hará donde tu

decidas.

No sabía si aquella reacción tan sumamente complaciente de Alejandro tendría algo que ver con la discusión que habíamos mantenido anoche o con el hecho de tratar de recompensarme de esa forma, pero desde luego era demasiado extraño que no rebatiera ninguna decisión con su opinión propia y sin duda alguna me resultaba preocupante.

—Pero quiero que sea una decisión de los dos, no solo mía — rebatí cerrando la revista de golpe y tirándola de mala manera al bolso que tenía en los pies del asiento.

—Irina... yo solo quiero gritarle al mundo entero que al fin eres mía; mi mujer, así que no me importa el dónde, ni el como, ni el cuándo salvo que sea pronto. Para todo lo demás estaré de acuerdo con lo que decidas —concluyó inmediatamente.

—Para el coche —dije en un tono tan serio y grave que ni yo misma sé como pude lograrlo.

—¿Qué? —exclamó mirándome preocupado.

—¡Para el coche! —grité esta vez con énfasis y observé como se apartaba a un lado de la carretera secundaria a la que nos habíamos incorporado hacía unos minutos, frenando suavemente.

En cuanto lo hizo me solté el cinturón y me abalancé sobre él buscando sus labios. Noté que al principio no reaccionaba y tardó unos segundos en interpretar lo que estaba pasando para sentir su respuesta que no fue otra sino atraerme hasta su asiento y apretarme contra él.

—Ya soy tuya Alejandro Álvarez, eres el dueño de mis pensamientos, de mi voluntad y de mi alma —susurré adentrando mis manos bajo su camisa por el borde del pantalón y escuché un

jadeo por su parte. Abrí los ojos para observar que él los mantenía cerrados, como si se estuviera deleitando con aquel momento preso de la lascivia tanto como yo.

—No puedes imaginar cuánto te necesito en mi vida, Irina. —Su voz sonaba completamente ida, casi dolorida como si realmente fuera cierto que sufría. Aquel sentimiento me sobrecogía, quizá porque era casi tan fuerte al mismo tiempo que lo que yo sentía por Alejandro, eso acompañado de la irrefrenable atracción sexual que manteníamos era un vínculo demasiado fuerte, completamente indestructible.

No me importó estar en una carretera por la que podría pasar cualquier transeúnte, ni que quizá nos viera alguien por estar a plena luz del día, de hecho, si no recordaba mal ya lo hicimos la vez anterior que precisamente volvíamos de la cabaña del lago a la cual nos dirigíamos ahora. Con una necesidad imperiosa y con la increíble habilidad de mi dios griego para sostenerme; sentí como se adentraba en lo más profundo de mi ser al tiempo que ambos jadeábamos de placer. Sin duda alguna, el sexo con Alejandro nunca era suficiente.

5. ¡nos casamos!

El lunes a primera hora comuniqué a mi asistente que organizara el viaje a Moscú para el siguiente fin de semana sincronizando también la agenda que tenía Alejandro. No me apetecía pasar solo dos días en casa porque eso sería básicamente el tiempo que tardaría mi madre en reaccionar a la noticia de que su única hija se casaba y encima lo haría en Moscú. Tenía más que claro que mi padre no le habría dicho nada o de lo contrario no se habría aguantado las ganas de llamarme para ver si le daba la noticia, así que daba por descontado que mi padre esperaba que fuera yo quien lo hiciera una vez que Alejandro me lo pidiera. Lo cierto es que me hacía especial ilusión decirles que me casaba, aunque aquello implicara la inminente respuesta de hacerles pronto abuelos y tener descendencia, pero no iba a ponerme a pensar en eso ahora, ya lo haría a su debido tiempo cuando el momento llegara.

—Señorita Komarova, su primo Andrei por la línea dos —escuché la voz de Evelyn por el interfono e inmediatamente descolgué el teléfono y marqué el dos.

—Debe ser algo importante cuando me llamas a mi despacho en lugar de mi teléfono personal —contesté sonriente.

—Te llamé varias veces, pero no respondiste —habló la voz de Andrei demasiado seria para que de pronto se apagara mi sonrisa y me preocupara.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿Es algo grave?, ¿Es mi padre?, ¿Está bien?, ¿Le ha dado otro inf...

—Tranquila Irina, no tiene nada que ver con tus padres, ellos están bien y de hecho tampoco tiene nada que ver con la empresa —afirmó igual de serio y me preocupé aún más.

—Me estás asustando Andrei, ¿Te ha pasado algo?, ¿Es que estás metido en algún lío? —pregunté alarmada.

—No quiero que te alarmes, ni tampoco que te preocupes en exceso o más de lo debido —contestó Andrei haciendo que me asustara aún más si era posible.

—Suéltalo de una vez porque ahora sí me estas asustando de verdad —contesté completamente pálida.

—El tipo que intentó agredirte en la sede de Komarov se ha escapado y mis hombres no han dado aún con él —afirmó con evidente tono de preocupación en su voz.

Por un lado sentí cierta calma porque la situación no era tan grave como en un principio había pensado inicialmente, probablemente Andrei estaba exagerando en su preocupación ya que dudaba que aquel tipo intentara siquiera volver a acercarse a mi después de la reprimenda de Alejandro y posteriormente lo que Andrei hubiera hecho con él, pero podía entender que estuviera en alerta solo para ser precavido.

—No creo que ese tipo vuelva a acercarse siquiera a Komarov, Andrei —dije restándole importancia.

—Probablemente así sea, ya que le debió quedar lo suficientemente clara la advertencia, pero aún así quiero que no te separes ni un solo segundo de tu seguridad, ni siquiera cuando vayas de compras, a comer o a cambiarte el puñetero tampax Irina. Es muy

importante que no estés sola bajo ningún concepto, al menos hasta que le localicen y esta situación esté controlada.

En cualquier otra circunstancia pensaría que Andrei estaba exagerando, es más, ni tan siquiera me planteaba la situación como que lo tomara en cuenta y tuviera cuidado al respecto, sino más bien era una exigencia.

—Está bien —contesté para que estuviera tranquilo—. No me separaré de ellos bajo ningún concepto. No te preocupes —añadí sabiendo que era lo que él necesitaba escuchar.

—Bien, llamaré yo mismo a Álvarez para informarle.

—¡No! —exclamé de pronto—. No —dije ahora de forma más suave—. Prefiero que esto quede entre tu y yo Andrei, o Alejandro se preocupará demasiado y conociéndole como le conozco al final terminaré encerrada en casa, cosa que no me puedo permitir porque tengo demasiadas cosas que organizar todavía de la boda.

—¿Boda? —preguntó confuso.

—¡Ay dios! —exclamé llevándome una mano a la cabeza—. No deseaba decírtelo así puesto que este fin de semana volaré a Moscú para contárselo a mis padres, pero... ¡Alejandro y yo vamos a casarnos! —grité entusiasmada.

—Así que al final sí que iba en serio... —contestó con cierto atisbo de diversión en su voz—. Y yo que pensaba que solo lo querías para pasar el rato...

—¡Oh, cállate! —exclamé olvidándome completamente del otro asunto por el que me había llamado Andrei y contándole todos los detalles desde la pedida de mano hasta que le había pedido permiso a mi padre y que con toda seguridad se celebraría en Moscú.

—Entonces imagino que tendré que ir pidiendo cita con mi sastre

para tener el traje a tiempo.

—No estabas saliendo con nadie, ¿verdad? —pregunté haciendo caso omiso a su comentario y pensando en quienes serían mis damas de honor y acompañantes.

—Me conoces lo suficiente para saber que no soy hombre de una sola mujer, primita —afirmó rotundamente y con socarronería.

—Vale, entonces serás la pareja de alguna de mis damas de honor.

—Si me vas a hacer que sea la pareja de alguien, más te vale que esté buena o te juro que me vengaré de ti por toda la eternidad —contestó amenazante y comencé a reírme a carcajadas mientras vi que la puerta se abría y entraba Alejandro observándome fijamente mientras trataba de contener la risa.

—Tal vez me arriesgue solo para ver la cara que pones cuando la veas —afirmé mordiéndome el labio para no reírme.

—Irina... —respondió casi preocupado, pero no contesté, sino que colgué el teléfono y entonces sí que solté la carcajada que me estaba conteniendo sin poder evitarlo.

—¿Quién era? —preguntó Alejandro seriamente y traté de apaciguarme secándome las lágrimas de los ojos para contestarle.

—Mi primo Andrei —contesté aún con cierta efusividad.

—¿Y qué te hace tanta gracia? —preguntó encogiéndose de hombros, pero con el rostro más relajado.

—En realidad es una tontería, pero cree que le pondré como pareja a la dama de honor más fea que encuentre —dije volviendo a reírme sin parar.

—¿Y eso tiene tanta gracia? —volvió a preguntar como si no lo entendiera.

—Si conocieras a Andrei sí, la tiene y mucho —afirmé.— Es la

persona más superficial que he conocido en lo que se refiere a mujeres.

Alejandro me miró fijamente y después torció el gesto.

—Realmente no puedo decir que no le entienda, hasta hace poco también era lo único que valoraba en una mujer, pero si te causa gracia martirizarle de esa forma, entonces búscale a una pareja que sea completamente opuesta a lo que él quiere —contestó con una vaga sonrisa.

—¡Ah!, ¡Ya creo que lo haré! —exclamé frotándome las manos sonriente.

—Creo que hasta puedo compadecerme de tu primo, recuérdame no convertirme en tu enemigo —afirmó acercándose hasta la silla e invitándome a levantarme para acercarme a su regazo.

—Puedo ser vengativa cuando hay que serlo, señor Álvarez, pero desde luego este no es el caso... solo voy a martirizar un poco a mi primo, pero en el fondo estará agradecido al final —contesté acercándome hasta él y rozando sus labios—. Por cierto, ¿A qué has venido? —pregunté ahora siendo consciente de que aún faltaban dos horas para la hora del almuerzo.

—Tengo que marcharme a la presentación de uno de los proyectos de energía renovable y no te veré hasta la noche, así que quería despedirme adecuadamente —respondió colocando su mano en mi nuca para atraerme de una forma delicada y muy sugerente.

—Así que mi prometido me deja sola para almorzar... que bonito —contesté con una sonrisa que enseñaba todos mis dientes.

—Que te parece si te lo recompenso en la cena, preciosa —dijo sin alejarse mucho de mis labios.

—Ya puedes traer toneladas de maki de salmón para que

compense esta falta señor Álvarez —respondí amenazándole con el dedo índice en su pecho que, si no llega a estar tan sumamente firme, se hubiera clavado en su piel.

—Espérame tumbada sobre la mesa, con ese body negro que te regalé tras estropear ese que llevabas cuando comí sushi de tu cuerpo... —susurró en mi oreja—. Y tendrás todas las toneladas que quieras así tenga que pescar el salmón yo mismo —jadeó mordiendo el lóbulo y provocando que gimiera de placer contenido.

—¿El verde? —gemí mordiéndome el labio.

—Lo que menos recuerdo es el color de la prenda, preciosa —aseguró dándome un beso en el cuello y apartándose de mi para encaminarse hacia la puerta sin volver la vista atrás.

¿Por qué tenían que faltar aún tantas horas para la cena? Maldije siendo consciente de que quedaban al menos nueve horas para que aquello sucediera.

En ese momento sonó el teléfono y vi que era un mensaje de Andrei donde me recalca que, a pesar del desvío de conversación por el motivo de su llamada, tuviera presente la advertencia y no me separase de mi personal de seguridad. Casi me había olvidado de ese asunto después de hablar sobre la boda que empezaba a obsesionarme y ni tan siquiera habían comenzado los preparativos. ¿Debería preocuparme realmente que el tal Fernández ese estuviera desaparecido? No había vuelto a tener noticias de ese tipo desde el mismo momento en que Alejandro le dio una paliza y después mi primo se encargó de hacerle desaparecer. No tenía ni idea de cuál habría sido la advertencia, pero lo cierto es que dudaba mucho que quisiera correr el riesgo de acercarse a mi o a la empresa después de lo sucedido.

Aprovechando que Alejandro estaría fuera a la hora de la comida, contacté con mis antiguos compañeros. No es que fuera algo demasiado recomendable hacer siendo ahora la presidenta de la empresa, pero teniendo en cuenta que no me apetecía ni comer sola, ni regresar a casa... me salté las normas por una vez y les busqué por la cafetería. Me sorprendió gratamente que se alegraran de mi ascenso; sobre todo Marta, con la que había congeniado muy bien cuando me asignaron el puesto de becaria. Fue la primera en acercarse a mí en cuanto aparecí por la cafetería. Me agradó que tanto Jaime como Amaya me pusieran al corriente de lo bien que iba el proyecto por el que tanto había luchado en sacar adelante, de hecho, las expectativas estaban siendo mucho mejor de lo esperado inicialmente según la previsión y estaban muy ilusionados. Me apunté mentalmente hacer un seguimiento exhaustivo yo misma para así mantenerme informada.

—¿Por qué no te vienes este viernes con nosotros a tomarnos algo como en los viejos tiempos? —preguntó Oscar entusiasmado, no sabía si por retomar el contacto o porque todos en la cafetería nos observaban.

—¡Me encantaría! —exclamé sonriente—, pero tendrá que ser otro viernes, porque éste ya tengo un compromiso.

Evité añadir que viajaría a Moscú ese fin de semana por las posibles preguntas, de hecho, mi anillo de compromiso lucía hacia abajo por lo mismo, no quería que nadie más se enterase de la noticia antes de comunicárselo a mis padres.

—¡Entonces no se hable más! —sentenció Marta—. Mas te vale aparecer algún viernes o tendremos que ir a tu despacho a secuestrarte —concluyó sonriente y agradecí su interés.

—Prometo que me dejaré caer por allí en las próximas semanas — aseguré con toda la intención de hacerlo de verdad. No solo me venía bien despejar la mente del trabajo, sino que no tenía amigos en la ciudad, salvo los que tuviera Alejandro, así que, aunque técnicamente fueran mis empleados, creo que no le hacía daño a nadie mezclarme con ellos.

Aquella noche en cuanto llegué a casa me preparé a conciencia para lo que me esperaba. No podía dejar de sonreír en la ducha mientras rememoraba aquella última vez en la que mi cuerpo había servido de bandeja para degustación de comida japonesa y me estremecí sabiendo cuánto iba a disfrutar de ello; antes, durante y después de dicha cena. Tal como había prometido mi dios griego trajo toneladas de maki de salmón, de hecho, había tantas bandejas que dudaba que nos comiéramos siquiera la mitad de todo aquello a pesar de tener un hambre voraz, sobre todo porque sabiéndolo con premeditación apenas había probado bocado durante el almuerzo reservándome para devorarlo todo, incluyendo el postre que era indudablemente Alejandro.

¡Gracias al cielo que era viernes! Pensé en cuanto cerré la agenda y la guardé en el maletín, puesto que aún tendría que repasar en el avión un par de informes de última hora que necesitaban mi aprobación.

El resto de la semana había sido tan caótica que apenas había podido ver a Alejandro por la oficina y menos aún volver a comer con mis antiguos compañeros en la cafetería porque apenas si había tenido tiempo para devorar un triste sándwich que mi asistente me traía a la oficina.

—Otra semana así y moriré prematuramente —musité una vez

me acomodé con los pies en alto en el asiento del jet privado que en esos momentos daba las gracias infinitas por poseer, porque si tuviera que aguantar cinco horas la incomodidad de un vuelo comercial después de lo cansada que estaba, me suicido.

—Ven aquí —dijo Alejandro deshaciéndose de la corbata y atrayéndome hacia él para que me dejara caer sobre su pecho.

»Esto es vida« pensé sin llegar a decirlo.

—Me voy a quedar dormida y aún tengo que repasar dos informes que no me dio tiempo de hacer antes de salir de la oficina —advertí con voz ida.

—Dámelos a mí, yo los repasaré pero tu descansa —contestó sorprendiéndome y alcé la vista.

—Estoy tan cansada que ni siquiera voy a pensármelo dos veces —dije sacando la carpeta de mi maletín y ofreciéndosela mientras volvía a recostarme sobre su pecho.

Confiaba en Alejandro lo suficiente para saber que dictaminaría con criterio la evaluación de aquel informe y me haría un resumen explícito del mismo para saber si era concluyente o no. Así que, con esa idea, me tranquilicé y me abandoné al abismo.

Había avisado a mis padres de que iríamos ese fin de semana o de lo contrario dada mi suerte, seguro que ni estaban. Así que en cuanto llegamos a casa mi madre tenía una enorme mesa preparada con comida —como hacían todas las buenas madres rusas a pesar de que ella fuera española, pero para el caso era lo mismo; lo intentaba—, los platos estaban colocados de forma que el colorido y perfume que desprendían conseguía que todo resultara apetecible.

—Espero que tengáis hambre —exclamó frotándose las manos.

—¡Yo siempre tengo hambre! —contesté sonriente aún abrazada a

mi padre.

—Te veo más entusiasmada de lo normal, ¿No me irás a decir que estás embarazada? —Soltó mi madre así sin más colocando las manos en jarras.

En ese momento observé a Alejandro cuyo rostro parecía bastante serio e incluso rozando la palidez.

—¡Qué cosas tienes mamá!, ¡Para críos estoy yo ahora! —respondí dando por zanjado el tema y cogiendo uno de los panecillos para untar en salsa que había preparado para picar, me lo metí de un bocado y así tendría la boca llena para no poder hablar.

—Mañana he organizado un té en casa para la familia, tus tías llevan tiempo preguntándome cuando vienes y aprovechando que estarías aquí todo el fin de semana, les dije que se pasaran. — Intervino mi madre rompiendo el silencio repentino que se había creado.

—¡Oh, eso será estupendo! Así podré darle la noticia a todos — exclamé volviendo a sonreír provocando que mi madre me mirase extrañada y entonces coloqué mi mano de manera que pudiera ver perfectamente el anillo de compromiso—. Alejandro y yo vamos a casarnos —anuncié mirando directamente a Alejandro que estaba a mi lado y que en aquellos momentos entrelazaba su mano con la mía bajo la mesa.

El grito que dio mi madre probablemente se debió escuchar en todo el vecindario, no sé cuál había sido mayor, si el de la hermana de Alejandro o el de ella.

—No será una broma de mal gusto, ¿no? —preguntó en cuánto se alzó de la silla con la intención de dirigirse hacia mí.

—No lo es señora —aclaró Alejandro interviniendo puesto que mi

madre lo había preguntado en español.

—¡Oh dios mío!, ¡Oh dios mío! —siguió exclamando—. Con las ganas que tengo yo de celebrar una grandiosa boda. —Siguió hablando en su discurso como si se lo estuviera diciendo a sí misma.

—Querida, recuerda que la boda es de tu hija, no tuya —dijo mi padre mirándola detenidamente y ella simplemente esquivó aquel reproche haciéndole caso omiso.

A mi madre le encantaba organizar fiestas y tener la excusa perfecta para lucir un diseño de firma, así que imaginaba que aquella boda era darle en todo el gusto y lo cierto es que por una vez, agradecía que así fuera porque estando a distancia, ella iba a tener que supervisar por mí demasiadas cosas y con el buen gusto que tenía, sin duda sabía que podía confiar en su criterio.

—Enhorabuena hijo —escuché decir a mi padre mientras le daba un golpe en el hombro a modo de abrazo.

—Gracias señor —contestó ciertamente algo cohibido por su tono.

—Llámame Luciano, después de todo vamos a ser familia muy pronto —añadió guiñándole un ojo y pude ver el amago de sonrisa de Alejandro.

—Por supuesto Luciano.

—Que contenta estoy de que mi hija vaya a casarse con un español —soltó mi madre rodeando la mesa para abrazarle—. A mí me llamas Natalia, ¡eh! Nada de señora o algo por el estilo como las últimas veces que has estado aquí que no te dije nada por compromiso.

—Por supuesto, Natalia —asintió Alejandro con cierta sonrisa cómplice hacia mí.

—¿Y por qué estás tan contenta de que sea español?, ¿Es un pretexto para poner paella en la boda? —preguntó mi padre con cierta ironía y porque conocía de sobra a mi madre.

—¡No digas bobadas Luciano! —exclamó airada—. ¿Acaso servimos paella en nuestra boda? —preguntó estupefacta—. Solo estoy contenta porque mis nietos tendrán nacionalidad española y además hablarán mi idioma —añadió finalmente sonriente y Alejandro realizó una expresión de estupefacción.

—Ah querida, en tal caso ya te habrías encargado tu de que hablaran español como hiciste con tu hija desde que nació —contestó mi padre no valiéndole la excusa que había dado mi madre—, pero déjate de nietos que aún es muy joven todavía.

Me limité a sonreír sin decir nada y por suerte comenzamos a hablar sobre dónde realizar la boda ya que sería allí en Moscú, mis padres sugirieron celebrarla en el mismo lugar donde ellos se casaron; una pequeña abadía preciosa que había a las afueras de la ciudad y que contaba con un salón espectacular para organizar una grandiosa boda. Finalmente decidimos que era mejor hacer una visita aprovechando que estaríamos allí durante cuatro días para tomar una decisión y fijar así la fecha de la boda para proceder a todo lo demás puesto que no quería que el proceso se alargara demasiado, de hecho, me había marcado mentalmente celebrarla en un plazo no superior a cuatro meses y esperaba poder lograrlo, así que debía regresar a España con varios deberes bien hechos para tener una preocupación menos.

6. tú no eres como él

—Estás segura de esto, ¿verdad? —preguntó Alejandro una vez que entramos en mi habitación. En esa ocasión ni me había planteado siquiera que se instalara en la recámara de invitados, puesto que carecía de sentido estar separados cuando dormiríamos juntos.

—¿A qué te refieres? —pregunté algo confusa por la pregunta y dudaba que me estuviera preguntando si estaba segura de que durmiéramos en la misma cama, algo que me parecía demasiado absurdo incluso hasta decirlo en voz alta.

—De casarte conmigo —aclaró firmemente acercándose hasta mí.

—¿A qué viene esa pregunta Alejandro? —exclamé atónita—. Por supuesto que estoy segura, no he estado más segura en toda mi vida que de querer casarme contigo —puntalicé y noté que su expresión se relajaba.

Intuí que quería decir algo, que parecía dudar entre hacerlo o no, pero por alguna razón simplemente se acercó hasta mí y con un gesto sumamente delicado acarició mis labios con dulzura.

—Sólo quería estar seguro —contestó enseñándome sus perfectos dientes—. Voy a darme una ducha.

Algo en mi interior me decía que lo que a Alejandro le preocupaba era que todo mi entorno de una u otra forma, más tarde o más temprano sacarían a relucir el tema “tener hijos” a la palestra.

La verdad es que ni yo misma sabía como iba a afrontarlo porque si era sincera no era algo que a corto plazo me preocupara, pero tampoco era para tanto, ¿no?, ¿Cuántas parejas decidían no tener hijos por una u otra razón?, o ¿Cuántas simplemente no podían tenerlos? Incluso tal vez ni siquiera podía tener hijos, aunque lo deseara por ser estéril...

—Alejandro... —susurré agarrándole del brazo para evitar que se marchara.

Tenía que saber la verdadera razón. Si de verdad iba a renunciar a ello por él, por lo menos me debía eso.

—¿Sí? —preguntó volviéndose.

Mantenia la mirada en el suelo porque no era capaz de mirarle a los ojos para preguntárselo, algo me decía que era un tema delicado y a pesar de que me había contado su infancia y su pasado, sabía que aún guardaba ciertos temas que se reservaba únicamente para él por el dolor que le suponía revelarlo.

—Puedo aceptar que solo seremos nosotros el resto de nuestra vida, te quiero por encima de todo y deseo permanecer a tu lado, pero necesito que me cuentes la verdadera razón —confesé tratando de que de alguna forma él consiguiera abrirse a mí y conocer la verdadera razón de su negación.

—No tendría nada bueno que ofrecerle Irina. No cometeré los mismos errores que sufrí en mi infancia —afirmó tan contundentemente que se me encogió el corazón—. Además, no deseo compartirme con nadie.

—Alejandro, tú no eres como él —aseguré apretando su brazo.

—¿No? —gimió—. Tengo más de él de lo que crees y cada día tengo que lidiar con ello. No me permitiré infligir el mismo daño a

alguien que el que a mí me hicieron, aunque sea de forma inconsciente.

—¡No lo harías Alejandro! —exclamé casi en un alarido porque no podía creer que él se condicionara de aquella forma.

—No voy a cambiar de opinión al respecto. Nunca lo haré — afirmó tozudamente y se alejó para entrar al baño mientras yo me quedaba allí de pie, completamente estática y tratando de comprender las razones por las que mi dios griego rehusaba a proseguir su estirpe.

De todas las causas posibles, nunca había pensado que él creyera de alguna forma que era igual que su abuelo y que, de hecho, podría infringirle el mismo dolor a su propio hijo que el que le había causado a él. Tal vez Alejandro no se refería explícitamente a un dolor físico como el que le había provocado aquel hombre en su infancia, sino que el verdadero problema es que tenía miedo de no querer a su propio hijo como tal vez creyera que no lo habían querido a él.

No sabía si eran invenciones de mi propia cosecha el llegar a esas conclusiones, pero todo me incitaba a creer que de alguna forma era así, que lo único que provocaba todo aquello era el miedo que sentía Alejandro de enfrentarse a su pasado de nuevo y cometer los mismos errores que habían provocado que él tuviera ese carácter y fuera de esa forma.

»Tal vez deba hablar con Teresa« medité mientras me cruzaba de brazos con la mirada perdida a través de la ventana de mi habitación que daba al jardín a pesar de que lo único que estaba iluminado era el pequeño camino que bordeaba la piscina. Quizá ella tuviera ciertas respuestas que yo era incapaz de encontrar, tal vez ella tuviera la

clave a ciertos aspectos de la vida de Alejandro que me hicieran terminar de comprender porque se sentía de aquella forma puesto que repudiaba tanto aquella idea que incluso sentía repulsión hacia el que sería su propio sobrino.

Abrí los ojos lentamente y los párpados me pesaban, no tenía ni idea de cuántas horas había dormido, pero toda la habitación permanecía en penumbra e incluso tarde más de un minuto en darme cuenta que estaba en casa, en la casa que me había criado toda la vida y la añoranza de recuerdos me invadió de pronto divisando el cuadro con todas las fotos que aún guardaba desde mi infancia en las que salían varias de mis amigas, —por supuesto Nadia— e incluso mis primas que eran unos años más pequeñas que yo. Me percaté que el lado de la cama donde debía estar Alejandro estaba vacío y me incorporé repentinamente.

—¿Alejandro? —exclamé por si estaba en el baño a pesar de que no salía luz por debajo de la puerta.

¿Es que se había marchado? Ni tan siquiera me había percatado de su ausencia hasta que no había despertado, pero estaba tan cansada de toda la semana que probablemente, aunque hubiera pasado un tráiler por encima de mi cuerpo no me habría enterado.

Me lie en la primera bata que encontré al azar de un cajón — puesto que estaba desnuda— y bajé rápidamente las escaleras. No se le habría ocurrido marcharse por la conversación que habríamos tenido, ¿verdad? Repentinamente escuché su voz que provenía de la cocina y también oí a mi madre, eso me tranquilizó así que entré con menos efusividad.

—¡Buenos días! —dije sonriente y visualicé la enorme mesa llena de croissant apetecibles, donuts glaseados, tostadas, tartas de

diversos tipos, aunque una de chocolate llamaba especialmente mi atención y por supuesto café, zumo y té—. ¿Desde cuándo sirves tanto dulce para desayunar, mamá? —pregunté algo extrañada porque mi madre era la primera en mantener el azúcar a raya e incluso hacérselo mantener también a mi padre.

—Desde que tenemos invitados que van a convertirse en parte de la familia —contestó sonriente—. Aunque ya he visto que a mi futuro yerno no le atrae tanto el dulce como a mi propia hija.

—Tampoco soy tan golosa —añadí sirviéndome un zumo de naranja y sentí la mirada incesante de Alejandro sobre mi escote puesto que al inclinarme dejaba parcialmente a la vista uno de mis pechos—. Te has levantado temprano... —susurré mirándole fijamente.

—Recibiste una llamada a primera hora en tu móvil de tu asistenta porque no habías dado la respuesta de los últimos informes, así que se lo envié yo mismo.

—¿Qué has hecho qué? —exclamé.

Una cosa era que me ayudara y otra que tomara decisiones por mí.

—Estabas demasiado cansada de toda la semana, así que no quise despertarte para algo tan trivial...

—Pero ese es mi trabajo Alejandro. —Le reproché sin querer aparentar que estaba enfadada, aunque realmente no sabía a ciencia cierta si lo estaba.

—Hija, creo que Alejandro solo trataba de hacerte un favor. —Intervino mi madre como si quisiera hacerme entrar en razón.

—Tranquila, no volverá a suceder —contestó con un semblante serio y vi como se llevaba la taza de café a los labios para acabar su contenido—. Si me disculpáis tengo que hacer un par de llamadas

todavía —añadió y salió inmediatamente de la cocina dejándonos solas.

—¡Irina Luciana! —gritó mi madre.

»Malo... muy malo... si mi madre me llamaba Luciana es que se avecinaba la guerra de Troya«

—¡No me grites! —exclamé y salí tras Alejandro porque en el fondo hasta me sentía culpable por haberle reprochado aquello cuándo era consciente de que solo lo había hecho por hacerme un favor.

Encontré a Alejandro apoyado sobre la baranda de la terraza de mi habitación, parecía mirar el horizonte como si estuviera meditando algo.

—Lo siento —dije llamando su atención—. Sé que no debí hablarte de ese modo y menos aún delante de mi madre —afirmé culpable.

—Sólo dijiste lo que pensabas y tienes razón. No debí entrometerme en tu trabajo, ni presuponer que me agradecerías que lo hiciera —aseguró consiguiendo que me sintiera aún peor.

—Y estoy agradecida —aseguré acercándome hasta él para tocarlo porque necesitaba que entendiera que no estaba enfadada—, pero es mi responsabilidad y no deseo cargarte a ti con cosas que me corresponderían hacer a mí.

—Esta semana apenas has dormido más de cinco horas seguidas, ni tan siquiera has ido a almorzar a casa y cuando volvías era cargada de más trabajo. No estoy dispuesto a ver cómo te matas a trabajar diariamente sin hacer nada. Admiro tu esfuerzo y dedicación, así como admiro la gran capacidad que tienes para controlarlo todo, pero no voy a permitir que te pase lo mismo que le pasó a tu padre, así que

o contratas a una persona que te ayude o me permites hacerlo yo mismo —sentenció firmemente mirándome a los ojos.

—¿Quieres ayudarme? —exclamé con una sonrisa.

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —confirmó con un amago de sonrisa rodeándome la cintura—. Haría cualquier cosa por pasar más tiempo a tu lado preciosa.

—¿Y qué pasará entonces con la dirección de la empresa?, ¿Podrás llevar ambas cosas? La última vez Andrei no fue capaz de encontrar a alguien que pudiera hacerse cargo.

—Vayamos poco a poco, creo que inicialmente podemos compaginar ambas cosas como lo hemos hecho hasta ahora y si hay que cubrir el puesto de dirección, me encargaré yo mismo de encontrar a la persona adecuada —afirmó depositando un suave beso en mi cuello.

—Está bien —contesté dejándome caer sobre su pecho y pensando en que Alejandro y yo a pesar de todas las adversidades, lográbamos formar un gran equipo. En ese momento fui consciente del frío que hacía en el exterior y mis pezones bastante erectos se clavaban en la camisa de Alejandro.

—Si no fuese porque tu madre nos espera para ir a visitar esa abadía, creo que te metería en esa cama y no saldríamos en toda la mañana —decretó con esa voz tan sensual y ronca que tanto anhelaba.

—¡Mierda!, ¡Es verdad! —exclamé de pronto dando un pequeño empujón y corriendo hacia la ducha.

Tenía muchísimas ganas de visitar aquella abadía que solo había visto en fotos, ¿Sería tan bonita como la recordaba? Lo cierto es que pronto lo averiguaría y decidiríamos si ese sería también el lugar de

nuestra boda. No podríamos estar demasiado tiempo para la visita puesto que a primera hora de la tarde comenzarían a llegar los invitados de mi madre, de hecho, mi desayuno consistió en un croissant que fui comiéndome durante el trayecto para no perder demasiado tiempo antes de salir, por suerte mi mente se quedó con esa mesa repleta de dulces que no se evaporaría por arte de magia al volver a casa.

Mis padres fueron en su coche con chofer, mientras Alejandro y yo les seguíamos con mi viejo deportivo de color rosa claro que conducía él. Si soy sincera solo lo hacía porque no podía contener la risa que me provocaba ver a mi dios griego tan cachas y tan sumamente masculino en un coche que era sin lugar a duda mucho más que afeminado.

—Como envíes esa foto a alguien, me vengaré —dijo en cuanto me vio las intenciones al sacar el móvil del bolso y apuntar hacia él.

—¿Y de qué forma vas a vengarte? —exclamé guardando el teléfono tras hacer aquella captura de imagen.

—De una forma perversa —contestó con esa mirada oscura que indicaba mil y una promesas.

—Creo que siento unas enormes ganas de correr ese riesgo —respondí mordiéndome el labio sin aguantar la tentación.

Realmente no tenía intención alguna de enviar esa foto, pero tal vez sí enseñársela a sus amigos en algún momento, sobre todo a Teresa que estaba segura de que la retendría en su retina para los restos de su existencia y se reiría cada vez que la recordase.

—¿De verdad tenías que elegir un coche rosa? —exclamó repentinamente cambiando de conversación y poniendo el coche en marcha.

—Me pareció divertido en su momento —contesté encogiéndome de hombros no queriendo añadir que en aquella época me sentía un poco Barbie por ser mi último año de instituto— y después me dio pereza cambiar el color.

—No será por falta de dinero precisamente— aseguró Alejandro.

—Que derrochador... —suspiré.

No pensaba admitir que para ir a la Universidad siempre cogía el coche de mi madre puesto que ella tenía dos y encima casi nunca los utilizaba porque siempre venían sus amigas a recogerla, o que en la mayoría de ocasiones era la propia Nadia quien se pasaba por casa para ir juntas porque le pillaba de camino a la facultad y así podíamos ir charlando. No, preferí morderme la lengua y no mencionar nada para que no supiera que en el fondo todo aquello solo era una simple broma para poder sacarle aquella foto.

7. trece de mayo

Aquella abadía antigua era sin lugar a duda espectacular. Estaba al final de un largo camino de tierra rodeado de jardines con arboleda espesa y al fondo se abría como un prado que ahora mismo por la época del año estaba cubierto parcialmente de nieve, pero que intuía que con la llegada de la primavera estaría completamente lleno de flores silvestres de colores.

—Imagínatelo lleno de flores. —Fue lo primero que dijo mi madre nada más salir del vehículo y caminar hasta donde se encontraban señalando con los dedos toda aquella nieve—. Sigue siendo igual de hermoso que hace veintisiete años —añadió sonriente.

A pesar del poco margen de tiempo con el que habíamos avisado para realizar la visita, nos hicieron una visita guiada por el lugar. Las vistas eran preciosas, la abadía a pesar de ser algo pequeña estaba llena de frescos y vidrieras que aportaban una luz espectacular y lo que sin duda alguna merecía realmente la pena de aquel lugar, era el enorme salón lleno de grabados de estilo rococó con enormes lámparas de araña que colgaban desde aquellos inmensos techos. Se decía que el último zar ruso Nikolài Romanov solía pasar allí algunos veranos.

—¿Qué te parece? —pregunté a Alejandro que parecía absorto mirando los frescos de los techos—. ¿Te gusta?

—¿Te gusta a ti— ?contestó mirándome fijamente.

—Si —afirmé no pudiendo evitar una exclamación algo infantil ante la majestuosidad del lugar.

—Entonces será aquí —afirmó dándome un rápido beso en los labios—. ¿Qué fechas hay disponibles? —preguntó a la mujer que nos estaba haciendo aquel tour en un perfecto inglés.

—La próxima fecha más cercana que tenemos disponible es dentro de cuatro meses porque hubo una cancelación —afirmó la mujer.

—¡Nos la quedamos! —gritó Alejandro apretando mi cintura.

—¿Y si da mala suerte? —pregunté algo preocupada.

—¿Porqué iba a dar mala suerte? Solo es una fecha preciosa... la mala suerte no existe.

—¿Qué fecha es? —pregunté queriendo saber que día era el que comenzaría una nueva etapa de mi vida.

—Trece de Mayo —afirmó la mujer.

Trece... ¿No era ese el número maldito? Miré a Alejandro para ver si tenía algo que decir, pero únicamente se limitó a colocarme el cabello detrás de la oreja mientras tenía una mano rodeando mi cintura.

—Una fecha que jamás olvidaré —dijo entonces en un hilito de voz mientras me observaba con aquellos increíbles ojos azules y supe que maldito o no, el trece iba a ser mi número favorito desde ese momento.

Con el sitio elegido tenía una cosa menos que hacer de la enorme lista, de hecho, no pensaba que sería tan sumamente fácil escoger el sitio, pero ni si quiera me había planteado la posibilidad de ese lugar hasta que a mi madre se le ocurrió mencionarlo. No podía creer que

fuera real, que de verdad iba a casarme con Alejandro en apenas cuatro meses. Todo había ido tan rápido y al mismo tiempo tan caótico que todavía me parecía creer que era irreal, que probablemente aún no había despertado de un sueño mágico.

Toda la familia se alegró sobre la noticia de la inminente boda y conforme fueron pasando los días que tenía previsto estar en casa de mis padres, me di cuenta de que mi lista de invitados superaría de largo los doscientos invitados que en un principio me había fijado como máximo, de hecho, superaba los quinientos y mi padre aún seguía añadiendo a socios, amigos e incluso empleados.

—Esto será un estrés —mencioné dejando a un lado de la cama las listas y tirándome sobre los cojines que tenía en el respaldo.

—Ven aquí —mencionó Alejandro atrayéndome hacia la fuente de calor que emanaba de su cuerpo—. Deja que tu madre se encargue de eso, esta encantada de hacerlo y tu ya tienes demasiado trabajo llevando la presidencia de la empresa para querer revisar cada detalle de la organización de la boda.

—Pero... ¡Es que será mi boda! —exclamé con cierto pesar porque quería hacerlo yo.

—Ni siquiera conoces a la mitad de la lista de invitados porque son compromisos que mantiene tu padre, si no fuese porque eres hija única, lo enviaría todo al diablo y te raptaría ahora mismo para llevarte a las vegas para acabar con toda esta locura, pero entiendo que para ellos sea importante.

—¿Las vegas? —exclamé con diversión—. No sería una mala idea... —dije algo pensativa.

Pensando en todo lo que había que organizar conforme aquella lista crecía, hasta me parecía la opción más idónea en esos

momentos.

—No me tientes Irina... no me tientes... —dijo de pronto Alejandro y le observé detenidamente.

Estaba tumbado de lado con la cabeza apoyada sobre la palma de su mano, era tan sumamente guapo con ese bronceado natural y el aire masculino que siempre emanaba con aquella pose que resultaba endiabladamente atractivo.

»Desde luego lo de dios griego le encajaba a la perfección«

—¿Tentarte? —exclamé—. Eso jamás señor Álvarez —añadí sugerente dándole la espalda y dejando a la vista mis nalgas envueltas en una fina braguita brasileña que por detrás era transparente con un pequeño lacito justo en el centro superior.

—Empiezo a creer que eres toda una experta en esto de la tentación —escuché al tiempo que sentía un dedo acariciando mi espalda por la columna vertebral que iba bajando hasta llegar al borde de aquellas braguitas y sus dedos comenzaron a deslizarse por una de mis nalgas apretándola fuertemente, provocando que mordiera mis labios de puro placer—. Cada momento que paso a tu lado supone una tentación constante... —jadeó acercándose a mi cuerpo de forma que podía notar su prominente erección en mi trasero.

Giré parcialmente mi rostro hasta encontrar la mirada de Alejandro y en ese momento sus labios devoraron los míos con brutalidad, como si realmente estuviéramos necesitados. No sabía si en algún momento el sexo con aquel dios griego llegaría a ser medianamente normal o si pasaría el resto de mi vida sintiendo esa necesidad de tenerle constante, inagotable y excitante al mismo tiempo que apasionante.

Acarició mi pierna y poco a poco fue bordeando mi cintura hasta perderse bajo mi ombligo buscando la fuente de mi propio placer. Gemí en sus labios en cuanto se abrió paso entre los pliegues de mi sexo provocando que aquellos movimientos circulares de sus dedos me hicieran rozar el cielo. Antes de alcanzar el clímax sentí como se adentraba en mi cuerpo colmándome de placer y morí extasiada.

—Tu piel es ese laberinto en el que deseo perderme con los cinco sentidos, Irina —susurró antes de que me quedase completamente dormida con una sonrisa en los labios sabiendo que pronto sería la esposa de ese maravilloso hombre.

Me había proyectado la expansión de la empresa a América y Asia en un periodo aproximado de dos años, pero los acuerdos sobre ambos continentes estaban siendo asfixiantes, por no decir que eso, sumado a los problemas que ya de por sí generaban todas las empresas del consorcio Komarov resultaba agobiante.

—Tienes que venir —terció Andrei al teléfono por tercera vez aquella semana, que a pesar de haber regresado de Moscú el miércoles estaba siendo demasiado larga muy a mi pesar.

—No puedo ir ahora Andrei, hace solo dos días que he vuelto de Moscú y tengo demasiadas cosas aún pendientes... —contesté abrumada.

—Si no vienes, no vamos a lograr cerrar el acuerdo con los americanos, así que decide si quieres retrasarlo todo porque te recuerdo que eras la más interesada en conseguir este contrato.

Suspiré pensativa. Ir a Nueva York significaba ausentarme durante al menos una semana si todo iba sobre ruedas. No me apetecía en absoluto tener que marcharme justo en aquel momento que tenía tantas cosas que decidir sobre la boda, pero no me quedaba

más remedio.

—Saldré esta misma tarde —aseguré antes de colgar.

El teléfono sonó inmediatamente después y pensé que era Andrei de nuevo.

—He dicho que iré —contesté sulfurada.

—¿Ir a donde? —respondió la voz de Alejandro confusa.

Respiré hondo y solté el aire pausadamente. No me gustaba tener que separarme de él y menos aún admitirlo de ese modo... sabía que le haría tan poca gracia como a mi, quizá era demasiado pronto para acostumbrarnos a estar separados.

—Pensaba que eras Andrei, acababa de colgar justo antes de que llamas.

—¿Está aquí? —exclamó sorprendido.

—No —admití—. Sigue en Nueva York —añadí dando por sentado que lo entendería y de hecho el silencio se prolongó por al menos un minuto.

—Imagino que es necesario —dijo en un tono neutral, bastante comprensivo.

—Al parecer lo suficiente para insistir en que no habrá acuerdo si no asisto inmediatamente —aseguré dejándome caer en la silla. Ni siquiera sabía porqué manteníamos esa conversación por teléfono estando a unos pasos de distancia.

—¿Cuándo sale tu avión? —preguntó inmediatamente.

—Ni siquiera me ha dado tiempo a programarlo, pero intentaré salir a primera hora de la tarde en cuanto pueda.

—¿Cuántos días? —volvió a preguntar.

—No lo sé —admití—. Quizá una semana... dos como mucho.

—No me gusta estar tanto tiempo sin ti —contestó serio.

—A mi tampoco me gusta, pero no iría si no fuera absolutamente necesario para la empresa —insistí con un suspiro.

—Está bien —contestó con cierto pesar—. Te llevaré yo mismo al aeropuerto.

No repliqué porque realmente deseaba que me acompañara para estar hasta el último minuto junto a él teniendo en cuenta que no sabía cuanto podría prolongarse en el tiempo mi ausencia.

—Llámame en cuanto aterrice el avión —mencionó en el momento que estacionó el vehículo a poca distancia del avión privado que parecía estar preparado para el despegue inmediato.

—Será lo primero que haga —contesté abalanzándome sobre él para abrazarle fuertemente.

—¿Crees que volverás la semana que viene— ?preguntó inquisitivamente.

—No lo sé, espero que si —contesté sin saber una respuesta exacta—. ¿Tenías planeado hacer algo? —pregunté curiosa.

—No —negó—. Realmente nada importante, solo quería saber cuándo volverías, pero entiendo que no sabes cuanto se podrán alargar las negociaciones.

—En el instante que me libre del acuerdo regresaré inmediatamente —jadeé en sus labios aspirando aquel aroma para retenerlo en mi memoria hasta mi regreso.

—Sin duda te estaré esperando, preciosa —gimió antes de profundizar aquel beso.

Justo en el momento que me senté en el asiento del avión y fui a apagar el teléfono para el despegue, comprobé que tenía mensaje sin leer y para mi sorpresa era de Teresa. Al abrirlo para leer su contenido, constaté que el viernes de la semana siguiente era el

cumpleaños de Alejandro y había pensado organizar para el sábado una fiesta sorpresa en su casa con todos los amigos donde podríamos dar la noticia de la boda. Me pedía que le diera mi confirmación para comenzar a organizarlo todo con suficiente tiempo de antelación.

»Su cumpleaños« medité tras leerlo tres veces para asegurar y retener en mi cerebro esa información. ¡Era su cumpleaños y no me había dicho nada! Con razón insistía en saber si volvería la semana que viene, con toda probabilidad sería esa la razón y probablemente no habría querido mencionarlo para que no me sintiera culpable si no podría regresar a tiempo. Tenía que volver para estar ese día junto a él. No podía perdérmelo por nada del mundo.

Llamé a Alejandro en cuanto aterrizó el avión para informarle de que todo estaba en orden, debían ser aproximadamente las tres de la madrugada y aún así había esperado despierto mi llamada. No hice mención alguna en referencia a su cumpleaños y menos aún recriminárselo. De hecho, por mucho que quisiera volver a tiempo aún no sabría si podría hacerlo hasta que me encontrara con Andrei y me informara en qué punto estaban realmente los acuerdos para tener un punto de partida.

Me encontré con mi primo en el mismo hotel en el que él se alojaba para ponerme al día de la situación y la cosa no pintaba tan bien como había tenido la esperanza de creer para terminar aquello cuanto antes y así poder regresar, de hecho, entendía el porqué de la insistencia por parte de Andrei para que asistiera de inmediato y fuese yo misma quien cerrara esos acuerdos.

—No lo entiendo —concluí—. Tenemos un modelo de negocio que funciona perfectamente en Europa y con unos números impecables. ¿Qué es lo que falla para que nos pidan tantos

requisitos? —insistí.

—Las cosas aquí funcionan de diferente forma al parecer —contestó Andrei—. Empezando porque querían que la propia presidenta del consorcio estuviera presente en la firma e incrementando todos los porcentajes de producción como garantía en un ocho por ciento más de lo que habíamos escatimado.

—Dame los informes, los repasaré antes de dormir y tomaré una decisión al respecto si no llegamos a un acuerdo inferior del que nos piden.

A pesar de acostarme tarde, nada más despertar llamé a Teresa para informarle que siguiera adelante con los preparativos de la fiesta a pesar de que pudiera o no regresar a tiempo, —aunque intentaría por todos los medios hacerlo—, pero prefería que no mencionara nada a Alejandro en cualquiera de los casos. Apenas había dormido cuatro horas, pero la impaciencia me podía, así que no retrasamos la reunión prevista para ese mismo día con los inversores.

Andrei me presentó a los doce miembros del grupo inversionista con mayor renombre de toda la ciudad dispuestos a ser socios de nuestra empresa e invertir un gran capital si llegábamos a un acuerdo. La mayoría pasaban la cincuentena salvo dos de ellos, que debían rondar la edad de Alejandro. Ni tan siquiera llevaba un día separada de él y ya le comparaba por todos lados.

—El señor Komarov no nos mencionó que usted fuera tan joven —dijo uno de ellos observándome detenidamente.

—No sabía que había venido a discutir mi edad, en lugar del proyecto de inversión en el que todos saldremos beneficiados —contesté drásticamente y aquel hombre me miró con cierta

impresión.

—Tiene toda la razón —contestó uno de los miembros más jóvenes que si no recordaba mal era un tal Kendrich —. Estamos ansiosos de escuchar que es lo que tiene que proponernos, señorita Komarova.

A pesar de tener capital suficiente y no necesitar inversores para la expansión, mi padre siempre había buscado a socios capitalistas importantes que invirtieran para que sus influencias convirtieran la empresa en una de las pioneras de su campo en el país. Así había sido desde que se expandió por primera vez y el modelo no había variado en todas y cada una de sus sedes, convirtiéndose precisamente en líderes del sector.

—No creo que pueda aportar mucho más de lo que el señor Komarov les ha mencionado, pero sí que puedo decirles que su ocho por ciento de incremento en costes de producción es excesivo e innecesario. Estaremos dispuestos a asumir en todo caso el tres por ciento. Respecto al resto de condiciones, no tengo nada que objetar, salvo que el edificio estará en el centro de la ciudad y guardará las semejanzas en cuanto a arquitectura del resto de países —concluí sin un ápice de miramiento, no pensaba ceder en ese aspecto por muchos costes que se ahorrasen.

Cinco días después aún seguíamos sin llegar a un acuerdo y cuando parecía que había adelantado dos pasos, de pronto retrocedía tres. Mi paciencia estaba llegando a su límite y si a eso le añadía que necesitaba salir como muy tarde al día siguiente para llegar a tiempo a la fiesta sorpresa de cumpleaños de Alejandro, mi desesperación rallaba el abismo.

—Necesito tomar el aire —dije a Andrei mientras hacíamos un

descanso y bajaba al bar que había en la planta baja porque necesitaba tomarme algo para sobrellevar aquel infernal estrés.

—Hola —escuché en cuanto di el primer sorbo y vi que el hombre que había llegado colocándose a mi lado era el tal Kendrich. Al parecer había tenido el mismo pensamiento que yo cuando estaba allí.

—Hola —contesté cortésmente mientras daba otro sorbo al vodka solo rebajado con hielo que indiscutiblemente sabía a gloria a pesar de no tomar habitualmente alcohol.

—Es difícil encontrarte a solas —dijo de pronto y me sorprendió esa clase de afirmación, pero mantuve una expresión neutra para que no se percatara de la extrañeza que me suponían sus palabras.

—Normalmente siempre estoy acompañada, de hecho, también lo estoy en este momento —respondí señalando al personal de seguridad que se encontraba a unos metros de distancia.

—No me refería a tu personal de seguridad, eso es previsible, más bien me refería a Andrei Komarov —añadió apoyándose con los codos en la barra y observándome fijamente.

—¿Es quería discutir algún asunto privado conmigo? —pregunté frunciendo el ceño. No creía que hubiera nada que añadir respecto al acuerdo que mi propio primo no pudiera escuchar.

—Desde luego me gustaría discutir más de un asunto con usted en privado —terció llevándose la copa que acababan de servirle a los labios—. Creo que ambos podríamos llegar a un buen entendimiento y podría ayudarla a acabar con este interminable acuerdo.

—¿A qué se refiere exactamente señor Kendrich? —pregunté directa. Si algo odiaba en este mundo eran precisamente los rodeos. Prefería que me dijeran las cosas directamente antes de marearme

como una perdiz para terminar diciendo exactamente lo mismo.

—Asista a mi hotel esta noche y mañana mismo tendrá el acuerdo firmado sobre la mesa bajo sus condiciones —susurró en voz baja.

»No me lo puedo creer« pensé inmediatamente¿ .De verdad estaba tratando de coaccionarme?, ¿De verdad se creía que iba a aceptar acostarme con él por un simple acuerdo de negocios? Deseaba esa expansión, pero no tanto para denigrar mi moralidad.

—¿Es consciente de lo que me está proponiendo? —pregunté para asegurarme de que realmente no estaba entendiendo mal su propuesta.

—Lo suficiente para proponérselo, ¿No cree? —insistió completamente convencido de sus palabra.

—Si... ya veo —aclaré cogiendo la copa y vaciando todo el contenido

—¿Significa eso que acepta señorita Komarova? —preguntó impaciente.

—Ni siquiera he tenido que pensarlo un segundo. —Sentencié cogiendo mi bolso—. Tanto mi empresa como yo no estamos en venta señor Kendrich, pero me ha dejado bastante clara su posición al respecto —afirmé largándome de allí sin esperar una respuesta.

Le podían dar viento fresco a todos ellos, de hecho, no pensaba quedarme allí ni un minuto más y conforme pulsé el botón del ascensor para volver a subir a la planta donde estábamos llevando a cabo las reuniones desbloqueé el teléfono y llamé a mi asistente, quería tener mi avión listo en dos horas para salir rumbo a Madrid de inmediato.

—¿Ya has vuelto? —preguntó extrañado Andrei por haber tardado tan poco tiempo.

—Cambio de planes —afirmé mientras él me miraba extrañado y entré en la sala de reuniones donde solo estaban ocho de los doce miembros, aunque los otros cuatro incluido el famoso señor Kendrick no tardaron en llegar.

—Lamento informarles que acabamos de recibir una oferta mucho más ventajosa para nuestra empresa en Abu Dabi —dije sorprendiéndoles a todos incluido el tal Kendrick—, teniendo en cuenta que era objeto de estudio la expansión hacia ese continente, le daremos preferencia tras no llegar a ningún acuerdo en este continente. Por tanto, damos por concluido los acuerdos aquí y sentimos mucho las molestias ocasionadas —mencioné recogiendo las carpetas y despidiéndome de los presentes que no dejaban de replicar ciertos murmullos inteligibles.

—¿Qué haces?, ¿Estás loca? —exclamó Andrei en cuanto salimos de aquella sala de reuniones y dejamos a todos los inversores algo desorientados.

—No, lo que estoy es cansada— afirmé—. Creen que somos inexpertos porque no están tratando con Luciano Komarov y que podrán exprimirnos al máximo para salir beneficiados, lo último que me ha faltado es que uno de ellos me ofreciera asegurar que firmarían bajo nuestras condiciones si me acostaba con él —solté sin reservas—. Un hecho que me ha dejado lo suficientemente claro que no se trata de dinero lo que quieren, sino de demostrar quien tiene el poder. No voy a permitir que nadie maneje mi empresa por más acciones o capital que tenga a su antojo, así que o bien aceptan las condiciones iniciales o buscaremos a otros inversores que lo hagan. —Si no fuera porque me había tomado un vodka para calmar mi enfado monumental, ahora mismo estaría escupiendo fuego por la

boca de manera literal.

—¿Quién ha sido ese cerdo? —exclamó Andrei.

—No importa... creo que le ha quedado lo suficientemente claro que no estoy en venta y mi empresa tampoco lo está —afirmé—. Cuando vuelvas a entrar menciona que ha sido un contrat tiempo, pero que mantendremos la oferta inicial sin cambios ni acuerdo alguno durante tres meses solo por las molestias ocasionadas. Si no lo aceptan es su problema, de todos modos, son conscientes de que tenemos capital suficiente para hacerlo por cuenta si quisiéramos. Si no son estúpidos, aceptarán.

—No creo que acepten Irina, pero lo mencionaré —contestó cruzándose de brazos mientras entraba en el ascensor.

—Me apuesto lo que quieras a que antes de los tres meses han aceptado —contesté completamente segura de mis palabras y mi guardia de seguridad pulsó el botón de la planta baja conforme se cerraban las puertas.

8. un cumpleaños inolvidable

No había vuelto con el acuerdo firmado bajo el brazo, pero ciertamente me importaba más bien poco después de lo ocurrido. Sabía que expandirnos solo era un afán por llegar más lejos, pero realmente no suponía una necesidad y menos aún; una prioridad, solo se trataba de un objetivo más bien propio que quería alcanzar en mi primer año como presidenta. Tal vez había sido una pérdida de tiempo haber ido, al menos había descubierto por mi misma como funcionaban las cosas y quizá aprendido a tratar los asuntos desde otra perspectiva y no darle tantas vueltas a lo mismo sin llegar a ninguna parte.

En cuanto aterricé envié un mensaje a Alejandro para advertirle que me retrasaría unos días más puesto que era su cumpleaños y quería darle una sorpresa, solo esperaba que no hubiera previsto ningún plan, aunque según me había contado Teresa, le preguntó a su marido Alberto si sabía algo y él no estaba informado de nada al respecto, así que suponía que simplemente se iría a casa como cualquier día normal.

Igual toda la estrategia se me iba directamente al infierno, pero lo haría según el plan que había ido preparando en aquellas largas horas de vuelo.

Fui a casa y rebusqué por todas partes hasta que encontré las llaves de la casa del lago que supe identificar por el llavero. Solo

había estado en un par de ocasiones, pero recordaba perfectamente los desvíos hasta llegar —o eso esperaba—, pero como no me separaba del personal de seguridad haciendo caso fielmente a las medidas de Andrei, me daba menos miedo perderme.

Metí varias prendas de ropa interior y dos vestidos —ya que no me decidía por uno en concreto al ser ambos del mismo color—, cerré de nuevo el apartamento porque aún tenía que comprar todas las provisiones que estimé oportunas para preparar la cena. Ciertamente tardé un poco más en llegar porque dudé varias veces en uno de los desvíos al salir de la carretera, pero finalmente reconocí el entorno y cuando divisé la casita al final del camino me entusiasmé de haberlo conseguido. Justo antes de meter el pescado al horno, me alejé de la casa buscando un punto con cobertura hasta que finalmente lo encontré a treinta metros subiéndome a una especie de roca alta. Desde luego ese lugar era el idóneo para desconectar de absolutamente todo.

Irina:

»Te espero impacientemente para regalarte tu mayor noche de placer.

Pd: No traigas nada, porque solo necesito tu cuerpo de dios griego para satisfacer todos tus deseos«

Inmediatamente después hice una foto enmarcando la casa del lago iluminada por los últimos rayos de sol y esperé medio congelada de frío a que lo leyera, algo que no tardó más de cinco minutos en hacer gracias a Dios.

Alejandro:

»Llego en una hora«

La abreviatura del mensaje me hizo estallar en una carcajada porque supe que ni tan siquiera se había parado a escribir más texto para no perder el tiempo y salir corriendo. Tuviera o no planes para esta noche, a la vista estaba que no debían importarle más que venir hasta la casa del lago.

Mientras el pescado estaba en el horno aproveché para ducharme y mientras mi personal de seguridad esperaba a que llegase Alejandro para marcharse a la ciudad, prendieron fuego a la leña que había en la chimenea para que la casa se caldeara. A pesar de dudar cuál elegir entre los dos vestidos que había llevado, puesto que uno era palabra de honor y el otro de manga larga, pero escote en corazón, me decidí por este último porque era más apropiado para el tiempo y bajo mi punto de vista más sensual incluso que el otro. Además, de ese modo podría combinarlo con el body lencero igualmente en tono rojo que había metido en la bolsa.

En el momento que encendí las velas de la mesa que había estado preparando meticulosamente aprovechando que tenía tiempo, escuché el ruido del motor en el exterior procedente de un vehículo y alcé la vista a los dos armarios empotrados que tenía por guardaespaldas; Frederick y Viktor, que me acompañaban a todas partes. Eran rusos y de pocas palabras, pero solo bastó alzar la vista para que Viktor —el más joven de los dos—, saliera a comprobar si la persona que había llegado era Alejandro, aunque tendría que ser él sin duda alguna. Estaba algo nerviosa y realmente no entendía porqué, tal vez fuese por la expectación o solo porque esperaba que

aquella mini sorpresa que le había preparado con tan poca antelación le gustase, pero en cuanto apareció por la puerta vino hacia mí tan decidido con el rostro serio que no sabía si le había agradado o no.

No hubo palabras, ni saludos, ni ningún tipo de gesto referente a ello, sino que me agarró fuertemente de la cintura y me atrajo hacia él mientras se lanzaba sobre mis labios con tanta posesividad que me hizo temblar todo el cuerpo.

—Espera —susurré un segundo apartándome ligeramente de sus labios y me dirigí con la vista hacia la puerta—. Frederick, podéis marcharos, no os necesitaré hasta el lunes por la mañana —mencioné ante la atenta mirada de Alejandro.

—Por supuesto señora —contestó en un profundo ruso y salió cerrando la puerta para ahora sí, dejarnos completamente a solas.

Antes de poder mencionar palabra alguna Alejandro volvió a estrecharme apretándome contra él y sentí posar sus labios sobre mi cuello, rozando con su nariz mi nuca y deleitándose con sus besos.

—¿Eres mía todo el fin de semana— ?exclamó sugerente.

—Toda tuya —afirmé mordiéndome el labio y tratando de evitar sonreír.

—Reconozco que ha sido una deliciosa sorpresa recibir ese mensaje —susurró cerca de mi oído.

—¿Creías que iba a permitir que pasaras solo tu primer cumpleaños estando juntos? —exclamé y entonces se apartó sorprendido abriendo aún más aquellos ojos azules para observarme.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó sorprendido.

—Desde luego por ti no ha sido —afirmé.

Decir que me lo había recordado Facebook era mentir como un bellaco porque él no usaba esa red social y yo la eliminé hacía unos

meses, pero mencionar que había sido Teresa quien me lo había dicho, sería fastidiar la sorpresa que tendría lugar al día siguiente, aunque por otro lado ella ya nos había invitado a cenar en su casa y Alejandro debía intuir algo.

—¿Has investigado mi historial? —preguntó en un tono ciertamente divertido y al mismo tiempo sensual.

—Podría ser... —fingí con aire misterioso y me alejé de él para llegar hasta la cocina.

—¿Has cocinado para mí? —Su voz parecía entusiasta, como si estuviera sorprendido de que hubiera hecho tal cosa solo para él.

—En realidad para los dos —mencioné dejando la bandeja sobre la vitrocerámica—. ¿Podrías abrir el vino?

—No sé si tengo más hambre de ti o de ese delicioso pescado que has preparado y que huele fenomenal —gimió detrás de mi espalda y tuve que agarrarme a la encimera para soportar aquel temblor de mis piernas—. Aunque diría que es a ti a quien prefiero en este instante.

Habían sido demasiados días sin tocarle, sin besarle, sin tenerle entre mis sábanas y el ardor por volver a sentirle de nuevo era mucho más que excitante. Decir que le necesitaba era quedarse corto, más bien se trataba de un anhelo infinito del que probablemente nunca me vería saciada.

—Tendrás que esperar a que se acabe la cena —contesté tratando de controlarme para no girar sobre mi misma y lanzarme a él—, o de lo contrario no habrá servido de nada que me pase una hora cocinando.

—Está bien —dijo apartándose y observé como sacaba de uno de los cajones un abridor y comenzaba a descorchar el vino—. Te saborearé lentamente como al buen vino.

Estar solos en aquel asombroso silencio era maravilloso. Una lástima que fuese invierno, porque sin duda cuando comenzara el buen tiempo, la brisa agradable que habría proveniente del lago por la noche sería exquisita. No veía el momento de que avanzara el tiempo, no solo por comprobarlo, sino porque así faltaría aún menos para la boda.

Hablamos sobre mi viaje y que finalmente no llegando a ningún acuerdo decidí volver. Alejandro no pareció muy convencido con mi jugada antes de marcharme, pero evitaba contarle lo sucedido porque imaginaba que su reacción sería mucho peor que la de mi primo Andrei, así que simplemente me limité a contarle que probablemente nos estaban haciendo perder el tiempo para cansarnos y conseguir aceptar sus condiciones; algo que me negaba a pactar. Por el contrario, en mi ausencia había sido una semana de trabajo bastante tranquila y sin incidencias, algo bastante inusual.

—Hoy enviaron un ejemplar de la portada que saldrá el lunes en todos los quioscos —comentó en un tono apacible haciendo que determinara que no le entusiasmaba demasiado la idea.

—¿He salido medianamente aceptable? —contesté sonriente llevándome la copa a los labios.

—Diría que demasiado para mi gusto —respondió perspicaz y vi su tono lo suficientemente serio para no intentar bromear al respecto —. No sé si me agrada que medio mundo te conozca por ser increíblemente preciosa.

—¡Oh vamos! —exclamé levantándome puesto que ya habíamos terminado de comer y solo faltaba el postre—. Medio mundo pondrá una nueva cara al consorcio Komarov con mi imagen. Solo es publicidad... probablemente esa revista no la compre más que un

centenar de personas.

—Lo sé, pero yo sé lo que me digo. —Insistió sin entrar en detalles y aunque ciertamente la idea de salir como portada en la revista no era especialmente de mi agrado puesto que nunca había buscado fama o popularidad a lo largo de mi vida, —esa fue una de las razones que me desmotivaban seguir la carrera de modelo que le entusiasmaba a mi madre—, lo hacía solo por la empresa.

—De todos modos el reportaje menciona una inminente boda — dije sonriendo apartando los platos de la mesa y observé la cara de sorpresa de Alejandro que a pesar de parecer querer decir algo, por el contrario no dijo nada. Aproveché el momento para coger la pequeña tarta que había en la nevera a la que incluso ya había colocado la vela y la encendí justo antes de darme la vuelta—. ¡Cumpleaños Feliz!, Cumpleaños feliz... —comencé a cantar ante su atenta mirada—, pide un deseo antes de soplar —mencioné ofreciéndole el dulce.

—Tengo todo lo que quiero, Irina —contestó observándome con deseo.

—Aún así... tú pide un deseo —insistí y él hizo un gesto extraño a modo de sonrisa y después sopló la vela.

—¿Me dirás que has pedido si se cumple? —pregunté.

—Tal vez... —susurró antes de meter un dedo en la nata y acercármelo a los labios para que lo probara, cosa que hice con sumo gusto introduciéndome aquel dedo en la boca para rodearlo con la lengua pacientemente.

—Voy a...

—No —terció Alejandro impidiéndome que me alejara y cogió la tarta con una mano mientras que con la otra rodeó mi cintura

apremiándome a seguirle hasta el sofá donde se estaba mucho más calentito gracias a la chimenea encendida.

Dejó la tarta sobre una pequeña mesa auxiliar y mientras se sentaba me invitaba a que yo lo hiciera sobre sus rodillas, de forme que mi cuerpo se inclinaba sobre el suyo permaneciendo en contacto. Sus dedos subieron lentamente por mi pierna y ascendiendo por el costado hasta llegar al borde del cuello y rozar una de mis mejillas. Me estremecí ante aquel leve roce y me giré tratando de besar su mano, pero a cambio acortó la distancia para devorar mis labios con el mismo ímpetu que cuando entró en casa.

Sentí como la cremallera de mi vestido se abría entre sus dedos y antes de darme cuenta la prenda había desaparecido para recibir las caricias de aquel dios griego deleitándome por todo el cuerpo, provocando que ahogara mis gemidos en su cuello.

—Eres tan receptiva, preciosa —susurró e instintivamente succioné el lóbulo de su oreja por respuesta provocando que sus dedos se hundieran en mis nalgas para apretarme aún más contra él si es que aquello era posible.

—No lo era antes de conocerte —admití—. Como tampoco era insaciable, aunque eso solo me ocurre contigo...

—¿Sólo conmigo? —exclamó—. ¿No estarás diciendo eso solo para complacerme porque es mi cumpleaños?

—Podría —confesé—, pero es la realidad —dije apartándome un segundo para mirarle detenidamente—. Nunca he sentido con otra persona lo que tú me haces sentir, Alejandro.

—Me alegra que sea así, me hace pensar que no soy el único completamente obsesionado de los dos —jadeó metiendo una mano bajo el body para rozar mi clítoris al tiempo que daba un suave

mordisco sobre el tejido en uno de mis pechos.

—¡Ah! —exclamé sin poder evitarlo mientras tiraba de su camisa para abrirla haciendo que los botones saltaran de ella hacia todas partes—. Quiero sentirte... necesito... ¡Ah! —ni tan siquiera era capaz de terminar la frase porque tuve que morderme el labio para reprimir gritar de nuevo.

En cuanto abrí la cremallera de su pantalón y Alejandro se movió para deshacerse de la prenda, su miembro resurgió erguido preparado para que le cabalgase. Mientras sentía como se hundía poco a poco en lo más profundo de mi ser noté sus dedos acariciando mis pechos y cuando me empujó hacia abajo para hundirse completamente en mi, grité de placer al mismo tiempo que aquel dios griego de ojos azules rasgó la prenda interior que llevaba puesta por la mitad para dejarme completamente desnuda. Ni tan siquiera pude quejarme porque me alzó de las nalgas levemente para dejarme caer y el movimiento provocó de nuevo mi deleite, haciendo que comenzara a moverme sobre él en un vaivén en el que ambos nos sincronizábamos para encontrar el placer en el otro hasta que sentí como me agarró con fuerza para alzarme y apoyarme contra una de las paredes de la casa mientras me penetraba con tanta fuerza que simplemente me dejé arrastrar por el orgasmo que me abrasaba...

No cambiaría aquel infinito placer que él me proporcionaba ni por el tesoro más grande del universo. Alejandro era único en su especie, deleitándose en cada ocasión de un infinito abismo que siempre quería alcanzar por breve que éste fuera, pero era tan intenso... que merecía cada letra de su apodo de dios griego. Definitivamente no era normal.

—No vuelvas a marcharte tanto tiempo —susurró

mordisqueándome el hombro—. Es una completa tortura estar sin ti tanto tiempo —gimió.— He tenido que conformarme con ver tus fotos en mi teléfono y decirme a mi mismo que más pronto que tarde volverías.

—Yo también te he echado de menos —contesté dejándome caer sobre él, sobre todo porque no tenía apenas fuerzas y sabía que él me sostendría siempre.

—No me gusta el hueco que dejas en mi cama cuando no estás —insistió—. Ni que el perfume en tu almohada se desvanezca día tras día.

—Ven conmigo la próxima vez —dije abrazándole.

No sabía cuando tendría que volver a marcharme, ni tampoco si sería por uno o varios días. Cada situación era diferente, así que resultaba impredecible.

—No puedo dejar la dirección de la empresa vacía durante mucho tiempo, lo sabes —mencionó sabiendo que era consciente de ello.

—Lo sé —afirmé—, pero encontraremos una solución, pensaré en algo.

Nos sentamos en el sofá y Alejandro comenzó a desenvolver la manta para taparnos e inmediatamente después cogió la tarta.

—Espera, iré a por cucharas —mencioné levantándome y recordando el regalo que tenía en el bolso del que no tenía ni idea si le gustaría.

—Mañana le dije a mi hermana que iría a cenar a su casa pensando que no estarías, pero creo que la llamaré mañana y lo cancelaré, así podremos pasar aquí todo el fin de semana solos.

—Si te invitó creo que deberías ir... bueno, deberíamos —dije alzando la voz para que me escuchara. Si cambiaba los planes por mi

culpa Teresa me mataba después de pasarse la semana organizando todo—. Probablemente quiera felicitarte y por eso querrá que vayas a cenar a su casa.

—Si... pero prefiero que nos quedemos aquí. No me apetece tener que ir hasta Madrid solo por una cena, ya me felicitará el lunes.

—No está bien Alejandro, Es tu hermana, así que iremos a la cena y después nos volvemos directamente aquí —dije sonriente—. Además, está embarazada y no hay que contradecirla —aseguré a pesar de que aquel tema podía ser un tanto peliagudo para él.

—Está bien... —mencionó dejándose caer hacia atrás como si no pudiera tener opinión propia.

—Esto es para ti —le advertí dejando aquel paquetito envuelto con un lazo sobre sus piernas. Sus ojos miraron primero el pequeño paquete y después alzó la vista para observarme a mi algo sorprendido. En ese momento le quité la tarta que aún la sostenía en una mano y me senté a su lado—. Espero que te guste —añadí con cierta sonrisa poco convincente.

No tenía ni idea de qué regalarle, menos aún con el poco tiempo libre que había tenido y al final había terminado por un clásico que pensé que nunca fallaba, más aún teniendo en cuenta que él los usaba.

—¿Por qué me has comprado algo? —exclamó cogiendo aquel paquete—. No necesito nada. El hecho de que hayas venido y te molestases en preparar todo esto era mucho más que suficiente para mi.

—Bueno... yo quería que tuvieras algo que tuviera un significado para ti —me adelanté a decir y en cuanto abrió el paquetito pudo vislumbrar un reloj.

—Es muy bonito —mencionó sacándolo de la caja.

Era un reloj de la marca rolex, aunque realmente lo importante no era la estética que por cierto era elegante y moderno.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Si —afirmó quitándose el que tenía puesto y supuse que sería para probárselo.

—Tiene una inscripción —dije antes de que se lo colocara en la muñeca y giró para leerlo.

Para mi asombrosa suerte, había tienda en el hotel que me alojaba y pude no solo comprar el reloj, sino que además le hicieran aquella inscripción grabada en su reverso.

»Solo tuya, Irina«

Esperaba que lo entendiera, porque había mencionado tantas veces que solo fuera suya, que podía incluso entender que necesitaba que lo dijera para creer que así no me marcharía con otro, que no le compartiría y que no le abandonaría como hicieron su madre y su abuela.

En el momento que alzó la vista tras leer aquel mensaje, sus profundos ojos azules brillaron y no supe si fueron de emoción, deseo o simplemente una mezcla de ambos.

—Solo tuya. Siempre —aclaré y vi como él sin dejar de mirarme se abrochaba aquel reloj.

—Cada vez que mire la hora lo tendré presente —aseguró inclinándose para rozar mis labios—, sabré que eres mía —afirmó contundentemente.

Era suya, no como una propiedad o como un objeto, sino porque mi alma y mi corazón eran suyos sin lugar a duda.

Finalmente, a pesar de estar demasiado tranquilos en la casa del

lago, emprendimos el camino hacia Madrid para acudir a la cena de Teresa, que de no ser por aquella fiesta sorpresa yo misma habría decidido cambiar de planes ya que aquel lugar idílico era como abstenerse de la realidad caótica de la ciudad.

—¡Sorpresa! —gritaron todos en cuanto Alejandro entró en el apartamento de su hermana y lo primero que hizo fue girarse hacia mí para observarme mientras me encogía de hombros siendo cómplice de aquel complot.

Me reencontré con los amigos de Alejandro que no había visto desde la boda de Teresa y no solo aprovechamos para comunicarles la noticia de nuestro compromiso, sino que les advertí a todos ellos que serían las parejas de mis damas de honor.

—Pero serán guapas, ¿Verdad? —exclamó Óscar que sin duda era el más gracioso y *salao* —como diría mi madre—, de todos ellos.

—Tío... son rusas, eso no se pregunta —contestó Carlos que era otro de ellos—. Nacen guapas por defecto de fábrica. No hay que estar muy ciego para verlo —añadió señalándome y no pude evitar soltar una carcajada.

—Puede que haya alguna española —mencioné porque aún no tenía claro si pedírselo a dos de las que fueron mis compañeras de trabajo, puesto que dos de mis primas estaban embarazadas y dudaba que pudieran —o más bien quisieran— hacerlo.

—Nosotros por ti hacemos lo que haga falta —añadió un tercero y Alejandro me agarró de la cintura en ese momento.

—Se va a casar conmigo, lo sabéis, ¿no? —exclamó a modo “macho alfa”.

—Creo que el pedrusco que lleva en la mano lo deja bastante claro —dijo Óscar señalando mi anillo y por suerte para mí, Teresa vino en

ese momento a mi rescate diciendo que necesitaba ayuda en la cocina.

—Dime, ¿En qué te ayudo? —exclamé cuando estábamos a solas en la cocina.

—En realidad no necesitaba nada, solo era una excusa para que habláramos ya que has estado fuera todo este tiempo o liada con trabajo y no quería importunarte —terció algo preocupada.

—Te dije que no molestabas Teresa, lo cierto es que me habría gustado llamarte y comer juntas o tomar un café, pero estas últimas semanas han sido demasiado estresantes de trabajo.

—Lo sé —afirmó—. Hablé con tu asistente un par de veces para saber si tenías algún hueco libre y mencionó que era algo complicado.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. No me ha mencionado nada.

—Le pedí el favor de que no lo hiciera para que no te sintieras presionada y que llamaría más adelante, pero prefiero aprovechar unos minutos ahora que estás aquí ya que cuando os fuisteis la última vez me quedé algo preocupada por tu reacción cuando Alejandro mencionó que no tendríais hijos. No había que ser una experta para saber que la noticia te cogió por sorpresa tanto como a mí.

—Si te digo la verdad, esa noche terminamos discutiendo y Alejandro se marchó durante unas horas de casa —admití dejándome caer sobre la encimera y cruzándome de brazos—, él cree que no sería un buen padre y que no podría querer a su propio hijo —afirmé apenada.— Está convencido de ello e incluso teme que cometería los mismos errores que vuestro abuelo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó atónita.

—Yo acepté que quiero estar con él por encima de todo, aunque eso incluya que siempre estemos solos; él y yo.

—¿Estás segura Irina? —preguntó colocando una de sus manos sobre mis brazos cruzados—. Será peor si un día te arrepientes de esa decisión.

—Le quiero demasiado, por encima de todo incluso del hecho de ser madre —contesté sincera—. No te preocupes por nosotros Teresa, somos felices teniéndonos el uno al otro.

—Me alegro mucho por vosotros —respondió con aquellos ojos vidriosos.

—Por otra parte, espero que me llenes de sobrinos a los que consentir demasiado —dije riéndome para quitarle importancia a aquella conversación.

—Pues como no vengan de dos en dos, no creo que tengas muchos por mi parte —contestó sonriente y llevándose las manos a su vientre.

En ese momento sentí una pizca de envidia, solo fue un instante, pero comprendí que yo jamás viviría esa sensación de albergar una vida en mi vientre, de ese instinto que era llevarse las manos para protegerlo de cualquier cosa, incluso de mi propia risa y fui consciente a lo que realmente había renunciado.

9. celos y amenazas

Dicen que los lunes son horribles y ahora entiendo perfectamente porqué lo dicen. Después de pasar un fin de semana idílico porque volvimos tras la fiesta de cumpleaños de Alejandro a la casa del lago a pesar de que terminamos de madrugada, pasamos todo el domingo encerrados hasta el punto de quedarnos también a pasar la noche y madrugar para volver a tiempo al trabajo. Había necesitado dos cafés bien cargados para despertar de aquel letargo y aún así me costaba trabajo centrarme de nuevo en aquel maldito informe de plan de negociación, también porque estaba plagado de cláusulas infumables que era incapaz de entender a esas horas.

—¡Ah, es imposible! —exclamé soltándolo sobre la mesa y dejándome caer sobre la silla—. Dime Evelyn —dije en cuanto sonó el teléfono y pulsé el botón del altavoz.

—Señorita Komarova, es su primo Andrei, dice que es importante y que no responde al teléfono —mencionó la voz de Evelyn por el intercomunicador.

—Es cierto, se me olvidó activar el sonido. Pásamelo —exclamé mientras sacaba el teléfono del bolso y activaba el sonido.

—Irina, ¿Para qué demonios tienes un teléfono si no lo coges? —gritó algo sulfurado.

—Tampoco es para tanto, me has localizado en el despacho. Dime que es eso tan importante —pregunté esperando que por favor no

fuera una catástrofe de las de tener que salir corriendo porque necesitaba pasar unos cuantos días centrada en un sitio y no de hotel en hotel después de casi tres semanas de viajes.

—Contra todo pronóstico los americanos han aceptado tus condiciones iniciales sin ningún tipo de contraoferta —mencionó casi tan sorprendido que ni él mismo se lo creía.

—Te dije que lo harían, aunque pensé que tardarían más en hacerlo la verdad... Al final no se hacen tanto de rogar como creía —admití.

—Al parecer, alguien ha lanzado un rumor sobre que estábamos negociando con otros inversores de su competencia —contestó Andrei—, aunque desconozco quien ha podido ser, pero desde luego la jugada ha salido favorable para nosotros.

—¿Cuándo está planificada la firma? —pregunté centrándome en lo realmente importante. Quería tener ese acuerdo firmado de una vez para asegurarme que de verdad habría expansión en Estados Unidos, hasta que no viera los documentos firmados no me lo creería.

—Pasado mañana —contestó seguro—. Es tiempo necesario para que los abogados tengan todos los contratos preparados.

—Genial, avísame si se produce algún contratiempo y asegúrate de que nuestros abogados lean todas las cláusulas del contrato detenidamente. Me fio menos de esos americanos que de la mafia rusa —solté sin miramientos y Andrei exclamó una carcajada.

—Sabes que lo haré —mencionó antes de colgar.

A media mañana Alejandro entró en mi oficina sin llamar dando un portazo que hizo temblar todas las paredes del despacho. Se notaba a leguas que estaba enfadado y no entendía la razón de dicho

cabreo monumental.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —gritó y supuse que lo hacía porque nadie nos oiría al estar insonorizado.

—¿Decir el qué? —exclamé sin saber de qué demonios estaba hablando.

—¡Lo sabes perfectamente Irina! —gritó—. Uno de los inversores americanos te ofreció firmar el acuerdo a cambio de meterte en su cama.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin negarlo, porque era evidente que lo sabía todo.

—Lo sé y punto —terció—. Por quien me enterase es lo de menos.

Tenía que haber sido Andrei, ¿Quién sino iba a decírselo si nadie más lo sabía?

—Vale, sí —afirmé—. Es cierto, pero ¿Qué importancia tiene? —exclamé—. Me negué rotundamente y de hecho replanteé las negociaciones por ese motivo. No ocurrió nada, Alejandro.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó con una calma de esas que cualquiera puede prever que se avecina la tempestad.

—Porque precisamente quería evitar esto —dije abriendo los brazos y englobando la escena—. Que desconfíes de mi porque pienses que podría llegar a engañarte.

—¡Desconfiaré más si no me lo cuentas! —bramó alterado—. ¿Quién es ese tipo? —insistió.

—¿Ves? —exclamé—. Te debe importar bien poco quién es o de quien se trate, solo te debería de importar que a mí me da absolutamente igual sus pretensiones porque no me interesa, solo te necesito a ti.

—Una vez sí te interesaron mis pretensiones —concluyó

mirándome fijamente y comprendí su miedo...

—No Alejandro, no te confundas —aseguré acercándome a él—. Yo jamás acepté el acuerdo que tuvimos porque ganase algo, lo sabes perfectamente. Fui a ti desde el principio sin ninguna intención más allá que la de la atracción sexual que sentía y así siguió siendo hasta que finalmente me enamoré perdidamente del hombre que eres y representas.

—¿Y cómo sé que en algún momento no llegará alguien mejor que yo que te haga darte cuenta de que no soy suficiente para ti? —preguntó en un tono de voz que podría incluso sentir ese sufrimiento interno.

—Alejandro —susurré colocándole las manos en el pecho para que me mirase—. ¿Cuándo vas a entender que yo te elegí a ti? —exclamé segura—. Confía en mi... no voy a marcharme, no quiero a nadie más... soy tuya, ¿Recuerdas? —añadí tocándole la muñeca en la que llevaba el reloj que le había regalado—. Tú lo eres todo para mí.

Su respuesta fue abrazarme fuertemente y me aferré a él como si mi vida dependiera de ello. Necesitaba que me sintiera, que de verdad creyera mis palabras porque sabía que debía luchar contra años de aquella persistente convicción en la que creía que le abandonaría por más veces que le repitiera que nunca sucedería.

En cuanto Alejandro se marchó de mi despacho, Evelyn entró con el correo y lo dejó sobre la pila que se acumulaba de toda la semana que había estado fuera.

—Me he tomado la libertad de comprar un ejemplar mientras venía a la oficina. No sabía si le enviarían uno puesto que ya enviaron la portada y pensé que le gustaría tenerlo —mencionó entregándome la revista.

Era extraño verme en la portada, salía bastante favorecida a decir verdad con aquel fondo negro y pose bastante formal, aunque habían elegido una de las pocas fotos en las que sonreía para la portada.

—Gracias Evelyn —contesté ojeando la revista hasta llegar a la parte de la entrevista que se limitaba a hablar sobre la empresa salvo el punto final en el que mencionaba que la joven empresaria —es decir yo—, estaba prometida recientemente con el director de la sede española de mi propia empresa, algo que más tarde Alejandro me demostró que le había encantado que hiciera cuando leyó la entrevista completa.

»Si no fuera por esa inseguridad que padecía por culpa de su niñez, cualquiera podría pensar que era un retrógrada, pero podía comprenderle y de hecho, había aceptado que me costaría tiempo que entendiera que no pensaba abandonarle«

El jueves a primera hora de la mañana recibí el contrato del acuerdo firmado con los americanos. Aún no podía creermelo que por fin hubiera pasado, así que lo primero que hice fue llamar a mi padre para contárselo ya que aquel sueño de expansión también había sido de él. Me sentía orgullosa de seguir ampliando aquel imperio y había conseguido un gran avance en apenas unos meses que llevaba al frente de la empresa. En cuanto colgué el teléfono vi que tenía un mensaje sin leer, supuse que sería de Nadia ya que le había enviado un mensaje por la mañana y aún no me había contestado, pero para mi sorpresa era de un número desconocido y bastante raro.

Número desconocido:

»Sé quién eres zorra y voy a hacer que pagues por todo lo que me hiciste«

¿Qué demonios era ese mensaje? Directamente lo eliminé pensando que seguramente se trataba de una equivocación y seguí con lo que había dejado pendiente.

Aprovechando que Alejandro estaría fuera en la hora del almuerzo, volví a comer en la cafetería con mis antiguos compañeros de trabajo que me felicitaron por la inminente boda y no pude negarme a prometerles ir al día siguiente al bar que teníamos enfrente de la empresa como en los viejos tiempos, sobre todo para comunicarles a Marta y Amaya si me podrían hacer el enorme favor de ser mis damas de honor a pesar de no tener una gran amistad con ellas, puesto que hacerlo dentro de la empresa me parecía demasiado formal.

—Hoy he ido a comer con mis antiguos compañeros cuando trabajaba como becaria —dije una vez que llegué a casa y me había puesto cómoda. Alejandro ya había comenzado a sacar las cosas para preparar la cena y me acerqué a ayudarlo.

—¿Crees que sea conveniente relacionarte con ellos ahora que eres la presidenta de la empresa? —contestó con otra pregunta sabiendo que por política de empresa precisamente no era lo adecuado, no por nada, sino para no dar lugar a la creencia de favoritismos dentro de la sede.

—La gente entenderá que fueron excompañeros, no creo que sea nada malo —concluí—. Además, todos saben que trabajé como becaria hace solo unos meses y no habrá favoritismos.

—Lo sé, aún así deberías tener cuidado —contestó sorprendiéndome que no me recriminara por ello, así que aproveché

la situación.

—Mañana iré a tomarme algo con ellos después del trabajo, así le pediré a las chicas que sean mis damas de honor.

—Una cosa es que almuerces en la cafetería de la empresa, pero relacionarte fuera de la empresa no es conveniente Irina. No debes hacerlo.

—¿No debo o más bien no quieres? —exclamé.

—Ambas —afirmó contundente—. Aún recuerdo a ese informático intentando meterte mano a la primera de cambio...

—¡Por dios Alejandro! Todos me felicitaron por el compromiso, creo que le debió quedar lo suficientemente claro que tengo novio y si tanto te preocupa, ven tu también —le advertí haciéndole ver que no quería ocultarle nada.

—Sabes perfectamente que no puedo, mañana terminaré tarde de la última convección.

—Te prometo que solo será una ronda y me vendré a casa, lo justo para decirles a Marta y Amaya que sean mis damas de honor y quedar bien con todos ellos.

—Si me lo dices para justificarte, tú misma estas admitiendo que no es lo correcto, Irina —advirtió acercándose hasta mí y acogiéndome por la cintura para atraerme hacia él—, pero son decisiones tuyas en las que yo no debo intervenir por mucho que me cueste aceptarlo.

En aquel momento sonreí y me coloqué de puntillas para besarle.

—Que te parecería si cuando regreses volvemos a la casa del lago para pasar de nuevo todo el fin de semana, aunque esta vez sin interrupciones.

—Me parece una idea estupenda —contestó agachándose

ligeramente, porque tampoco era mucho más bajita que él a pesar de no llevar tacones y volvió a rozar mis labios—. De hecho, me parece la mejor idea que has tenido hasta ahora —determinó levantándome del suelo y sonreí mientras rodeaba con mis piernas su cintura aferrándome a él.

Una serie de imprevistos hicieron que la mañana del viernes se volviera un completo caos, hasta el punto de no tener siquiera un respiro para tomar un café tranquilamente.

—Señorita Komarova, le dejo la correspondencia de hoy sobre la mesa —dijo Evelyn tras entrar en mi despacho y asentí con la cabeza mientras tecleaba en el portátil.

—Déjalo sobre la mesa Evelyn, lo abriré en cuanto pueda —contesté sin alzar la vista.

Aún me quedaba correo acumulado por abrir desde principio de semana y al ritmo que llevaba la mañana dudaba que pudiera abrirlo hasta el lunes. Por suerte, las cosas más urgentes me llegaban por email y solía leerlos de camino al trabajo o mientras me tomaba el segundo café, ni tan siquiera sabía como iba a lograr llegar a tiempo a las tres que era cuando habían quedado.

Justo en el momento que apagaba el ordenador o de lo contrario no llegaría, me mentalicé con terminarlo durante el fin de semana o el lunes a primera hora el teléfono de la oficina comenzó a sonar y me extrañó porque Evelyn ya se había marchado. Imaginé que si lo cogía solo sería más trabajo y finalmente no llegaría, así que lo dejé pasar y si se trataba de algo urgente ya me localizarían en el teléfono móvil, por lo que le di mi maletín a uno de mis guardias para que lo dejase en el maletero del coche mientras el otro me acompañaba al bar de enfrente y esperaba en la puerta a cierta distancia.

10. la peor de las pesadillas

Me alegré de volver a ver a todos, porque esta vez sí estaban todos los que fueron mis compañeros de trabajo allí presentes. El tiempo se me pasó demasiado rápido y cuando saqué el teléfono para mirar la hora vi que ya eran casi las cinco y que tenía al menos diez llamadas de Andrei.

¡Mierda! Pensé mientras indicaba que iría un momento al baño para alejarme del ruido y así poder llamarle.

Aquel bar no era excesivamente grande, pero tenía zona de cocina y restaurante, por lo no era del todo pequeño y sobre todo muy frecuentado por la gente de la oficina. Cuando entré al baño agradecí que no hubiera nadie, pero quizá fuese porque realmente éramos pocas las chicas que estábamos en el local, así que en cuanto le di a la tecla de llamar me miré al espejo y con la mano disponible traté de acomodarme mejor el cabello.

—Suelta el teléfono —dijo una voz profundamente masculina.

No sabía quien era, no le veía en el espejo, pero si podía ver parte del brazo y el arma con la que me apuntaba a la cabeza.

¿Aquello era una broma? ¿Era el día de los santos inocentes o algo similar?

Hice lo que me pedía colocando el teléfono sobre el lavabo y con las manos estiradas fui dándome la vuelta poco a poco hasta ver el rostro algo desfigurado, pero reconocible del tipo que me apuntaba

con aquella pistola.

—¿Qué es lo que quieres— ?me atreví a preguntar sabiendo que la última vez que había visto a ese hombre, había sido precisamente en un baño tratando de violarme, pero por suerte Alejandro llegó para impedirselo.

—Hacerte pagar por lo que me hiciste, zorra —escupió con rabia—. ¡Vamos, sal! —gritó señalándome la puerta y en ese momento pensé que aquello sería mi salvación porque alguien me vería, de hecho, Viktor o Frederik estarían pendientes de que saliera para supervisar que todo estaba bajo control, pero para mi desgracia el baño estaba en un pasillo antes de salir a la sala y aquel tipo me agarró del brazo y me empujó dentro de una de las puertas que había por aquel pasillo hacia la cocina de aquel bar, que se encontraba vacía por las horas que eran. Al fondo había una salida y supe que se saldría con la suya, así que cogí una sartén que había sobre la encimera con todas mis fuerzas y traté de darle un golpe, cosa que conseguí hacer, pero no en la cara como tenía pensado, sino que frenó con su brazo el golpe y acto seguido sentí la fuerza del metal de la culata de la pistola golpeándome la cara haciendo que perdiera durante unos segundos la noción de donde me encontraba.

—Vuelve a intentarlo y te pegaré un tiro ahora mismo, puta zorra —aseguró con tanta vehemencia que le creí—. Por tu culpa he pasado un auténtico infierno y no me temblará el pulso al apretar el gatillo, Irina Luciana Komarova.

Ni tan siquiera pude contestar, porque el tal Fernández como sabía que se apellidaba abrió la puerta y me arrastró a pesar de mis leves gritos hacia una furgoneta que había aparcada en aquella calle trasera.

»No podía tener tanta mala suerte para que nadie me viera en pleno centro de Madrid y a plena luz del día« pensé mientras trataba de resistirme y forcejear inútilmente porque era más fuerte que yo, pero tal vez así ganase tiempo, alguien me viera y pudieran venir en mi ayuda.

Para mi desgracia no fue así, aquel hombre consiguió abrir la puerta y me empujó dentro volviendo a cerrar y dejándome completamente a oscuras mientras trataba de aporrear la chapa de la puerta gritando auxilio.

»No puede ser real« me dije volviendo a golpear».No puede estar secuestrándome el tipo que había intentado violarme« me repetí mentalmente. Andrei me había advertido, precisamente él me dijo que tuviera especial cuidado y a pesar de no separarme del personal de seguridad aquel tipo lo había logrado.

—¡Andrei! —exclamé recordando que le estaba llamando y que precisamente no corté la llamada.

¿Lo habría escuchado? ¿Habría entendido algo? ¿Dios esperaba que sí lo hubiera hecho y hubiese dado la voz de alarma! No podía evitar pensar si él había averiguado algo y su insistencia con tantas llamadas perdidas se debía precisamente a eso; tratar de advertirme del serio peligro que estaba corriendo por la cercanía de ese individuo.

Quería llorar, pero las lágrimas no salían de mis ojos debido a que me sentía una completa estúpida e ingenua en aquellos momentos al no haberle dado la seriedad de aquella advertencia. Presentía que algo malo iba a suceder... y lo peor de todo aquello era que tal vez no volvería a ver a Alejandro y sentía miedo de albergar ese sentimiento...

Estuve encerrada en aquel vehículo en marcha durante demasiado tiempo, hasta el punto de sentir las piernas entumecidas y pensar que nunca llegaría a un destino, ni tan siquiera podía calcular cuanto llevaría ahí dentro, pero ya fuera por la agonía o porque realmente había pasado demasiado tiempo, me parecieron horas hasta que finalmente escuché como parecía que se detenía el vehículo y oí el ruido de la puerta cerrarse de un golpe. Tal vez la oscuridad hacía que el resto de mis sentidos estuvieran alerta porque incluso era capaz de escuchar los pasos hasta que el ruido de metal me hizo saber que la puerta trasera se estaba abriendo y de pronto la luz me cegó al llevar tanto tiempo completamente a oscuras.

—¡Vamos!, ¡Baja! —gritó y caminé lentamente hacia el exterior, sobre todo porque quería saber donde estaba, a qué lugar se suponía que me había llevado después de tanto tiempo, pero a pesar de llevarme una mano a los ojos para ver mejor el sitio en el que me encontraba, era incapaz de reconocer nada. No tenía ni idea de donde estaba porque aquello parecía completamente desierto.

—¡Ay! —grité en cuanto sentí como me empujó y caí al suelo apoyando las manos, fue entonces cuando me di cuenta de la sangre que había en ellas y me asusté, solo que la sangre no era de mis manos puesto que no tenía ninguna herida y de hecho estaba seca.

Instintivamente me llevé el dorso de la mano al labio y noté que me dolía, cuando lo aparté vi el ligero rastro de sangre en ella. No grité. No lloré. No dije absolutamente nada, porque sabía que hacerlo no serviría para sacarme de allí, en todo caso quizá solo serviría para que me propinara otro golpe.

—¡Camina si no quieres que te lleve todo el camino a patadas! —gritó y comencé a caminar a pesar de llevar tacones que

afortunadamente no eran muy altos, pero que se clavaban en aquel terreno de grava dificultándome hacerlo.

—¿Dónde estamos? —pregunté sin poder evitarlo—. ¿Qué es este sitio? —insistí a pesar de que igualmente no tendría porqué decirme nada, pero necesitaba respuestas a mis preguntas, tales como si me había llevado hasta allí para violarme, asesinarme o ambas cosas.

—Un lugar donde nadie podrá relacionarte hasta que consiga lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —exclamé mientras parecíamos entrar en una especie de nave abandonada porque no había puertas, ni ventanas... todo estaba desvalijado.

—Todo tu dinero —concluyó con un amago de sonrisa.

¿Eso era todo? ¿Solo dinero? Pensé mientras llegábamos casi al fondo de aquel edificio y me obligaba a bajar unas escaleras. El lugar debió ser una fábrica en su día porque había maquinaria pesada que estaba oxidada con el paso del tiempo y cuando llegamos al sótano abrió una puerta obligándome a entrar en aquella absoluta oscuridad hasta que segundos después se iluminó parcialmente con varias luces que colgaban de un cableado sobre unos cuantos pilares. Todo estaba lleno de grafitis, cristales rotos y suciedad por todas partes como si aquel lugar hubiera sido el centro de recreo de fiestas nocturnas para adolescentes en otros tiempos.

—Por si te lo preguntas, ya nadie viene por aquí —afirmó—. Así que nadie podrá encontrarte. Puedes gritar todo lo que quieras, que nunca te encontrarán.

—Puedo darte ahora mismo la cantidad que quieras —asegué al ver como cogía una cadena con dos grilletes que permanecía sobre una mesa de madera destrozada hasta el punto que podían verse las

astillas en el suelo y se acercaba hasta mi despacio, como si tuviera toda la calma del mundo para hacerlo.

Sabía que el destino de esa cadena era maniatarme y solo imaginaba los horrores que iban a sucederme cuando eso ocurriera. El terror se apiadó por completo de mi cuerpo provocando que entrara en shock.

—No lo dudo, pero tengo otros planes —contestó y literalmente temblé del miedo necesitando apoyarme en una de las columnas que había en aquella habitación para no caerme al suelo puesto que ni mis propias piernas eran capaces de soportar mi peso.

Iba a violarme, sabía que terminaría lo que no pudo hacer en aquel baño y me juré a mi misma que lucharía hasta el final para resistirme así tuviera que morir en el intento.

En cuanto se acercó lo suficiente para colocarme el primer grillete en la muñeca, le empujé de forma que cayó al suelo y salí corriendo a pesar del temblor de mis piernas, pero la adrenalina que tenía en ese momento me daba la fuerza necesaria para hacerlo. En cuanto llegué a la escalera escuché el disparo e instantáneamente me llevé las manos a la cabeza tratando de protegerme de alguna forma mientras seguí subiendo y cuando llegaba al último escalón, algo apresó mi pierna haciéndome caer de bruces al suelo.

No había tenido ningún plan salvo escapar de allí, fugarme tan lejos como pudiera de un destino que no me auguraba nada bueno, solo quería encontrar ayuda, gritar y que alguien me escuchara. El infierno estaba en aquel sótano junto a aquel demonio que planeaba vengarse de la peor forma.

—¡No vas a escapar de mi, furcia! —escuché mientras era arrastrada hacia abajo del tobillo y gritaba con cada escalón que se

clavaba en mi espalda—. Llevo mucho tiempo planificando esto y no voy a dejar que lo eches todo a perder.

—¡Eres una rata asquerosa! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Un cerdo enfermizo! —añadí tratando de soltarme dando patadas, pero aquel grillete seguía atado a mi tobillo y solo provocaba más dolor con mis movimientos mientras él tiraba de aquella cadena.

—Soy el peor de tus demonios —aclaró de pronto—. Y haré que tengas pesadillas —afirmó antes de darme un golpe que me hizo perder el conocimiento por completo.

Cuando desperté sentí las manos entumecidas por encima de mi cabeza y al tratar de moverlas fui consciente de que estaban inmovilizadas en aquellos grilletes de hierro algo oxidado que me desgarraban la piel cada vez que trataba de moverlas.

Estiré varias veces con todas mis fuerzas y vi la sangre caer por mi brazo hacia abajo como un hilo fino haciendo su recorrido gracias a la gravedad que la empujaba. En ese momento me sentí débil, indefensa y completamente vulnerable hasta el punto que no pude evitar derramar lágrimas de impotencia porque deseaba salir de allí, que todo aquello terminara y por un segundo deseé haberle hecho caso a Alejandro y no haber ido a aquel maldito bar a pesar de saber que si no hubiera sido allí, aquel degenerado habría tratado de secuestrarme en otra parte, pero quizá su intento sí habría sido frustrado.

Lamentarme por lo que podría o no haber pasado no iba a servirme de nada, de hecho, ni siquiera podía secarme las lágrimas que empañaban mi visión, aunque a deducir por el absoluto silencio que impregnaba el lugar, no me cabía la menor duda de que estaba completamente a solas. No sabía si volvería pronto, pero si sabía que

lo haría y aunque mi ropa no estuviera desgarrada, no podía dejar de pensar si aquel cerdo me habría puesto las manos encima, pero no iba a torturarme pensando en ello, tenía que encontrar una manera de escapar por muy absurda que ésta fuera, porque sabía que aquel tipo no pensaba soltarme con tanta facilidad aunque le dieran el rescate que pedía.

11. agonía

POV ALEJANDRO

No dejaba de mirar la hora una y otra vez deseando que aquella maldita convección se acabara para recoger un par de cosas y salir hacia la casa del lago en el que pasar todo el fin de semana junto a mi preciosa rubia, esa perla brillante que iba a convertirse en mi esposa.

Ni tan siquiera había recibido un mensaje para advertirme que había regresado, esperaba que aquella quedada con sus antiguos compañeros no se le hubiera ido de las manos porque no me gustaba nada que aquel informático de pacotilla que en otros tiempos había tenido demasiadas pretensiones estuviera allí con ella.

»Cálmate« me dije a mí mismo tratando de asimilar lo que tantas veces la propia Irina me había mencionado y miré de nuevo el reloj donde ella misma lo había grabado.

Tenía que aprender a confiar en ella, aunque me costara una vida y media lograr hacerlo, pero me había hervido la sangre cuando contacté con un antiguo compañero que trabajaba en la bolsa de Wall Street para lanzar una estrategia y hacer que los inversores americanos se decidieran a firmar el acuerdo. Casi no podía dar crédito cuando contacté con el propio Andrei para informarle y me contó la verdadera razón del porqué habían fracasado las negociaciones.

En ese momento habría ahogado con mis propias manos al hijo

de puta que había tratado de coaccionar a mi preciosa rusa. Ella era mía y aunque asumía que se había negado rotundamente a esas acciones, lo cierto era que me hervía la sangre por saber que ella era todo un deleite para los ojos de cualquiera, incluidos los míos que ni tan siquiera había podido resistirme a caer rendido ante tanta belleza.

Ni yo mismo sabía como había podido tener tanta suerte para que aquella espléndida mujer se enamorase de mi, aceptara casarse conmigo e incluso renunciara a tener hijos porque yo no los deseaba. Casi podía admitir que no la merecía, que realmente no me merecía tener a una mujer tan hermosa e inteligente al mismo tiempo sin añadir todas las demás cualidades en las que Irina sobresalía con creces. Ella era única... tan radiante que iluminaba cada uno de mis días.

Saqué de nuevo el teléfono y a pesar de saber la hora por el reloj, puesto que eran casi las seis de la tarde me sulfuré pensando que se estaba alargando aún más de lo que había creído en un principio. En otros tiempos antes de conocerla a ella, disfrutaba de que la jornada de trabajo se prolongase los viernes porque no tenía nada mejor que hacer la mayoría de las veces, pero ahora lo estaba detestando casi tanto, como el hecho de no tener un mensaje suyo diciendo cuando llegaría y que me estaba esperando.

En ese momento el nombre en la pantalla de Andrei apareció y me sorprendió que me llamase a esas horas, así que creyendo que se trataría de algo importante, descolgué la llamada mientras me levantaba para dirigirme hacia la puerta más cercana que daba al pasillo central.

—Andrei —mencioné serio. Quizá solo se trataba de algo

referente al contrato con los americanos y algún imprevisto espontáneo.

—Irina ha desaparecido —contestó en un inglés con marcado acento ruso.

—¿Qué? —vociferé en aquel absoluto silencio de aquel pasillo desértico a esas horas, puesto que todo el mundo que no estaba dentro de aquella reunión se había ido a casa.

En aquel momento sentí lo que hacía demasiados años no sentía; un miedo atroz que me desgarraba por dentro.

—Creo que la han secuestrado, pero aún no estoy seguro —mencionó algo alterado.

—¿Cómo que crees que la han secuestrado?, ¡A qué te refieres exactamente! —grité necesitando respuesta. Ella no podía desaparecer. Mi rusa no podía irse a ninguna parte.

—Ella me llamó y pude escuchar parte de una conversación con un tipo, pero era en español seguramente porque no les entendía nada y después se pierde la pista de su paradero. El personal de seguridad encontró el teléfono en el lavabo aún en funcionamiento.

—¿Dónde demonios estaba su personal de seguridad en ese momento?, ¿Por qué no estaban allí? —grité dando zancadas hasta llegar al ascensor para marcharme de aquel edificio.

—Estaban, pero el tipo que la secuestró fue demasiado listo y lo debía tener todo calculado —afirmó Andrei—. ¡Le advertí que tuviera cuidado! —gritó—. ¡La llamé una decena de veces para decirle que ese tipo podía estar cerca y no me cogió el teléfono!

—¿De qué hablas? —exclamé caminando hacia la salida—. ¿A quién te refieres? —pregunté asustado.

—Fernández —afirmó Andrei—. El tío ese que trabajaba en

Komarov y que trató de violarla.

—¿Él es quien la ha secuestrado? —pregunté temiéndome lo peor...

¡Dios! Irina no podía estar en las manos de ese degenerado sin pudor. Ese tío no tenía remordimiento alguno y era capaz de... de... ¡No podía ni tan siquiera pensar en lo que podría haberle hecho!

—Es casi seguro que sea él —confirmó Andrei—. Hace unas semanas le perdimos la pista tras escaparse del lugar donde estaba confinado y advertí a Irina que tuviera cuidado hasta que diéramos con su paradero... ese tipo querrá vengarse por lo que le hicimos Alejandro.

—¡La violará! —grité exasperado.

—No puede hacerlo, pero me preocupa que le haga algo peor...

—¿A qué te refieres con que no puede hacerlo? —pregunté atónito.

—Cuando Irina me contó lo sucedido y que me ocupara del asunto, contacté con personas que trabajan para ciertos contactos amigos míos... —susurró como si aquello no fuese especialmente de su agrado—. Implicaron al tal Fernández en varios delitos de drogas y le sometieron a una castración química antes de entrar en una cárcel donde corrieron el rumor de que era un violador de niños y no reciben de buen agrado a tipos como esos...

—¡Joder! —grité imaginándome lo sucedido y las razones que le habían llevado a raptar de aquel modo y a plena luz del día a Irina—. ¡La va a matar!

—Tengo a todo el departamento de seguridad trabajando para encontrarla, Alejandro. La vamos a encontrar... ese tipo querrá venganza, pero seguro que ante todo lo que quiere es dinero —

aseguró Andrei.

—Hay que avisar a la policía —afirmé rotundamente y en ese momento me di cuenta que tenía una llamada entrante de un número desconocido—. Espera un segundo —advertí antes de coger la llamada.

—Tengo a tu prometida, Álvarez —dijo aquella voz con cierto carisma de diversión—. Y esta vez puede que me lo pase mucho mejor con ella ahora que sé que no nos vas a interrumpir...

Apreté los puños con fuerza y maldije por no haberle ahogado lo suficiente para acabar con aquella escoria humana.

—Tócale un solo pelo de la cabeza y eres hombre muerto, Fernández —dije con una calma que desde luego no tenía en absoluto.

—Tarde... creo que incluso le he arrancado unos cuantos —terció riéndose y traté de no entrar en pánico. Solo el hecho de saber que ella podía estar dolorida o sufriendo en manos de aquel energúmeno me exasperaba hasta límites insospechados.

—Te juro que...

—¡No jures tanto y escúchame si quieres volver a verla con vida! —gritó acallándome—. Cincuenta millones de euros. Ni uno más, ni uno menos —advirtió firmemente—. Los quiero dentro de dos días, así que asegúrate de que tu futura familia los tenga preparados en billetes de cincuenta y de cien. Si veo algo raro... como el hecho de que avises a la policía, le pegaré un tiro y te quedarás sin tu juguetito para presumir.

—Te lo advierto... —pero la frase se quedó a medias porque escuché como colgó el teléfono—. ¡Maldita sea! —grité dando un puñetazo a la puerta del coche porque era lo que tenía más a mano

en aquel instante.

Antes de abrir la puerta del vehículo confirmé las sospechas de Andrei advirtiéndole que Fernández acababa de llamarme y que pedía un rescate de cincuenta millones por ella y que no avisáramos a la policía del secuestro. La cifra era algo descomunal porque, aunque consiguieran reunir esa cantidad de dinero, dos días era demasiado poco margen y por otro lado, mucho tiempo de espera y sufrimiento para Irina.

—Vamos a encontrarla antes —aseguró Andrei más convencido que yo respecto a ello.— Sé que la encontraremos, ya estamos siguiendo la pista de una furgoneta que fue avistada en las inmediaciones donde ella se encontraba —afirmó convencido.

—Si le pasa algo... —La voz me quebró en el último instante porque no era capaz de imaginarme una vida sin Irina, simplemente no era capaz de hacerlo. La quería demasiado para admitir que mi mundo entero ahora era ella.

—Los Komarov somos fuertes y cuando la encontremos me aseguraré de que el tipo ese no vuelva a ver la luz del día nunca más.

Ni tan siquiera era capaz de dormir unos minutos para estar despejado en caso de ser necesario, temía que si lo hacía al despertar todo hubiera acabado y ella nunca volvería de nuevo a mis brazos. Me desesperaba el hecho de no poder hacer nada, de no saber en qué parte se encontraba e ir yo mismo a rescatarla. Tenía que hacer algo o me volvería literalmente loco, aún más de lo que de por sí estaba y terminaría matando a alguien debido a mi impaciencia.

No importándome la hora que era, puesto que la última vez que miré el reloj eran las tres de la madrugada, cogí el casco y bajé al sótano del edificio donde tenía varias plazas de aparcamiento y

guardaba la moto. Tenía que averiguar algo sobre aquel mal nacido que había secuestrado a Irina y la única forma de saber más sobre él, era volviendo a Komarov para encontrar su ficha laboral. No esperaba sacar gran cosa, pero al menos ciertos datos de relevancia que me sirvieran para tirar del hilo mientras esperaba noticias de Andrei que al mismo tiempo que investigaba, trataba de reunir el dinero del rescate.

Ser el director de la empresa me facilitaba la entrada a altas horas de la madrugada cuando todo estaba completamente cerrado. Mencioné que se había producido una urgencia con los servidores para no levantar sospechas y me fui directamente a mi despacho. Por suerte tenía acceso a todas las fichas laborales de los trabajadores desde mi propio ordenador, incluso a los perfiles que ya no trabajaban en la empresa, eso me facilitaba no tener que pedir a recursos humanos cierta información relevante, así que en cuanto busqué los datos de Fernández, ni tan siquiera recordaba su nombre porque siempre le llamaba por su apellido, le encontré rápidamente. Allí estaba; Emilio Fernández Ruiz. Pude ver entre varios datos irrelevantes una dirección de su supuesto domicilio habitual. Probablemente no diera con nada significativo porque ya no viviría en aquella casa o al menos no sería tan estúpido de tener allí a Irina retenida, cuando sería el primer lugar donde mirásemos, pero quizá me podría conducir a otra parte, al menos me sentía menos imbécil que tratar de esperar sentado en el sofá de casa y con una botella de brandy al lado para paliar mi desesperación.

Eran las siete de la mañana cuando comenzó a haber movimiento en el edificio que supuestamente había sido habitado por Fernández y mi teléfono sonó en cuanto divisé un vehículo oscuro aparcado

unos metros más atrás con cristales tintados.

—Si —dije no apartando la vista de aquel coche.

—¿Se puede saber que haces aparcado en la puerta del edificio donde vivía Fernández? —exclamó Andrei.

Supe en aquel momento que aquel vehículo oscuro debía ser gente contratada por Andrei que vigilaba ese domicilio.

—No podía dormir —aseguré dejándome caer en el asiento y frotándome la frente. Empezaba a tener dolor de cabeza por la falta de sueño, pero sabía que era incapaz de dejarme vencer para dormir, aunque fuese un par de horas.

—Ese tipo no le hará nada hasta que no tenga el dinero, no será tan estúpido para pretender que le entreguemos el rescate sin pedir pruebas de que ella está bien —aclaró algo agitado—. Escúchame atentamente, porque realmente te llamaba para saber si sabes donde podemos localizar a la exnovia que tenía por ese entonces, ya que al parecer no tiene padres, ni hermanos que conozcamos por su historial.

—¿Novia? —exclamé no teniendo idea de que ese engendro mal nacido pudiera tener novia cuando pretendía aprovecharse de Irina en el lavabo de caballeros.

—Haciendo una búsqueda cibernética han aparecido fotos de él con una chica frecuentemente en su red social, pero no hemos podido averiguar de quien se trata; te enviaré las fotos inmediatamente. Es posible que ella siga viviendo en ese domicilio, pero hasta el momento no ha aparecido, aunque al ser fin de semana es posible que se encuentre fuera de la ciudad. Tal vez ella pueda darnos una pista sobre algún lugar que reconozca en la zona que hemos triangulado donde se registró el servidor del número con el

que te llamó y que coincide con el que días antes Irina recibió un mensaje.

—¿Un mensaje?, ¿Cómo que recibió un mensaje? —grité exaltado.

Si había recibido una amenaza de ese tipo, ¿Por qué demonios no dijo nada? O más bien ¡No me dijo nada a mí!

—Lo eliminó del teléfono tras recibirlo según ha determinado el informático que lo examinó. Era una amenaza y no sé porqué no dijo nada sabiendo el peligro al que está expuesta, pero de nada sirve lamentarnos ahora, hay que encontrar a esa chica y ver que información puede darnos.

En ese momento apreté los dientes porque no podía creer que Irina hubiera recibido un mensaje de amenaza de ese tipo y no le hubiera hecho ni caso. Aunque en aquel momento deseara darle una reprimenda por haber actuado de esa forma, realmente lo único que quería era que volviera, deseaba tenerla de nuevo entre mis brazos y no dejarla escapar. Me aseguraría de que nada, ni nadie volvieran a ponerle un solo dedo encima o dejaba de llamarme Alejandro Álvarez para el resto de mi vida.

En cuanto abrí las imágenes que Andrei acababa de enviarme al teléfono casi me quedé sin respiración contemplándolas porque reconocía perfectamente quien era la mujer que aparecía en ellas. Recordaba a esa chica que se me había insinuado una decena de veces tanto en la cafetería, como en los pasillos e incluso llegaba a encontrármela casualmente cada mañana en el ascensor hasta el punto de averiguar de quien se trataba solo para evitarla. Esa chica encajaba perfectamente con el perfil de Fernández ahora que lo pensaba, incluso podía creer que después de que no le hiciera ni puñetero caso, se lanzara a la caza y captura de otro miembro de la

empresa muy superior en rango al suyo que si estuviera dispuesto a recibir sus atenciones.

Cuando divisé la ficha laboral de la tal Carla Mateos, no solo descubrí donde vivía, sino que casualmente había estado en el mismo departamento que Irina cuando entró como becaria y casualmente había sido ascendida justo antes de que despidieran a Fernández.

»La conocía« pensé inmediatamente y algo me decía que probablemente podía estar implicada con aquel secuestro porque no creía en tantas casualidades.

12. secuestrada

Había llegado a un punto que no me sentía las manos por más que intentaba moverlas y perdido la noción del tiempo por tantas horas como allí llevaba inmovilizada. Me preguntaba si me estarían buscando o simplemente reuniendo el rescate para pagarlo y no podía evitar pensar en qué estaría haciendo Alejandro, si estaría enfadado conmigo por no haberle mencionado la advertencia de Andrei y sobre todo por no hacerle caso...

Si nada de aquello hubiera pasado, ahora mismo podría estar en aquella casa del lago disfrutando de estar entre los brazos de mi dios griego y saberlo solo hacía que sintiera aún más nostalgia de la que de por sí padecía. Comencé a llorar desconsoladamente pensando en que quizá no volvería a verle de nuevo, que no podría tener otra oportunidad de besar aquellos labios, de sentirme protegida en aquellos fuertes brazos o de embriagarme con su aroma especial que al mismo tiempo me reconfortaba.

Entre aquel infernal silencio escuché unas voces lejanas, apenas se podía distinguir de qué hablaban, pero sin duda parecía que estaban discutiendo acaloradamente hasta que finalmente el silencio volvió y entonces oí los pasos de aquellos escalones mientras alguien se acercaba.

Reconozco que tenía miedo, más bien pánico. Por un lado, que alguien viniera me ofrecía la posibilidad de escapar, aunque ahora

comenzaba a pensar que si se trataba de aquel individuo evidentemente debía tener un cómplice si estaba discutiendo con alguien, pero por otro lado tenía absoluto pavor sobre lo que podía hacerme estando maniatada y sin poder defenderme. En aquel momento la puerta se abrió y vi de nuevo a Fernández que emitió una sonrisa cínica nada más verme.

—Tengo buenas noticias para ti —dijo mientras se acercaba lentamente—. Al parecer tu familia te aprecia lo suficiente para reunir todo el dinero del rescate —añadió mientras observaba que en la mano llevaba un teléfono móvil—. Así que vas a ser una buena chica y no dirás nada inconveniente, ¿Estamos? —exclamó de forma que no entendí exactamente a qué se refería.

—Si —afirmé solo por seguirle la corriente y se acercó lo suficiente a mi como para percibir su pestilente olor a sudor provocándome náuseas.

—Voy a llamar a tu prometido —mencionó volviendo a poner aquella sonrisa cínica de nuevo—, le dirás que pague tu rescate y que no haga ninguna tontería porque de lo contrario no volverá a verte, ¿Te ha quedado claro?

—Si... —susurré porque no podía creer que fuera a escuchar su voz, aunque fuese una última vez.

Me pareció una eternidad el momento en el que marcó en aquel teléfono y comenzó a dar señal y la voz de Alejandro sonó por el altavoz.

—Soy Álvarez —dijo aquella voz profunda y masculina completamente inconfundible para mí.

—Tienes treinta segundos —contestó para ambos aquella escoria humana y respiré hondo.

—¡Alejandro! —exclamé.

—¡Irina!, ¡Dios!, ¿Estás bien?, ¿Te ha hecho algo? —escuché con profunda preocupación y no pude evitar que las lágrimas se me saltaran.

—Estoy bien —mentí—. Escúchame atentamente —insistí—. Haz lo que él pide Alejandro, pagadle el rescate para que me libere o de lo contrario me matará —dije con contundencia para que pensara que cooperaba perfectamente.

—Te sacaré de ahí —contestó con tanta credibilidad que lo creí capaz de eso y mucho más—. Te quiero.

—Yo también —respondí y cerré los ojos suplicando al cielo que alguien más estuviera escuchando aquello—. Estoy en una nave textil abandonada— añadí en ruso y en el mismo instante que dije aquello sentí el golpe en mi mejilla haciendo que me balanceara sobre aquellas cadenas.

El dolor fue intenso, no sabía si fue más duro el golpe o el desgarró de mis muñecas, pero al menos gracias a eso no me había estampado contra el suelo porque con toda probabilidad me habría clavado alguno de los cristales minúsculos que había por allí esparcidos por todo mi alrededor.

—¡Qué le has dicho! —gritó a pleno pulmón haciendo que mis oídos que aún pitaban por el golpe pudieran escucharle perfectamente—. ¡Qué le has dicho zorra de mierda! —vociferó y apreté aún más los ojos.

—Solo le dije que es estoy completamente enamorada de él, en ruso. Puedes comprobarlo tú mismo —susurré en voz baja mientras podía notar el sabor férreo en mi boca, ya no sabía si se debía a algún diente, el labio o qué demonios era... pero me dolía absolutamente

todo.

—Mas te vale que así sea o no volverás a ver la luz del día — aseguró mientras me dejaba allí y se largaba de nuevo.

Esperaba que al menos hubiera servido de algo haber recibido aquel golpe. Sabía que Andrei me estaría buscando por toda la ciudad y que de alguna forma debía tener el teléfono de Alejandro pinchado para interceptar las llamadas, solo esperaba que aquella información que le había dado fuese lo suficientemente relevante para encontrar el lugar. Después de llevar allí no se cuantas horas y de revivir una y otra vez cada momento desde que Fernández me había apuntado con el arma en el baño de aquel bar, hubo miles de pequeños detalles que tal vez habrían podido evitar que me secuestrara, pero lo que había descubierto es que entre todos los cristales y porquería que me rodeaban y que aquel tipo no se había ni tan siquiera dignado a limpiar, había muchos trozos de tela deshechos, como si se tratara de trapos viejos y me sorprendió la cantidad, hasta que apareció el mismo logotipo dos veces y la palabra textil en uno de ellos. Entonces recordé la máquina que había visto al entrar y supe que era una de esas antiguas bovinas de hilar... tenía que estar en una fábrica textil de hace varias décadas sin ninguna duda, lo que no sabía es si habría muchas de ese tipo en la capital.

Traté de levantarme apoyándome en aquella columna en la que estaba atada y sentí como los músculos de mis brazos doloridos se consolaban al hacerlo. Ni tan siquiera podía ver las heridas que me habían provocado aquellos grilletes porque la sangre estaba seca y cubría más de medio brazo. Intenté golpear aquellas esposas de hierro contra el muro esperando que se abriera aquel cierre debido a estado oxidado en el que se encontraban, pero era técnicamente

imposible.

El golpe en la puerta me hizo saber que había regresado y alcé la mirada para enfrentarle pensando que quizá había descubierto lo que significaban aquellas palabras que había mencionado en ruso a Alejandro, pero para mi sorpresa llevaba una botella de agua y lo que parecía comida en la otra mano. Podía ver distinguir el arma sujeta en la cintura de aquel pantalón vaquero y estaba demasiado seguro de sí mismo, como si tuviera la certeza de que en ese lugar nadie podría encontrarnos.

—Imagino que tendrás sed —dijo tirándome la botella de agua a los pies y cuando fui a agacharme me cogió del pelo estirándome hacia atrás haciendo que gritase por el dolor insistente de aquel gesto—. Primero agradéceme que haya pensado en concederte esa gracia —susurró mirándome detenidamente.

—Gracias —escupí la palabra de mala manera esperando que me soltara.

—No... —siseó acariciándome la cara y me dio asco que aquellos dedos se pasearan por mi rostro, así que traté de empujarle, pero me agarró las manos y se acercó a mis labios tratando de besarme por la fuerza.

Le mordí el labio con todas mis fuerzas provocando que me empujara contra la columna y cayera de golpe al suelo con la fuerza suficiente para volver a desgarrar de nuevo las heridas en mis muñecas.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —grité a pesar del dolor.

—Haré lo que me de la gana contigo —contestó con tanta seguridad que en aquel momento cuando comenzó a desabrocharse el cinturón me temí lo peor—. Debí haber supuesto que no eras solo

una cara bonita que se abría de piernas para Álvarez —comenzó a decir mientras veía como estiraba el cinturón y lo pasaba por sus manos delicadamente—, pero no... tenías que ser una puta Komarov y encima ser de él, que siempre lo consigue todo. Solo que esta vez no te tendrá a ti —añadió con esa sonrisa cínica de nuevo que me ponía los pelos de punta.

Sus palabras denotaban cierta amargura y envidia al mismo tiempo, como si culpara a los demás de sus propias desgracias.

—En eso te equivocas —dije alzando el mentón—. Porque por mucho que hicieras, yo solo voy a quererle a él. Soy de él —afirmé con contundencia—. Eres tan poco hombre que solo puedes tener a una mujer a la fuerza... das asco.

—¡Maldita perra! —exclamó cogiéndome del cuello y apretando—. Tienes suerte de que esa gentuza que contrataste me hiciera lo que me hizo porque de lo contrario te enseñaría que clase de hombre era —escupió tan cerca de mi cara que podía notar su aliento asqueroso.

Casi no podía respirar, ni tampoco defenderme de aquella mano que me apresaba con tanta fuerza, pero cuando creía que estaba a punto de desfallecer, que el aire no llegaba a mis pulmones y finalmente moriría a manos de aquel hombre; escuché mi nombre.

Ni tan siquiera sabía si solo era producto de mi imaginación o realmente lo había oído, pero no debí ser la única porque de pronto soltó las cadenas que colgaban del techo rápidamente y provocó que cayese de rodillas al suelo por no poder mantenerme en aquel estado de entumecimiento.

—¡Irina! —escuché más nítidamente y cerré los ojos dando las gracias de que al fin me había encontrado porque en el fondo de mi

misma sabía que lo haría, sabía que Alejandro me encontraría.

—No puede ser... —susurró Fernández sacando el arma de su cinturilla—. Nadie conoce este lugar, no pueden haberlo encontrado... —Seguía diciendo como si de esa forma intentara convencerse a sí mismo de que era imposible que alguien estuviera allí buscándome, que de algún modo me hubieran encontrado.

En el momento que le vi alejarse con el arma en la mano grité porque temía por su vida mucho más que por la mía propia y aunque el dolor me consumía volví a gritar con todas mis fuerzas para indicar que estaba allí.

—¡Cállate o te pego un tiro ahora mismo! —vociferó acercándose de nuevo a mi y apuntándome con el arma en la sien.

En ese momento vi como sacaba la llave de su bolsillo y me quitaba aquellos grilletes provocando la liberación de mis muñecas maltrechas al mismo tiempo que me agarraba del cabello para arrastrarme tras él mientras gritaba de dolor. Abrió una puerta en el lado contrario al que habitualmente entraba y comenzó a subir unas escaleras mucho más estrechas mientras yo apenas podía ver debido a la oscuridad y no dejaba de tropezar con aquellos minúsculos escalones.

—¡No! —grité tratando de soltarme, pero me agarró por el cuello.

—¡Camina, zorra! —insistió mientras seguía y seguía subiendo mientras me empujaba tras él.

No tenía ni idea de hacia donde se dirigía, pero solo podía pensar que Alejandro me había encontrado y rezaba porque no hubiera sido tan estúpido de venir solo, sino que trajera refuerzos suficientes para acabar con aquel energúmeno.

13. sueños extraños

Los segundos parecían ser eternos y en el momento que sentí el aire frío del exterior supe que estaba en el tejado de aquella nave medio destruida. Era casi de noche, debía de haber pasado algo más de un día... ¿Tal vez dos? Ni tan siquiera tenía noción del tiempo en aquel instante y conforme aquel tipo se acercaba al borde de la nave, cada vez presentía un final peor.

En el momento que vi aparecer a Andrei tras la misma puerta por la que habíamos salido mi respiración se agitó porque tras él apareció Alejandro y en cuanto lo hizo comencé a derramar lágrimas sin control, sin saber exactamente porqué lo hacía, quizá solo era porque quería ir hasta él y no podía.

—Un paso más y le pego un tiro —afirmó Fernández contundente.

—Hazlo y haré que vivas un completo infierno —afirmó Alejandro y supe que Andrei no había entendido nada porque parecía algo confuso.

—Dudo que sea peor que el que ya viví —respondió contundente Fernández—. Y no pienso volver a correr la misma suerte —añadió apretando la pistola contra mi sien más fuerte y cerré los ojos con fuerza pensando que lo haría, me iba a pegar un tiro allí mismo delante de mi primo y del único hombre que había amado en toda mi vida.

—Irina... mírame —dijo entonces Andrei en ruso—. En cuanto aparte la pistola de tu cabeza corre hacia él —añadió mientras le miraba expectante y después miré hacia Alejandro que parecía alterado.

—¿Qué ha dicho? —gritó Fernández y en ese momento sentí como apartaba el arma de mi cabeza para apuntar hacia Andrei.

En aquel momento no lo pensé y le di un pisotón con todas mis fuerzas mientras me deshacía de su agarre y traté de correr hacia Alejandro sin pensar en las consecuencias. Cuando ni siquiera había dado una zancada escuché un disparo y aunque me llevé las manos a la cabeza seguí corriendo hasta que sus brazos me apresaron.

—Te tengo —escuché su voz profunda—. Te tengo —repitió mientras yo me encogía dejándome abrazar por sus músculos sintiéndome protegida, sintiéndome a salvo—. Te tengo —mencionó por tercera vez y comencé a llorar desconsoladamente.

Dos hombres aparecieron en ese instante y los reconocí como personal de seguridad de Andrei. Aquellos tipos solían acompañarle a todas partes.

—¡Cogedle! —ordenó Andrei—. Va a saber lo que es verdaderamente el infierno... —añadió en inglés mirándole con profundo odio.

Deslicé la mirada hacia donde se debía encontrar Fernández y vi que se sujetaba el brazo. No tenía ningún arma así que supuse que se le debía haber caído cuando Andrei le disparó. Mi primo tenía muchos defectos, pero la mala puntería no era uno de ellos precisamente.

—No voy a pasar otra vez por ese calvario —dijo Fernández acercándose al borde del edificio.

—¡Detenedle! —gritó Andrei comprendiendo sus intenciones, pero antes de que aquellos dos tipos lograran alcanzarle, se precipitó al vacío y yo volví mi mirada al pecho de Alejandro para no ver aquel trágico final mientras las sirenas de policía sonaban acercándose...

Noté como me envolvía con mayor fuerza mientras sus labios se posaban sobre mi frente y alcé la mirada para verle, para contemplar de nuevo aquellos ojos azules

—Me has encontrado... —susurré en ese instante.

—Pero que te ha hecho ese mal nacido... —contestó tratando de acariciarme con sumo cuidado y me quejé cuando pasó sus dedos cerca de mis labios.

En aquel momento noté que me acogía entre sus brazos y comprobé que me dolía absolutamente todo, era como si de repente mi cuerpo fuera consciente del dolor sufrido en todas aquellas horas y no tenía ni la fuerza suficiente para aferrarme a él sin quejarme.

—Lo siento... —susurré entre lágrimas sin poder contener el llanto que era una mezcla del dolor que sentía y del alivio al mismo tiempo porque sabía que estaba a salvo.

—Cssh —siseó Alejandro mientras al fin salíamos de aquel edificio desvalijado y vi que había una ambulancia—. Todo está bien —dijo con profundo dolor en sus palabras—. Yo te cuidaré.

En aquel momento un policía nos acompañó hasta la ambulancia mientras el resto se adentraba en el edificio y supuse que estarían al tanto de lo que pasaba, solo que no entendía porqué habían llegado mucho más tarde que ellos.

—Debemos llevarla inmediatamente al hospital —comunicó alguien de la ambulancia—. Hay que hacer el protocolo estándar de secuestros y realizarle todos los exámenes pertinentes.

Alejandro asintió y no me dejó sola ni un solo instante salvo cuando llegamos al hospital y le prohibieron el acceso mientras yo volvía la mirada atrás para ver como se quedaba tras aquellas puertas. En algún momento dejé de sentir dolor, realmente dejé de sentir incluso el propio tacto del médico y poco a poco fui abandonándome hacia aquél profundo sueño.

»Abrí los ojos y observé un prado verde que se extendía a mi alrededor tan grande que incluso podía perder la vista al frente sin que acabase. El olor a flores era agradable y cerré los ojos para aspirar aquel aroma embriagador que no tenía una fragancia exacta, sino que era una mezcla perfecta de la combinación entre diferentes especies florales.

Las risas de fondo captaron mi atención y cuando me giré observé a una preciosa niña que corría con un vestido azul zafiro hacia mi. Tenía unos enormes ojos azules y el cabello castaño oscuro le caía por los hombros con perfectos tirabuzones. Era bellísima, probablemente sería la niña más hermosa que jamás había contemplado.

—¡Te pillaré— !exclamó entonces la voz que tantas veces había deseado escuchar y vi como se incorporaba desde el suelo Alejandro, que lejos de tener un semblante serio, parecía completamente ensimismado con aquella pequeña niña.

La escena me conmovió profundamente y solo pude sonreír ante aquella singularidad con la que ambos jugaban como si yo no estuviera presente. No tenía ni idea de quién era aquella niña, probablemente fuera su sobrina, pero sí podía apreciar el amor que parecía sentir Alejandro por la forma en la que la miraba y jugaba junto a ella.

Cuando aquella pequeña llegó hasta mi con los brazos abiertos indudablemente la abracé sonriendo sin saber quien era.

—Despierta —susurró con aquella voz infantil—. Tienes que despertar —insistió justo antes de que aquella imagen se desvaneciera y todo volviera a ser oscuridad»

Podía notar ahora mis músculos algo doloridos, era consciente del peso de mi cuerpo y de que al intentar moverlo me pesaba demasiado hasta el punto de que me resultaba imposible hacerlo.

—Aún está dormida —escuché una voz femenina y cuando abrí los ojos observé el perfil de mi madre que parecía hablar por teléfono con alguien.

—¿Mamá? —exclamé y entonces se volvió rápidamente mientras dio un pequeño gritito y de pronto la tenía sobre mi rostro con lágrimas en los ojos y tocando mi frente.

—Estoy aquí —dijo sonriente—. Tu padre también, pero ha bajado un momento a la cafetería —añadió algo más calmada—. Voy a llamar al médico —dijo alejándose hacia la puerta.

—¿Y Alejandro? —pregunté intentando incorporarme, pero en cuanto coloqué los brazos sobre aquel colchón de la camilla e intenté dejar caer el peso vi las estrellas y grité de dolor.

—¿Estás bien? —gritó mi madre acercándose de nuevo y una enfermera entró en ese instante—. Acaba de despertarse.

—¿Qué me pasa? —exclamé—. Me duele todo... —susurré.

—Debes de tener mal la vía porque no deberías sentir dolor —contestó mientras empezaba a hacer su trabajo y mi madre comenzó a telefonar a todo el mundo para avisar que me había despertado.

—¿Dónde está Alejandro? —insistí de nuevo cuando la enfermera se marchó para decir que avisaría al médico.

—Llevaba tres días sin dormir y le ordené que se marchara a casa

a descansar, que yo misma le llamaría cuando despertases —contestó mi madre pacientemente y su respuesta me tranquilizó—. Quería estar aquí cuando lo hicieras, pero más bien parecía un cadáver andante —aclaró mi madre consiguiendo que sonriera a pesar de la situación.

—¿Cómo os enterasteis de lo sucedido? —pregunté ahora que el dolor parecía remitir y comenzaba a sentirme mucho más cómoda.

—Andrei nos informó de todo cuando ya estabas a salvo, aunque a tu padre no le ha gustado nada que no lo comunicara mucho antes, pero entiende que no quiso alarmarnos, aún así, teníamos derecho a saber lo que estaba pasando con nuestra hija.

—Es mejor que lo hiciera así —afirmé viendo mis muñecas vendadas—. Después de lo que le ocurrió a papá, imagina lo que podría haber pasado...

En ese instante se abrió la puerta y entró un hombre de mediana edad que supuse sería el médico acompañado de una mujer que vestía igual que él y dos enfermeras.

—Señorita Komarova —comenzó a decir—. Soy el Doctor Ibáñez y ésta es la doctora Elena —añadió sonriente—. Nos gustaría hablar contigo en privado —mencionó y miró a mi madre que me observó a mi y asentí para que saliera de la habitación.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó la doctora.

—Dolorida —contesté sincera—, aunque poco a poco comienzo a dejar de sentir dolor —afirmé.

—Aparte de las magulladuras, algunos cortes y varias lesiones internas sufridas probablemente por golpes, descartamos otros síntomas tras realizar varias pruebas, aún así nos gustaría saber si recuerdas haber sufrido algún tipo de abuso —afirmó aquel doctor.

—Si lo que preguntan es si ese tipo me violó, no lo hizo, al menos no estando consciente —afirmé.

—¿Solo estuvo él presente? —insistió el médico—. ¿No hubo nadie más?

—No vi a nadie más —contesté intentando recordar todo lo sucedido—, aunque le escuché discutir con alguien y había otra voz... —dije recordando aquel momento en el que él apareció después con aquella botella de agua y comida que por cierto nunca llegué a probar—. Si que debió haber alguien más, pero nunca vi su rostro.

—¿Es posible que esa voz fuera la de una mujer? —preguntó la doctora.

—No sabría... —comencé a decir cerrando los ojos—. ¡Si! —grité de pronto—. ¡Era la voz de una mujer! —exclamé recordando el tono mucho más agudo y en aquel momento una de las enfermeras asintió y salió de la habitación.

—Está bien —afirmó el doctor—. Voy a recetarte unos calmantes que te ayudarán a conciliar el sueño, sobre todo porque tras sufrir un shock como el que has padecido, es muy probable que no logres descansar lo suficiente y que despiertes con ansiedad, para ello también te recetaré unos ansiolíticos que será muy importante que los tomes regularmente —habló pacientemente.

—Está bien —contesté sin contradecirle.

—La doctora Elena es la mejor psicóloga que hay en nuestro centro —prosiguió—. Y te acompañará a lo largo de todo el proceso para asegurarse de que evolucionas favorablemente —dijo acercándose hasta la camilla donde me encontraba—. Sabemos que no ha debido ser fácil, pero ahora estás a salvo con tu familia y

nosotros estaremos aquí para lo que necesites —añadió sonriente.

En el momento que iba a contestar, la puerta se abrió de golpe y mi corazón dio un vuelco cuando visualicé el rostro de Alejandro que importándole muy poco que estuvieran médicos o enfermeras presentes se abalanzó sobre la camilla para abrazarme.

—Siento no haber estado cuando has despertado —susurró mientras notaba como hundía su nariz en mi cuello y me abrazaba a él.

—Estás aquí ahora —contesté respirando esa fragancia masculina —. Es lo único que me importa...

14. mafia rusa

—Creo que será mejor dejarles a solas, me pasaré luego para ver que tal se encuentra señorita Komarova —anunció el médico y en ese momento Alejandro pareció percatarse de quienes se encontraban en la habitación porque había entrado con tanto fulgor que ni tan siquiera se había fijado en quienes eran.

—Ella está bien, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose hacia el médico sin soltar mi mano.

—Si señor Álvarez. Su prometida evoluciona favorablemente y no corre ningún tipo de riesgo —afirmó algo sonriente mientras salía de la habitación.

En cuanto nos quedamos a solas de nuevo Alejandro se acercó y posó sus labios en mi frente prolongando el momento durante unos instantes en los que permanecí completamente quieta, necesitando verdaderamente aquella caricia para saber que él estaba allí conmigo y que no se marcharía.

—No he pasado tanto miedo en toda mi vida —susurró colocando la palma de su mano en mi nuca mientras se apartaba levemente para poder ver mi rostro completamente—. Juro que me has robado al menos diez años de vida —afirmó antes de rozar sus labios con los míos en un beso tan sumamente suave que me conmovía.

—Creí que no volvería a verte Alejandro —confesé con lágrimas en los ojos—. Pensé que era el fin y lo único que sentía era no poder

abrazarte una última vez.

—Ya se acabó esta pesadilla, preciosa —afirmó acogiéndome entre sus brazos delicadamente y donde yo me sentía realmente confortada—. Ese mal nacido ya no volverá a tocarte —añadió sin dejar de acariciarme.

—Él... está... —comencé a balbucear sin terminar la frase.

—Ya no está —afirmó y supe que había muerto cuando se precipitó del tejado de aquella nave abandonada—. Ya no puede hacerte daño.

Horas más tarde apareció Andrei, que se había estado encargando personalmente de todo el trámite policial que al parecer resultó insufrible por no dar parte antes de lo sucedido y dejando todo maniatado para que los hechos no trascendieran a la empresa, ni a la prensa.

—Hay algo que debes saber Irina, ya que es posible que finalmente haya un juicio —dijo Andrei cuando mis padres salieron de la habitación para pasar la noche en el hotel.

—¿Un juicio? —pregunté confusa—. No entiendo, si Fernández ya no puede...

—Creemos que tuvo un cómplice —afirmó Alejandro—. Alguien le ayudó, aunque desconocemos que grado de participación tuvo al respecto. La policía está trabajando en ello.

—¿Te refieres a esa mujer? —exclamé recordando las preguntas del doctor.

—¿La viste? —preguntó Andrei abriendo los ojos ya que hablábamos en inglés para que él se enterase de todo.

—No —negué—, pero le oí discutir con alguien y casi podría jurar que era la voz de una mujer, aunque no estoy completamente segura.

—¿Recuerdas quienes estaban en el bar antes de que te secuestraran? —preguntó Alejandro con cautela, como si la respuesta que fuera a darle marcará una gran diferencia.

—Sí —afirmé recordando las escenas—. Estaban prácticamente todos los compañeros del proyecto y de cuando entré como becaria.

—¿También estaba Carla? —insistió Alejandro—. Carla Mateos.

—¿Carla? —exclamé extrañada—. No... —negué.— Marta me dijo que la habían ascendido y que la había invitado, pero que al parecer ya no se relacionaba mucho con ellos desde que estaba en otro puesto de la empresa, ¿Por qué lo preguntas?

—Al parecer estuvo saliendo con Fernández antes del incidente del baño —contestó Alejandro—. De hecho, fue él quien la eligió a dedo para el puesto y estamos casi seguros de que fue ella quien le ayudó a perpetrar tu secuestro.

—¿Carla? —exclamé sin poder creerlo—. ¿Por qué? —pregunté sin entender que motivos podría tener aquella mujer contra mí. No es que me llevase especialmente bien con ella en su momento, pero ni tan siquiera había tenido el trato suficiente para caerle mal o provocar algo que le hiciera odiarme hasta ese punto.

—Pueden ser varios los motivos —anunció Andrei—, desde que estuviera coaccionada por el propio Fernández o... —de pronto se calló y miró a Alejandro.

—¿O qué? —insistí.

—Podría decirse que esa mujer trató de llamar mi atención en varias ocasiones y fue bastante persistente —contestó Alejandro.

—¿Fue tu amante? —exclamé atónita.

—¡Por supuesto que no! —bramó Alejandro como si la sola mención de aquello fuera un insulto—. Aunque desde luego era lo

que pretendía con aquel insistente acoso.

En ese momento no sé por qué razón recordé mi primer día en la empresa, cuando fui a comer con Marta a la cafetería y ella me dijo quien era realmente él y que supuestamente era gay porque así lo había dicho Carla al comprobar que la evitaba. Era evidente que cuando supo que estaba saliendo conmigo, debió ser consciente que Alejandro no era gay, sino que no estaba interesado en ella. ¿Era ese motivo suficiente para odiarme?

—De todos modos la tendremos vigilada si la policía descarta que esté involucrada —mencionó Andrei.

—Y en cualquier caso será despedida de la empresa —añadió Alejandro secundando a mi primo.

—¿Estáis seguros? —pregunté indecisa—. No me gustaría que pagaran justos por pecadores y menos aún que pudiera tomar represalias.

En el momento que Andrei iba a contestar el teléfono de Alejandro comenzó a sonar.

—Es de comisaría —anunció cogiendo la llamada ante nuestra expectante mirada.

Tras varias afirmaciones finalmente colgó la llamada y me miró fijamente llevándose una mano la frente como si pareciera devastado.

—¿Qué te han dicho? —intervino Andrei ante su silencio.

—Ha confesado que colaboró con Fernández bajo coacción —admitió Alejandro—. Al parecer eran pareja y él poseía unas fotos de índole sexual que la implicaban y le amenazó con publicarlas si no colaboraba.

—No crees que sea verdad —afirmé mirando a Alejandro que parecía meditar aquello.

—No —negó—. No la veo como el perfil de mujer que se involucra en algo como un secuestro solo para que no publiquen unas fotos íntimas por mucho carácter sexual que éstas tengan.

—¿Y entonces? —preguntó Andrei con el ceño fruncido.

—Me inclino más por pensar que tenía razones personales contra Irina para hacerlo o que la amenazó con revelar la verdadera razón de su ascenso y vio peligrar su pellejo dentro de la empresa. En cualquier caso, si consigue demostrar que estaba coaccionada, se libraría de la cárcel...

—Ya me encargaré yo de que no lo haga —sentenció Andrei sacando su teléfono y saliendo de la habitación.

En ese momento Alejandro se acercó hasta sentarse en la camilla justo a mi lado mirándome seriamente sin pronunciar palabra.

—Recuérdame que nunca le lleve la contraria a tu primo o seguro que termino en una cárcel turca por atracar un banco escocés. — Aseguró con cierto tono de diversión a pesar de la gravedad del asunto y por raro que pareciera comencé a reír al tomarse de aquella forma la amenaza de Andrei contra esa mujer.

—¿No te asusta mi familia? —exclamé cuando pude recomponerme de aquel ataque de risa.

—Entiendo que siendo una familia de bastantes recursos, necesiten proteger a los suyos cuando la propia justicia no puede hacerlo. —Determinó con pesar en sus palabras—. No sé si haría lo mismo estando en su lugar, probablemente sí lo haría teniendo en cuenta el sufrimiento por no saber si te volvería a ver y habría matado con mis propias manos a ese tipo si no llega a suicidarse él mismo —añadió rozándome la mejilla con los dedos suavemente—. Solo de pensar en lo que te ha hecho... en lo que te podría haber

hecho...

—Solo me golpeó Alejandro... —susurré—. Él no me... no me...

—Lo sé —afirmó atrayéndome hacia él—. Tu primo se encargó de que no pudiera ni siquiera intentar violar a ninguna otra mujer.

—¿Qué? —exclamé.

—Le sometieron a una castración química —afirmó—. Y menos mal que fue de ese modo o de lo contrario habrías sido objeto de sus abusos.

—¡Oh dios! —exclamé llorando de alivio porque, aunque no sabía si aquel tipo no me había tocado de aquella forma estando consciente, aún sentía esa sensación que me oprimía el pecho al pensar si en algún momento en los que había perdido la conciencia se habría aprovechado de mi estado indefenso.

—Ya... —contestó acariciándome el cabello mientras me consolaba—. Estás a salvo preciosa —insistió mientras yo seguía llorando, solo que esta vez lo hacía de puro alivio.

—No me dejes nunca —susurré apretándome contra él con la poca fuerza que tenía, pero necesitaba estrecharle para sentirle de nuevo, saber que él estaba allí protegiéndome.

—Jamás —afirmó con tanta contundencia que verdaderamente lo creí. Supe que así se acabara el mundo, mi dios griego no me abandonaría nunca.

15. mareos y nauseas

Los días en el hospital pasaron bastante rápidos y en apenas una semana ya me habían dado el alta al evolucionar favorablemente, sobre todo porque no presentaba graves heridas, sino que todo se había alargado por prevención al poder tener consecuencias psicológicas.

En realidad, no había sufrido pesadillas, ni me había despertado sofocada o con ansiedad por lo sucedido, aunque probablemente todo se debiera a la medicación que me administraban y que me habían recomendado tomar al menos durante tres meses y si todo iba bien se reduciría la dosis. No era propensa a tomar medicamentos, pero ante la insistencia de los médicos para paliar síntomas traumáticos posteriores; seguí las indicaciones.

Aunque mi madre había insistido que volviera a Moscú al menos solo un par de semanas, lo cierto es que quería regresar a la normalidad y sobre todo a la que ahora consideraba mi casa y mi cama; que no eran otras que las de Alejandro. No podía, ni quería separarme de él, es más, no veía el momento de ir a ese lugar que ahora era mi hogar y sentirme rodeada por sus brazos mientras dormía, algo que no podía hacer en aquella camilla de hospital, así que me negué en rotundo a regresar a mi país por el momento, de todos modos debía viajar más adelante para supervisar las cosas que mi madre estaba seleccionando junto a la organizadora de la boda en

poco tiempo, por lo que gracias a eso no insistió demasiado.

—Hogar dulce hogar —dije en cuanto Alejandro me abrió la puerta y entré en casa.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar? —preguntó atento.

Por suerte era viernes y le tendría para mi todo el fin de semana. Había pasado casi cinco días en aquel hospital y mis heridas estaban más que curadas, apenas me quedaban un par de moratones que no dolían.

—¿Sushi? —pregunté con cierta diversión y sus ojos azules me miraron fijamente.

—¿Estás segura? —exclamó acercándose peligrosamente a mí—. Aún no sé si estas...

Pero no dejé que terminara de pronunciar aquella frase y le acallé con un profundo beso al mismo tiempo que saltaba sobre él y me cogía en el aire mientras avanzaba conmigo por aquel pasillo que llevaba hasta nuestra habitación.

—¡Cómo deseaba poder hacer esto! —exclamé mordiendo su cuello con ansiedad. Estaba tan necesitada de él que casi rozaba la desesperación.

—Espera... —susurró tratando de alejarse, pero le impedía que lo hiciera—. No quiero que te hagas daño.

—Estoy perfectamente bien Alejandro —supliqué—. Me harás daño si no te hundes tan profundamente dentro de mi que hasta me hagas olvidar mi nombre —jadeé volviendo a su boca y parece que conseguí el efecto esperado porque en solo unos segundos sentía como mi ropa interior era desgarrada bajo aquel vestido vaporoso que llevaba puesto y me tumbó sobre la cama mientras terminaba de bajarse los pantalones que yo había comenzado a desabrochar.

—¿Estás segura? —insistió una última vez más mientras comenzaba a gatear sobre mi.

—¡Ven aquí de una vez! —exclamé enroscando mis piernas sobre su cintura y atrayéndole hacia mi.

Conforme sentía que se adentraba una sensación de ser colmada me apresaba. Mordí su labio con desesperación y noté como se hundía por completo, como si hubiera perdido el control con aquel gesto y por un instante los dos nos observamos mientras nuestra respiración era algo agitada. Podía sentir que lo hacía para saber si estaba realmente bien, si deseaba realmente aquello, pero por supuesto que lo deseaba, más bien lo necesitaba así que le incité a que se moviera y en un instante podía sentir como comenzaba a salir para volver a embestirme de nuevo.

—¡Joder! —grité agarrándome al tejido que cubría la cama—. ¡No pares!

Y no paró... no lo hizo hasta que consiguió colmarme de placer como siempre lograba hacer.

Convencí a Alejandro para que nos fuéramos a la casa del lago como supuestamente deberíamos haber hecho el fin de semana en el que sucedió toda aquella locura que deseaba olvidar. Lo cierto es que estar solos en aquella casa sirvió para desconectar de todo lo ocurrido y pasar unos días de sexo frenético y sin medida con mi dios griego. Tal vez era lo que necesitaba para volver a sentirle más cerca que nunca y olvidar lo sucedido, porque desde luego cuando estaba con él podía afirmar que lo sucedido solo había sido una pesadilla como si realmente no hubiera ocurrido.

El lunes volví a retomar el trabajo con cautela. Ni tan siquiera estuve toda la jornada, sino que al volver a casa para la hora del

almuerzo decidí quedarme trabajando desde allí.

—No te presiones demasiado —insistió Alejandro antes de volver de nuevo a la oficina—. Entiendo que quieras regresar a la rutina y olvidar lo ocurrido, pero tómatelo con calma.

—Tranquilo —dije dándole un último beso antes de que se marchara—. Solo contestaré varios emails y abriré el correo que tenía retrasado —mencioné antes de que se fuera.

Revisando el correo encontré un sobre con otra amenaza de Fernández. Al principio me alarmé y tiré el sobre al suelo, pero luego fui consciente de que aquello lo recibí antes de que me secuestrara, y probablemente si lo hubiese abierto a tiempo, podría haber evitado todo aquello, incluso si no hubiera sido tan tonta como para eliminar ese mensaje que posteriormente sabría que también era de él, nada de aquello habría ocurrido.

Tal vez las cosas debían pasar por alguna razón, quizá debía haber sufrido aquella agonía para valorar más aún lo que tenía a mi lado, para darme cuenta de lo que realmente me importaba y disfrutarlo cada día al máximo.

Esta vez decidí no guardarlo solo para mi, sino que dejé aquel sobre sobre la encimera de la cocina y enseñárselo a Alejandro en cuanto regresara. Si algo había aprendido de todo aquello era precisamente a darle importancia a las cosas que realmente lo requerían. No volvería a tomarme una amenaza a la ligera nunca más en toda mi vida.

Suerte o no, el destino quiso que en aquel sobre hubiera huellas dactilares de Carla y finalmente fue apresada sin fianza por riesgo a fuga debido a ello, por lo que ni tan siquiera hizo falta que Andrei tuviera que intervenir para que pagara con la justicia haber sido

cómplice de secuestro.

Solo necesité tres semanas para volver a sentirme de nuevo yo misma, sin tener esa sensación de mirar por las esquinas a pesar de no separarme de mi personal de seguridad que ahora me acompañaban sin necesidad de pedirlo hasta la propia puerta del baño e incluso comprobaban primero que no había nadie dentro. Eso en cierta forma me hacía no olvidar lo sucedido, pero también me daba la seguridad de confiar en que no volvería a ocurrir nunca más, sobre todo porque entendía las razones por las que Alejandro no había deseado que saliera en la portada de aquella revista de economía; ahora era más vulnerable y reconocida para cualquier otro degenerado como Fernández.

»Y pensar que en su día creí que solo eran celos« medité mientras regresaba a casa y en cuanto monté en el coche y el vehículo arrancó comencé a sentir mareo hasta el punto de bajar la ventanilla.

No fui dándole importancia en los siguientes días, pero comprobé que sentía aquellos mareos en algunas situaciones dispares, como cuando bajé a la cafetería a por algo de comer porque últimamente tenía más hambre de lo normal, cuando me montaba en el coche sobre todo por las mañanas y a veces cuando salía de la ducha, pero pensé que quizá solo sería falta de alguna vitamina hasta que comencé a tener náuseas e incluso llegué a vomitar. En aquel momento me asusté y telefoneé a Nadia, para algo me tenía que servir tener a un médico como mejor amiga.

Quizá solo me estaba alarmando demasiado, pero... ¿Y si aquello tenía algo que ver con los golpes que recibí durante el secuestro?, ¿Y si tenía algo por dentro que no se habían dado cuenta que ahora salía a la luz? El miedo se apoderó de mi y necesitaba hablar de inmediato

con alguien experto.

—¡No tengo perdón! —exclamó nada más coger el teléfono.

—¿Por qué? —exclamé contrariada.

—Porque después de toda la odisea que me contaste que te había sucedido, prometí que te llamaría al día siguiente y mi vida ha sido un completo caos desde entonces —alegó frustrada y sobre todo sintiéndose culpable.

—No pasa nada Nadia —contesté con cierto tono de diversión—. Probablemente tengas unas ojeras de campeonato y lleves tres días intentando lavarte el pelo sin lograrlo —reí ante mi comentario.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Me estás viendo ahora mismo?, ¿Dónde está la cámara oculta? —añadió estupefacta.

—Si no te tomas un respiro, ese trabajo acabará contigo —le advertí sabiendo lo importante que era para ella su trabajo, pero realmente sus jornadas eran interminables y en lugar de salvar vidas, iba a tener que salvar la suya propia a ese ritmo.

—Es lo que me dice mi madre, pero me conformo con pensar que solo es el primer año y ya me queda menos de la mitad —aseguró y la escuché resoplar—. Si es que llego con vida, claro—, pero no hablemos de mi ¿Qué tal estás? Aunque por mensajes me dijeras que todo iba bien, puedes decirme si has notado algo raro o si no descansas bien que sería lo más lógico en estos casos...

—En realidad estoy bien, bueno... me encuentro bien en ese aspecto. No he tenido pesadillas, tampoco noto que descanse menos de lo normal, de hecho, últimamente tengo incluso más sueño que antes por raro que parezca, pero si que te llamaba por algo en concreto que me está sucediendo —aseguré no sabiendo como explicar realmente lo que me pasaba.

—Pues tu dirás —contestó ante mi silencio espontáneo y supe que estaría atenta a lo que le dijese para darme una versión desde su perspectiva sobre los hechos.

—A ver... en realidad no creo que sea nada, pero llevo varios días notando algunos mareos —comencé a decir—. Son muy leves, incluso al principio pensé que tal vez podría ser de cervicales por alguna mala postura, pero lo cierto es que no han cesado y he comenzado a preocuparme un poco más cuando he empezado a tener náuseas, sobre todo cuando despierto por la mañana.

—¿Mareos y náuseas? —preguntó Nadia como si tratara de confirmarlo y meditaba una respuesta.

—Si —afirmé—. En principio es solo eso, no crees que sea nada grave, ¿verdad? En el hospital me hicieron toda clase de pruebas y no vieron nada... tal vez sea la medicación que me recetaron o...

—¿Crees que es posible que estés embarazada? —preguntó Nadia directamente.

16. ¿embarazada?

¿Embarazada? No, eso era imposible, técnicamente era imposible. Definitivamente no podía estar embarazada bajo ningún concepto.

—No puede ser —contesté contundentemente—. Siempre he tomado la píldora y aunque estuve sin tomarla los días que permanecí secuestrada y recuerdo que tuve la última regla en el hospital, las retomé junto a la medicación que me recetaron para ayudarme a conciliar el sueño.

—¿Qué te recetaron?, ¿Puedes decírmelo? —insistió y me encogí de hombros porque no tenía ni idea de qué era.

—Pues espera que soy muy mala para los nombres, pero llevo aquí en el bolso todo lo que me dieron —dije sacando los dos medicamentos y mencioné los nombres raros que supuestamente uno debía ser para conciliar bien el sueño y el otro eran ansiolíticos para evitar posibles ataques de ansiedad que sería lo más normal tras un secuestro y se tomaban por precaución.

—Irina, los ansiolíticos interfieren en el efecto de los anticonceptivos anulando casi por completo su efectividad, ¿Le dijiste al médico que te las recetó que estabas tomando la píldora? —preguntó Nadia con bastante calma teniendo en cuenta que en ese momento todo parecía pasar a cámara lenta por mi cerebro tratando de pensar mil cosas al mismo tiempo, pero no logrando pensar ninguna de ellas.

—¿Qué? —fue lo único que era capaz de expresar.

—A ver... cálmate —contestó Nadia con toda la paciencia que probablemente le daba esa capacidad para ser un buen médico—. ¿Recuerdas si le comentaste al médico que te atendió que estabas tomando la píldora— ?insistió.

—No —negué contundentemente porque realmente ni me lo preguntó y menos aún pensé en decírselo cuando precisamente tenía la regla en ese momento—. Sólo me preguntó si tomaba algún medicamento o padecía alguna enfermedad y le dije que no —admití.

—Vale —aseguró—. Creo que lo mejor es que te hagas las pruebas y salgas de dudas. Quizá no sea eso lo que te esté ocurriendo y solo sea un efecto secundario de la medicación, pero en cualquier caso ve inmediatamente a una clínica privada y que te hagan la analítica rápidamente para descartarlo antes de seguir tomando cualquier medicación e incluso la propia píldora.

—Pero... ¿Es posible que esté embarazada? —exclamé atónita.

—No te voy a mentir —Su voz sonaba firme—. Es muy probable por los síntomas que presentas, de hecho, es lo primero en lo que he pensado, pero teniendo en cuenta que hace menos un mes que padeciste un shock bastante fuerte, tal vez no sea esa la causa de tus mareos y náuseas. Puedes hacerte un test de embarazo, pero yo te recomendaría acudir a una clínica para estar seguros ya que esos chismes dan fallos y más si estás de muy poco tiempo.

—Está bien —contesté con cierto pavor—. Te llamaré para informarte cuando tenga los resultados —dije antes de colgar porque aún necesitaba digerir lo que aquello significaba en caso de ser cierto.

»No puedo estar embarazada« pensé inmediatamente.

»Simplemente no puedo« me convencí mientras me colgaba el bolso al hombro y pedí a Evelyn que me solicitara cita en la clínica privada para esa misma tarde. Debía salir de dudas cuanto antes.

Salí con tiempo suficiente para acudir a la clínica. Por suerte, Alejandro tenía varias reuniones esa tarde y ni tan siquiera podría enterarse de que me ausentaría del despacho porque si por alguna razón se enteraba que acudiría a la clínica era casi seguro que querría acompañarme. En cuanto le planteé a mi doctora la situación y le hablé tanto de los fármacos que me habían recetado como de la píldora que yo estaba tomando, decidió hacerme las pruebas de embarazo sin dudarlo confirmando lo que Nadia me había mencionado unas horas antes; que aquel fármaco podía llegar a anular drásticamente el efecto anticonceptivo de la píldora.

¡Dios! ¡No podía creerlo! Me parecía casi surrealista la sola idea de poder estar embarazada y más aún lo que aquello implicaba. Sin embargo allí estaba, en la sala de espera mientras pasaba el tiempo necesario hasta que llevaban a cabo las pertinentes pruebas para darme una respuesta. No tenía ni la menor idea de qué haría en caso de ser real que de verdad tuviera a una criatura en mi vientre. ¿Sería posible estar gestando ahora mismo una vida allí dentro?

Entré de nuevo en la consulta cuando la enfermera mencionó mi nombre y casi podía asegurar que aquel momento fue eterno, me temblaban las piernas y no precisamente por expectación, sino porque no sabía si deseaba que me dijese que realmente estaba embarazada o por el contrario que todo era una falsa alarma.

¿Y si era una oportunidad inesperada? ¿El azar del destino para concederme el deseo de ser madre? Tenía muy claro que si la respuesta era afirmativa no pensaba renunciar a esa criatura, aunque

tuviera que luchar con uñas, dientes y sangre por mi propio hijo, pero si por el contrario no era así, probablemente jamás tendría descendencia.

—Siéntate Irina —mencionó mi joven doctora y pacientemente me senté dejando el bolso en la silla vacía que tenía a mi derecha.

—¿Ya están los resultados? —pregunté impaciente.

—Si —afirmó—. Con una analítica de sangre podemos estar seguros porque en cuanto una mujer se queda embarazada se dispara una hormona a ciertos niveles no comunes que nos indica el patrón inconfundible de que está en estado.

—Entonces... ¿Estoy embarazada? —pregunté queriendo saber de una vez la respuesta. No podía soportar más la agonía de esa espera.

—Si —contestó contundente—. No hay duda de que, en efecto estás embarazada.

En aquel momento sentí como mi cuerpo se relajaba con una calma inesperada, era como si la seguridad de saber que estaba esperando un hijo me diera la fuerza suficiente para aceptar aquella noticia sin ningún tipo de temor. No tenía miedo, ni tampoco pensé en la reacción que tendría Alejandro cuando se lo comunicara, sino que solo pude pensar en la inmensidad que significaba aquella frase y sentí una alegría incapaz de expresar con palabras.

—Imagino que, aunque haya sido algo inesperado, seguirás adelante con el embarazo, ¿no? —preguntó mi doctora y supuse que lo hacía solo por asegurarse.

—Por supuesto —afirmé sin dudarle un instante—. Quiero a este bebe.

—Bien —continuó—. Te recetaré algunos medicamentos que debes tomar los primeros meses de embarazo y te derivaré al

ginecólogo y al obstetra que te acompañaran durante todo el proceso, ambos son muy buenos y seguro que estarás contenta con ellos — mencionó mientras la observaba teclear en el ordenador.

—¿Ha podido afectar en algo que haya seguido tomando la píldora? —pregunté instintivamente porque había leído demasiado sobre no tomarla en caso de posible riesgo de estar embarazada porque podría ser muy perjudicial para el feto.

Mi primera preocupación en ese momento era saber si mi bebé estaba bien, si habría podido sufrir a consecuencia de los medicamentos que había seguido tomando.

—En principio debemos asumir que no ha sido así al haber tomado rigurosamente el medicamento que te recetaron que anulaba su efecto, pero te haremos las pruebas pertinentes para comprobar que todo está correcto y es un bebé sano —aseguró—. Evidentemente debes dejar de tomarlas, al igual que tampoco es muy recomendable que sigas tomando los ansiolíticos y si tienes algún tipo de trastorno, acude directamente a mi y trataré de recetarte algo que no perjudique al feto.

—Está bien —afirmé todavía algo aturdida por la noticia.

Cuando salí de la consulta me dispuse a caminar sin rumbo fijo, simplemente tenía que hacerme a la idea de mi nueva situación, pero sobre todo saber cómo iba a afrontarlo puesto que era algo inesperado y estaba más que mentalizada de que no sería deseado por parte de Alejandro.

A pesar de llevar a mis dos guardias de seguridad detrás a cierta distancia que no me perdían de vista, en aquel momento me sentía sola. Estaba completamente sola en aquella nueva andadura que acababa de empezar porque era consciente de que al padre de

aquella criatura no le agradaría la idea después de haber sido bastante contundente respecto al tema, aunque quizá podría cambiar de opinión, tal vez el destino había decidido jugar a su favor para ofrecernos aquella oportunidad de forma inesperada y esa fuera la única solución para que Alejandro lo aceptara e incluso superase el rencor que mantenía sobre su pasado.

Me fijé en una mujer que venía de frente paseando con un carrito de bebé y sentí cierta complicidad con ella al saber que en tan solo unos meses yo estaría en la misma tesitura que ahora estaba ella, empujando una silleta mientras paseaba a mi bebé.

»Mi hijo« medité» .Realmente voy a tener un hijo de Alejandro« pensé instantáneamente llevándome una mano al vientre.

Una especie de felicidad infinita me recorrió por dentro como si me hiciera tan fuerte que pudiera enfrentarme a cualquier situación, incluso al propio rechazo por parte de Alejandro a nuestro hijo. Necesitaba contárselo a alguien, gritar que estaba embarazada y que iba a ser madre, así que saqué el teléfono para marcar a Nadia y rogué porque pudiera contestarme. Cuando escuché su voz sentí cierto alivio por poder revelar en voz alta aquello que me hacía sentir tan llena de felicidad.

—¿Irina? —preguntó ante mi silencio.

—Lo estoy —confirmé—. Tenías razón, ¡Estoy embarazada! —grité.

—Vaya... ¿Debo felicitarte? —preguntó con cierta calma—. Porque sabiendo que no es buscado no sé si entraba en tus planes tan pronto...

—Desde luego no ha venido en el mejor momento y menos aún teniendo en cuenta que... —mencioné guardando silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada—. Sabes que sea lo que sea, a mi puedes contármelo.

—Alejandro dejó muy claro que no deseaba ser padre, Nadia — confesé a mi mejor amiga.

—¿Qué? —chilló de tal forma que supuse que más de uno se habría quedado observándola si estaba en un lugar público, aunque ante el silencio que vino después supe que debía estar en casa.

—No te escucha nadie, ¿verdad? —pregunté por si acaso.

—Tranquila, estoy en casa —afirmó—. ¿Qué es eso de que él no desea ser padre? Te refieres a esperar unos años hasta asentar tu posición en la empresa, ¿no?

—No —negué—. Me refiero a que no desea ser padre y punto; ni ahora, ni en un futuro, ni nunca —susurré mirando hacia atrás y visualizando a unos diez pasos aproximadamente a mi guardaespaldas Viktor.

—¿Y tú? —exclamó—. ¿También quieres eso? —preguntó con cierta intriga.

—Nunca me había planteado seriamente la idea de ser madre, pero era algo que sí tenía en mente algún día puesto que aún era demasiado joven, aunque cuando él dejó clara su postura renuncié a esa posibilidad porque prefería estar a su lado por encima de ese deseo maternal, pero ahora... ahora que soy consciente de que estoy gestando una vida y que mi hijo está creciendo dentro de mi, sencillamente no puedo... no puedo...

—No puedes renunciar a tu hijo —concluyo Nadia por mi.

—No podría hacerlo, Nadia —afirmé—. La sola idea de imaginarlo me aterra y me repugna, pero al mismo tiempo tengo miedo a su reacción cuando lo descubra. Fue muy tajante en su

postura y soy consciente de que esto puede que nos separe para siempre.

—Creo que no te debes preocupar por eso ahora, las personas pueden cambiar de parecer por diferentes causas y más teniendo en cuenta lo que te ocurrió hace poco. Quizá sea mejor que esperes un tiempo prudencial, al menos hasta estar segura de tu propia decisión y pensar en la mejor forma para contárselo si es tan reacio al tema de ser padre —contestó tratando de calmarme y lo cierto es que hablar con Nadia siempre aliviaba mis preocupaciones. Ella era capaz de comprender mis miedos, analizar la situación y darme una perspectiva diferente.

—¿Tú crees? —pregunté indecisa.

En esos momentos no sabía si era mejor o peor contárselo a Alejandro teniendo en cuenta la reacción que tendría al decirle que sería padre. Lo cierto es que no tenía ni la menor idea de cómo iba a reaccionar, pero era consciente que muy bien no se lo tomaría después de haber discutido por ello y conocer las razones por las cuales no deseaba tener hijos jamás.

—Voy a ser franca y te hablaré más como médico que como amiga porque me preocupo por ti —contestó Nadia—. Estás de muy pocas semanas y hasta los tres meses realmente no es del todo estable, quizá te lles un disgusto al decírselo y por consecuencia tengas un aborto espontáneo. Así que si me pides mi sincera opinión, te diré que lo mejor es que esperes y tú estés mentalmente preparada para contárselo.

—Si... —afirmé alargando la palabra—. Creo que lo mejor será esperar al menos unos días.

Quizá Nadia tenía razón. Estaba de muy poco tiempo para asumir

demasiadas cosas cuando aún tenía que hacerme todas esas pruebas pertinentes para saber que mi bebé estaba completamente sano. Era consciente de que hasta los tres meses podía sufrir un aborto espontáneo y en eso mi amiga había sido clara; evitar disgustos sería primordial en esos momentos si quería seguir adelante con mi embarazo.

—Aunque tal vez reaccione de forma inesperada, quizá no entraba en sus planes, pero una vez que comprenda que quiera o no será padre, cambie su forma de pensar al respecto, ¿No crees? — mencionó con cierto atisbo de positividad, como si quisiera animarme a pesar de las circunstancias.

—Ojalá fuese así —tercié no queriendo ser demasiado pesimista—. Ojalá... —suspiré dando por finalizada la conversación con Nadia y diciéndole que la mantendría informada de todo.

Cada día que pasaba tenía menos claro de qué forma debía contarle o decirle a Alejandro que estaba embarazada, ni siquiera sabía como empezar a sacar el tema para llegar al momento justo en el que revelarlo. Incluso cuando me rodeaba por la cintura para abrazarme mi reacción instantánea era intentar apartarme porque en lo más profundo de mi ser presentía que se daría cuenta de lo que le estaba ocultando a pesar de que aún no se me notaba absolutamente nada por el poco tiempo que llevaba. No tenía siquiera una ligera curvatura del vientre que pudiera evidenciarlo, solo que mi subconsciente me gritaba que en algún momento él notaría un ligero cambio y entonces sería impensable tener que confesarlo.

Hasta el momento había dado excusas sobre mis leves mareos por los analgésicos que estaba tomando y por pura suerte, Alejandro nunca había escuchado mis náuseas matutinas porque siempre

estaba en la ducha o en la cocina preparando el desayuno mientras leía el periódico en su teléfono, de forma que aún no se había percatado porque entre otras cosas, siempre usaba otro baño. En general no tenía más síntomas que esos, pero debía tomar ciertas medidas que en cualquier otro caso no eran normales; como el hecho de no tomar alcohol o tener cuidado con cierto tipo de alimentación, que hasta el momento había conseguido evitar sin levantar demasiadas sospechas.

Aquella mañana me había despertado sin náuseas, pensando que al fin se habrían acabado para siempre y dándome ese pequeño respiro después de tantos días, por fin tendría una cosa menos de la que preocuparme. Abrí la puerta de la cocina que tan meticulosamente Alejandro cerraba cada mañana para no despertarme con el ruido que hacía y entré entusiasmada por aquel repentino cambio hasta que el olor a café me inundó por completo provocándome unas arcadas monumentales. Justo en el momento que él alzó la vista para verme, mi cara debió palidecer ante aquella contracción de náusea y salí corriendo hacia el baño para vomitar lo que ni siquiera había comido aún, puesto que tenía el estómago vacío.

—¡Irina! —le escuché gritar, pero no podía responder de ninguna manera, porque solo deseaba expulsar lo que fuera que hubiera en mi estómago y que aquella sensación horrible terminara—. ¿Estás bien? —insistió y vi que no solo me había seguido, sino que entraba conmigo en el baño para observar aquella escena desastrosa.

—Si —jadeé en cuanto pude contestar y comencé a tantear con la mano encima de la cisterna del w.c para encontrar el rollo de papel con el que limpiarme, algo que solía hacer habitualmente—. Algo

debió sentarme mal anoche... —dije para intentar salir del paso sin que me interrogase.

—¿Y te hace efecto por la mañana? —exclamó sin creerlo—. No. Te llevaré a urgencias inmediatamente, si te hubiera sentado mal la cena te habrías puesto mal durante la noche, no ahora.

—No hace falta Alejandro —contesté abriendo el grifo del agua para lavarme la cara después de pulsar la cisterna, por suerte solo sería esa única vez y pasaría el resto del día normal—. Te digo que ya me siento mucho mejor, no me apetece ir a urgencias ahora después de haber pasado tanto tiempo de hospitales.

—No —se negó rotundamente—. Últimamente estás muy extraña y encima tienes esos mareos que según tú se deben a los medicamentos que te recetaron... —comenzó a decir no muy convencido—. No me quedaré tranquilo hasta que un médico te examine por completo y me asegure que no tienes nada. Después de que casi te pierdo, no pienso quedarme de brazos cruzados viendo como empeoras cada día.

—Alejandro te digo que estoy bien —afirmé contundente.

—¿Bien?, ¿Llamas a esto estar bien? —exclamó señalando todo el conjunto incluyendo tanto a mi como a la estancia en la que nos encontrábamos con un tono que distaba mucho de ser cordial—. ¿Es que me estás ocultando algo? —dijo de pronto y las piernas me temblaron—. Te pasa algo, ¿Verdad? —añadió preocupado—. ¡Dios Irina, dímelo de una vez! —gritó alterado.

Y ahí supe que no podría ocultar más la verdad, que si no confesaba ahora lo que ocurría jamás me lo perdonaría.

17. lágrimas desgarradoras

Tenía que decírselo, no podía ocultárselo más tiempo y él mismo se estaba dando cuenta de que algo me pasaba. Ya no quería seguir escondiéndome por temor a que lo averiguara, ni rehuir de él cuando me abrazaba por temor a que se diera cuenta cuando en realidad me moría porque estar en sus brazos.

No podía más. Estaba llevando sola aquella carga y me estaba condicionando a mi misma por algo que era de ambos, que era fruto de los dos por más que él no lo quisiera.

—Estoy embarazada —solté sin rodeos esperando su reacción desmedida.

Había pensado en las mil y una formas de cómo decírselo para que no pusiera el grito en el cielo. Pensé que vociferaría, que gritaría, que incluso me echaría de casa en un arrebato instantáneo, pero no pensé que guardara una calma abismal y una completa indiferencia al mencionarlo. El hecho de que no lo hiciera, que no gritase o tuviera una reacción desmesurada incluso me producía pavor porque prefería que sacara todo lo que llevaba dentro, antes de crear un rechazo hacia su hijo que me apartara de su lado.

—Cómo —reclamó tras un minuto de silencio.

No era una pregunta, sino una exigencia y supuse que por su cabeza debieron pasar todos aquellos síntomas que había presentado hasta coincidir en que evidentemente debía ser cierto lo que acababa

de decirle.

—Los ansiolíticos que me recetaron tras el secuestro anularon el efecto de los anticonceptivos que estaba tomando —contesté sincera puesto que aquella era la conclusión a la que Nadia y mi médico había llegado conjuntamente.

—¿Puedes ab...

—¡Ten cuidado con lo que vas a decir! —grité—, ¡Porque estás hablando de mi hijo, Alejandro! Es una vida que se ha creado aquí dentro a pesar de haber sido completamente inesperado y no lo busqué, pero no voy a renunciar a él —dije explícitamente poniendo una mano en mi vientre—. No pienso renunciar bajo ningún concepto —asegué con lágrimas en los ojos, pero tan firme que no había ninguna duda al respecto.

—¿De tu hijo? —exclamó—. ¿Entonces yo no pinto nada en todo esto? —añadió frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—¡No cuándo lo único que quieres es deshacerte del problema sin plantearte siquiera lo que eso puede significar! —grité enfurecida.

No podía creer que pensara en que abortara sin siquiera hablar del tema. Que esa hubiera sido su primera opción sin plantearse por un segundo la posibilidad de superar esos miedos que le censuraban.

—¡Lo habíamos hablado Irina!, ¡Sabías perfectamente que yo no lo deseo!, ¡No lo quiero!, ¡Y eras consciente de cuál iba a ser mi reacción al respecto! —En su voz podía notar la incomodidad que le generaba hablar del tema y tras escuchar aquellas palabras no pude evitar apartar la vista de él y mirar hacia el suelo.

Por supuesto que sabía cuál iba a ser su reacción, por eso precisamente había evitado contárselo hasta el último momento, por eso incluso probablemente me arrepintiera hasta de habérselo

confesado, porque saber que no lo deseaba, que no lo quería, que incluso lo detestaba, me dolía infinitamente en el alma puesto que yo sí que lo quería con todo mi ser pese a no poder sentirlo todavía dentro de mi vientre.

—Quiero saber si vas a intentarlo Alejandro —dije sin rodeos alzando la mirada para verle y observé como abría los ojos enormemente tras decirle aquello, era como si le hubiera dicho que tenía que enfrentarse a un demonio—. Dime si al menos vas a darle una oportunidad.

Necesitaba comprender hasta que punto era su rechazo y si éste estaba por encima de mi. No iba a obligarle a ser padre si no quería, pero tenía que saberlo, debía tomar una decisión si él no estaba dispuesto a intentarlo.

Su silencio fue toda la respuesta que necesitaba para saber que no era así, que el problema de Alejandro debía ir mucho más allá para que ni tan siquiera se conmoviera ligeramente con la idea de que iba a convertirse en padre. Las lágrimas estaban a punto de salir de mis ojos y amenazaban con brotar de un momento a otro, me había auto convencido de que en el fondo él terminaría aceptándolo porque el destino caprichoso así lo había decidido, que después de todo el miedo, dolor y sufrimiento por creer que no volvería a verle de nuevo jamás, un milagro se alojaba en mi interior para que nos uniera aún más de lo que estábamos y ser una verdadera familia. No podía estar más equivocada, él ni siquiera pensaba darle una oportunidad a nuestro hijo, directamente lo había desechado como una camisa vieja que se puede tirar a la basura sin pensar en las consecuencias.

Me dirigí hacia la habitación donde guardaba mis maletas vacías y cogí una de ellas para llevarla hasta el vestidor donde la abrí

empezando a echar algunas cosas sin pensar en doblarlas siquiera, desde luego era lo que menos me preocupaba ahora, que se arrugase alguna prenda. Lo hacía por inercia, ni me paré a pensar realmente en lo que estaba haciendo, creía que en algún momento Alejandro aparecería, que me diría que dejara de hacer aquello porque no iba a permitir que me alejara de él, pero en lugar de eso lo que escuché fue la puerta de entrada cerrarse de golpe y reaccioné saliendo de la habitación para saber si efectivamente se había marchado o solo había sido producto de mi imaginación, solo que no, no lo había sido y él acababa de irse dejándome sola después de decirle que iba a convertirse en padre.

No podía volver a Moscú inmediatamente, era dar demasiadas explicaciones a mis padres que por el momento necesitaba procesar yo misma para saber a que iba a enfrentarme. Tenía muy claro que a ese bebé no le faltaría nada, que podría hacerlo sola perfectamente, pero el dolor que sentía en aquel momento por su rechazo era indiscutible. Entré en el despacho de Alejandro y comencé a buscar por los cajones hasta que encontré las malditas llaves de mi antiguo apartamento donde dudaba que fuese a buscarme cuando se diera cuenta de que me había marchado de casa, el primer lugar donde buscaría en caso de querer hacerlo sería en un hotel antes que allí, así que me ahorraría cualquier intento en vano por lograr convencerme para deshacerme de mi hijo. No deseaba verle hasta estar lo suficientemente preparada mentalmente para soportar lo que quisiera decirme al respecto, para no romper a llorar cuando volviera a decirme que lo mejor para todos sería que abortase porque no quería a su hijo. No. Definitivamente debía ser capaz de soportar ese dolor cuando volviera a verle porque ahora era impensable.

Pedí a Frederik y Viktor que me llevaran hasta mi antiguo apartamento y después les di varios días de permiso porque no iba a necesitarles ya que pensaba encerrarme en aquel ático hasta tomar una decisión sobre qué haría al respecto. En el momento que abrí la puerta de mi pequeño ático los recuerdos me invadieron creándome cierta nostalgia, no había estado allí desde que me había marchado de la ciudad la primera vez hacía solo unos meses, aunque a mi me pareciesen incluso años con todos los cambios que había tenido desde entonces en mi vida.

El lugar estaba tal y como lo dejé, de hecho, abrí la nevera y aún seguían aquellas tarrinas de helado que había dejado y que por suerte para mi, nadie se había preocupado de retirar porque probablemente terminaría comiéndomelas todas. Aún seguían las sábanas y toallas en el lugar donde yo las había dejado, tal parecía que Alejandro debió darse prisa por comprarlo cuando ni tan siquiera se habían molestado en retirarlas para volver a ponerlo en alquiler. Lo cierto es que lo agradecía porque las había comprado yo y ahora podría usarlas.

Me desnudé completamente y me metí en aquella ducha, dejando que el agua recorriera cada parte de mi cuerpo arrastrando de paso las lágrimas que el llanto descontrolado emergió desde lo más profundo de mi ser. Se suponía que tener un hijo debía estar rodeado de felicidad, de dicha, de amor... y al parecer solo yo era capaz de sentir todas aquellas sensaciones por esa criatura pequeña que se alojaba en mi interior. Ni tan siquiera abrí la maleta para buscar algo de ropa que ponerme, si era sincera no sabía siquiera si habría metido prendas interiores ahora que lo pensaba porque apenas recordaba que había echado con tanta premura por marcharme de

aquella casa, pero no me importó, me quedé envuelta en aquella toalla blanca y me acosté sobre la cama que aún conservaba el nórdico doblado tal y como lo dejé cuando me fui. Me envolví en él y cerré los ojos esperando que el día siguiente fuera mínimamente mejor que el que acababa de tener.

El sonido del teléfono terminó despertándome y tuve que levantarme para ir hasta el salón porque lo había dejado en el bolso, cuando lo saqué vi una llamada entrante de Teresa, ¿Por qué me llamaba la hermana de Alejandro? Lo primero que pensé fue que quizá le había ocurrido algo en mi ausencia, ¿Y si había tenido un accidente?, ¿Y si no estaba bien? Por pura inercia descolgué el teléfono despertando así en el acto.

—¿Sí? —exclamé conteniendo el aliento.

—¡Irina!, ¿Dónde estás?, ¿Estás bien? —exclamó preocupada.

—Si... —afirmé arrastrando la voz y sentándome sobre el taburete de la isla de la cocina—. ¿Ha pasado algo? —pregunté a pesar de temer la respuesta.

—Alejandro ha llegado esta mañana completamente borracho a mi casa y apenas entendimos una palabra de lo que decía, pero no dejaba de repetir tu nombre una y otra vez, ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada—. Porque no es normal que él beba así y menos aún que encima aparezca en mi casa en ese estado de embriaguez.

En ese momento suspiré y el aire entró de nuevo a mis pulmones, no le había pasado nada, al menos, nada grave.

—Si. Ha pasado algo —afirmé—. Algo que tu hermano no deseaba que ocurriese jamás y que va a separarnos para siempre.

—¿Qué? —gritó.

—Estoy embarazada, Teresa —solté sabiendo que ella entendería lo que eso significaba, porque incluso en su día habíamos abordado el tema.

—¡Oh dios mío! —exclamó y me la imaginé llevándose una mano a su incipiente vientre, algo que por extraño que pareciera, hice yo misma sin pretenderlo.

—No lo quiere..., ¡Prácticamente me pidió que abortara! —grité con lágrimas en los ojos recordando aquellas palabras que había impedido que pronunciara.

—¡Este hombre tozudo me va a escuchar cuando despierte! —gritó enfurecida e incluso yo tuve miedo de la reacción que tendría con su hermano cuando despertase.

—No Teresa —afirmé contundentemente—. Le pregunté si le daría una oportunidad, si al menos podría intentarlo y su respuesta fue marcharse de casa sin decir nada. No voy a obligarle a que acepte algo que realmente no desea y que incluso detesta la sola idea de enfrentarse a ello... soy perfectamente capaz de criar a mi hijo sola y no le necesito a mi lado para hacerlo. Prefiero que esto termine ahora antes que enfrentarme al hecho de que termine odiándome por obligarle a ser padre —aclaré sin un atisbo de duda.

—Pero él es su padre por derecho... —insistió y podía notar la preocupación en sus palabras, como si se sintiera entre la espada y la pared porque comprendía que al ser su hermano, le preocupaba realmente lo que sucediera.

—No te equivoques —aseguré.— Uno no solo es padre porque por sus venas corra su sangre, él no quiere a este bebé. Lo ha dejado muy claro.

—Pero... ¿Tú estás bien?, ¿Quieres que vaya y hablemos? Puedo

salir inmediatamente y estoy ahí en media hora.

—No por favor —aseguré porque en aquel momento no me apetecía ver a nadie—, lo cierto es que me apetece desconectar unos días y creo que apagaré el teléfono porque necesito pensar en todo lo ocurrido para tomar una decisión.

No iba a confesar que me había marchado de casa y menos aún donde estaba. A pesar de no creer que Alejandro fuera precisamente a buscarme, no tenía intención alguna de revelar por el momento donde me encontraba, al menos hasta tener claro por donde pensaba reconducir mi vida.

Después de hablar con Teresa, llamé a Nadia porque necesita desahogarme realmente con alguien que fuera imparcial, porque a pesar de que me llevase muy bien con la hermana de Alejandro hasta el punto de saber que en ese sentido mi hijo podría tener el apoyo de su familia paterna, no quería demostrarle que realmente estaba rota por dentro, que la ilusión por la llegada de éste bebe no era del todo completa por la ausencia de su hermano y que el hecho de saber que mi hijo nunca tendría a su padre al lado me aterraba, sobre todo porque yo le amaba, le seguía amando y probablemente muriera amándole.

—Dejo ahora mismo el trabajo y me voy para España —mencionó Nadia en cuanto le conté como se había tomado Alejandro la noticia.

—¿Estás loca?, ¡Ni hablar! —exclamé tirándome sobre el sofá—. Te lo agradezco, pero creo que debo pasar por esto sola. Además, no te estás partiendo el culo en ese trabajo para abandonarlo todo ahora.

Agradecía esa infinita preocupación por Nadia hasta el punto de renunciar a sus propios deseos por mi. Para ella todo su mundo era

ese hospital y su carrera y en cambio era capaz de dejarlos a un lado solo por saber lo mal que me encontraba.

—No tienes porqué estar sola Irina, sabes que yo estaré contigo para lo que necesites. Además, dada la situación lo mejor será que regreses a Moscú, ¿Para qué vas a quedarte allí si él ha dejado clara su postura respecto a tu hijo?

—Si... —afirmé rodando los ojos—. En realidad, empiezo a tener claro que volveré, pero creo que no estoy preparada para decirle a mis padres cuál es exactamente la situación y que finalmente no voy a casarme. ¡Dios!, ¡La boda! —bufé pensando que tendría que cancelar absolutamente todo.

—Eso es por lo que menos tienes que preocuparte ahora mismo, lo único importante aquí eres tú y que tomes la decisión que tomes, sea lo mejor par ti y tu bebé.

—Lo sé —afirmé tocándome el vientre—. Haré lo mejor para mi bebé.

Advertí a Nadia que apagaría el teléfono durante unos días porque no me apetecía en absoluto hablar con nadie más. La nevera seguía vacía así que aproveche que hacía algo de sol para salir a comprar comida suficiente para los siguientes cuatro o cinco días que pensaba estar como mínimo en aquel apartamento, necesitaba surtirme de bastante fruta además del helado que de por sí ya tenía en el congelador.

—¿Ha vuelto al apartamento señorita? —preguntó el conserje al verme salir ya que se encontraba en el rellano fregando las escaleras.

—Si —contesté sonriente—, aunque solo estaré unos cuántos días.

—¡Oh! —exclamó sorprendido—. Que disfrute entonces de la

ciudad —añadió amablemente y asentí pulsando el botón del ascensor para bajar.

Esperaba que Alejandro no tuviera demasiado trato con el conserje del edificio para que éste no le avisara de que ocupaba el apartamento, aunque tampoco es que me preocupara demasiado que se enterase de donde me encontraba puesto que lo que menos haría sería precisamente buscarme.

Al tercer día de estar allí encerrada y comunicarme únicamente mediante emails con mi asistente, atrasé todas las reuniones presenciales o viajes de negocios que debía hacer inminente achacando un virus estomacal que me retenía en casa. Había tomado la decisión de volver finalmente a mi verdadera casa... a Moscú y no iba a quedarme más tiempo allí completamente sola, así que a pesar de tener que enfrentarme a la realidad de la circunstancia y de cancelar una boda, encendí el teléfono que llevaba tres días apagado para telefonar a mi asistente. En cuanto lo hice comenzaron a entrar llamadas; tanto de Evelyn como de mi secretaria en Moscú, de mi madre, de la coordinadora de la boda, de Andrei y de... Alejandro.

Me había llamado, no sabía exactamente para qué, ni con qué intenciones, pero lo había hecho. Por un momento pensé en devolver la llamada, puesto que si era sincera echaba de menos escuchar su voz, oler su perfume o simplemente abrazarme a él para sentirme de nuevo protegida, aunque era consciente de que no podía hacerlo, de que aquello se había terminado definitivamente para siempre.

—Hubiera sido tan diferente si él te hubiera dado una oportunidad —susurré en voz baja mirando hacia mi vientre—, pero yo estaré siempre contigo, a tu lado y te hablaré de él cada noche antes de dormir...

Marqué el teléfono de mi asistente y le pedí que gestionara rápidamente el vuelo privado a primera hora del día siguiente hacia Moscú. No me importaba dejar gran parte de mis pertenencias en casa de Alejandro, por mí podría incluso tirarlas, pero sí quería algo... la primera ecografía diminuta de mi pequeñín que había guardado minuciosamente entre las páginas del libro que había sobre la mesita de noche a pesar de no tener tiempo alguno de leer. Así que le pedí como favor que enviara a alguien a recoger algunas pertenencias, —aunque lo que verdaderamente me importaba era ese libro— y las llevara directamente al jet privado de la empresa.

—Señorita Komarova, el señor Álvarez no deja de preguntarme por usted y quiere saber donde se encuentra, ¿Deduzco que no debe ser informado de que tomará el vuelo mañana a primera hora? —me preguntó con cierto tacto como el de alguien que no sabe si está metiendo la pata hasta el fondo.

—¿Ha preguntado por mi? —exclamé confundida.

Pensé que, tras aquella discusión y su posterior huida, estaba más que clara su postura respecto al bebé y eso también me incluía a mi también ¿Tal vez quería discutir asuntos de la empresa? Lo dudaba, para eso me habría enviado un email.

—Si, señorita —afirmó—. Está muy extraño últimamente y discute con todo el mundo.

—Ya... —contesté por inercia. Imaginaba que aún no se había hecho a la idea de que a pesar de que no lo quisiera tendría un hijo por mucho que se empeñara en lo contrario—. No le diga nada, por favor —añadí por si acaso.

Lo que menos necesitaba ahora era otro intento de Alejandro por pedirme que interrumpiera el embarazo. No podría soportar siquiera

pensar en esa idea.

—Por supuesto. Le confirmaré todo por email señorita Komarova, por si desea volver a apagar el teléfono.

—Muchísimas gracias Evelyn —contesté infinitamente agradecida.

Probablemente tuviera que reubicar a la chica en otro puesto, porque había demostrado ser lo suficientemente eficiente para prescindir de ella ahora que no necesitaría sus servicios al volver a Moscú.

El vuelo saldría a las nueve de la mañana, así que decidí dejar todo listo y comencé a meter de nuevo las cosas en la maleta que había traído a pesar de que no había sacado apenas nada porque desde el día que había llegado ni siquiera había salido del apartamento. Dejé la ropa que me pondría colgada del perchero y justo cuando estaba cerrando la maleta escuché la llave que giraba el pomo de la puerta de entrada al apartamento.

En aquel momento el corazón se me aceleró creyendo que estaba entrando algún ladrón o algo peor, así que cerré la puerta de la habitación rápidamente girando la cerradura y me maldije ochenta veces por no tener el móvil allí dentro.

—¿Irina? —exclamó esa voz profunda haciendo que el aire volviera de nuevo a mis pulmones.

No era ningún ladrón, ni ningún psicópata de nuevo, sino que era Alejandro.

¿»Cómo demonios me había encontrado?»

18. una oportunidad

Medité varias veces si debía o no abrir aquella puerta, ¿A qué había venido?, ¿Por qué estaba allí?

—Irina por favor abre la puerta —insistió con un tono de voz alarmante.

—¿Qué haces aquí, Alejandro? —pregunté lo suficientemente alto para que me escuchara sin abrirla.

—Tenemos que hablar. —Fue su única respuesta y me gustara o no lo que tuviera que decirme finalmente giré el pestillo y esperé a que él abriera la puerta, porque no pensaba hacerlo yo.

Alejandro no tardó ni dos segundos en abrirla para entrar cautamente. En cuanto le vi supe por sus ojeras que había debido dormir muy poco últimamente y su aspecto denotaba cansancio.

—Creo que dejaste muy clara tu postura al respecto cuando te dije que estaba embarazada Alejandro. No sé de qué quieres que hablemos si ambos sabemos que no estaremos de acuerdo —dije adelantándome a lo que tuviera que decirme.

—Llevo tres días buscándote como un loco por toda la ciudad —afirmó y noté su estado de agitación—, preguntando por ti en cada uno de los hoteles, llamando a todos tus contactos y si no llega a ser porque hablaste con Teresa y porque te comunicabas mediante emails con tu asistente habría ido directamente a comisaría a presentar una denuncia por desaparición.

—Pues ya ves que estoy bien, no me ha pasado nada —aclaré cruzándome de brazos.

—Tal vez tu estés bien, pero yo no estoy bien y no estaré hasta que vuelvas. No estaré bien si no estas conmigo, Irina —contestó con firmeza.

Mi corazón se aceleró con aquellas palabras, aunque para mi no eran suficientes... tal vez en otro momento lo fueran, pero ahora no podía pensar únicamente en mi bienestar, sino que primaba el de mi bebé por encima de mis sentimientos.

—No voy a renunciar a mi hijo Alejandro... —Admití mirándole a los ojos—. No lo haré —mencioné con los ojos empañados porque toda aquella situación me dolía. Tenía que elegir cuando realmente no quería hacerlo o más bien mi corazón terminaría fragmentado si debía hacerlo.

—Sé que no lo harás —afirmó sorprendiéndome—. Encontré esto cuando volví un par de horas más tarde y ya te habías ido —dijo sacando del bolsillo interior de su chaqueta la ecografía que había guardado en aquel libro—, ni sé porque cogí ese libro... supongo que cuando me di cuenta de que no estabas y me senté en tu lado de la cama, fue lo primero que vi que era tuyo y quise tocarlo para tenerte un poco más cerca. Nunca pensé que iba a encontrar esto ahí escondido, pero cuando lo vi me invadió un mar de sensaciones que me ahogaban y al mismo tiempo me abrumaban ante la idea de que era real, de que verdaderamente iba a ser padre a pesar de habérmelo negado a mi mismo durante años.

—Y te emborrachaste —afirmé mirándole a los ojos.

—Me di cuenta de que esa criatura no tenía la culpa de mis propios miedos, que mi hijo... porque es mío también, es inocente de

todo lo que a mi me sucedió. Pensé que lo había fastidiado todo, cuando volví a casa y no estabas creí que te había perdido para siempre y acabé con todas las existencias de licor que tenía en los estantes para después irme al bar más cercano porque aún seguía siendo consciente de cuánto la había fastidiado.

—¿Tu hijo? —exclamé mientras me rodaban las lágrimas de los ojos sin poder evitarlo.

—Mi hijo —confirmó y pude ver sus ojos brillando, como si estuviera al borde del llanto—. Déjame estar a tu lado Irina... no me alejes de ti, no me apartes de vuestro lado.

—¿Realmente quieres estar a mi lado Alejandro?, ¿Estás completamente seguro? —exclamé con el corazón en vilo. No podía creer que realmente estuviera allí diciéndome aquello después de todo lo sucedido.

—Si —afirmó uniendo su frente con la mía—. No sé si seré buen padre o no, pero no quiero pasarme el resto de mi vida arrepintiéndome por no haberlo intentado al menos. No sé vivir sin ti... eres mi única razón de vivir.

Me incliné sobre él y rocé sus labios de forma suave, notando como Alejandro respondía a ese roce cada vez con mayor intensidad.

—Te quiero tanto —susurré alejándome levemente de su boca.

—Sé que no me merezco tenerte, que no soy digno de que me quieras, pero que me condenen si no soy feliz por ello —jadeó justo antes de lanzarse sobre mis labios esta vez con posesión, con ahínco, con premeditación completa y absoluta de devorarlos.

—Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad y a recapacitar sobre nuestros actos —concluí cerca de sus labios—, y sé que amarás a nuestro hijo con cada aliento de tu ser.

—Por ti me enfrentaría a todo, incluso a mis propios miedos. — Alejandro me alzó cogiéndome de las nalgas haciendo que me pegara a su cuerpo y rodeé con mis piernas su cintura, enroscándome a él para degustar mejor aquel beso. Sentía como sus brazos me atrapaban apretándome contra él—. No le pasará nada al bebé, ¿verdad? —preguntó de pronto como si estuviera preocupado aflojando su abrazo.

—No —sonreí mientras se me escapaba una pequeña lágrima de pura felicidad—. No le pasará nada —afirmé antes de que volviera a unir nuestros labios cuando se quedó satisfecho con mi respuesta y me depositaba lentamente sobre aquella cama que tantas veces había sido testigo tiempo atrás de nuestros encuentros cuando estábamos escribiendo nuestra historia sin siquiera ser conscientes de ello.

Aquellos suculentos labios fueron recorriendo cada palmo de mi ser de forma minuciosa, dejando un cálido rastro de amor en cada uno de aquellos besos que Alejandro dejaba delicadamente. Observaba como rozaba delicadamente la piel de mi vientre, como si tuviera especial cuidado en esa zona y dejó esa parte para el final hasta que la besó de la forma más dulce que jamás había esperado antes de volver a subir de nuevo por mi garganta hasta llegar a mis propios labios.

—Aquí te hice por primera vez el amor de verdad —susurró cerca de mi oído—. Aquí me di cuenta de que realmente te amaba —añadió suavemente—. Y aquí quiero prometerte que nunca volveré a dejar que mis miedos me hagan huir de tu lado... que te amaré hasta el último de mis días, hasta el último de mis alientos y hasta el último de mis latidos, Irina Komarova.

Sin duda alguna Alejandro podía tener muchos defectos, pero

mentir no era uno de ellos y sabía que lo que en aquel momento me estaba asegurando lo cumpliría de verdad. Me aferré a su cuerpo queriendo que el tiempo se detuviera, deseando que aquel momento fuera eterno porque no podía ser más dichosa... mi felicidad ahora sería plena, sería completa de verdad.

En el momento que mis prendas fueron perdiéndose en algún lugar de la habitación al mismo tiempo que yo me deshacía de las de Alejandro, atesoraba cada instante grabándolo en mi retina para el recuerdo. Sería la primera vez que él me tomaría siendo consciente de que estaba embarazada, que no solamente me estaría amando a mi, sino al ser que llevaba en mi vientre y lo cierto es que cuando sentí como se hundía poco a poco hasta llenarme por completo, noté la suavidad en sus movimientos, como si realmente temiera hacerle daño a su propio hijo. Su delicadeza me conmovió, así que le empujé hasta colocarlo de espaldas sobre la cama y comencé a moverme sobre él de una forma mucho más ruda, demostrándole que no pasaba nada y pareció comprenderlo porque la bestia que había en mi dios griego resurgió de entre lo más profundo de su alma y comenzó a empujarme contra él apretando mis nalgas mientras buscaba su propio placer al mismo tiempo.

—Eres tan hermosa —rugió observándome con aquella mirada oscura y acogiendo uno de mis pechos en su mano,— absolutamente preciosa.

—¡Ah sí! —gemí aumentando el ritmo mientras me mordía el labio inferior de puro placer.

—Nunca me canso de mirarte... y de desearte —siguió hablando—. Deleitas cada uno de mis sentidos.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Sigue hablando! —jadeé queriendo seguir

escuchando su voz.

—Adoro tu tacto —comenzó a decir mientras masajeaba la piel de mi abdomen—, es tan suave y delicado que no puedo dejar de tocarte. Me embriaga tu perfume —dijo incorporándose para rozar su nariz sobre mi piel aspirando—, tu aroma es inconfundible —susurró jadeante.

—¡Oh dios! —grité.

—Cada vez que te miro y observo esos preciosos ojos me conmueves, no puedo dejar de observarte un solo instante tratando de descubrir algo nuevo sobre ti —siguió diciendo—. Tus gemidos me vuelven definitivamente loco cada vez que los escucho, pero sin duda alguna tu sabor consigue nublarne el juicio hasta el punto de perder cualquier rastro de mi propia cordura.

En ese instante sentí que aquel deleite colosal abrumaba mis sentidos, recorriendo cada palmo de mi ser desde la punta de los pies hasta el último de mis cabellos y grité... grité de puro éxtasis ante aquel infinito orgasmo.

—Eso ha sido... —comencé a decir sin poder siquiera terminar la frase por la falta de aliento y me tumbé sobre la cama para tratar de recomponer mi respiración— absolutamente precioso —asegué cuando mi respiración comenzó a ser un poco más lenta.

—Es todo lo que provocas en mi... —contestó rodeando mi cintura y atrayéndome hacia él—. Me siento pleno cuando estoy contigo.

—Soy tan feliz —susurré con una sonrisa.

—Gracias —contestó observándome.

—¿Por qué? —contesté indecisa.

—Por dejarme formar parte de esa felicidad —concluyo antes de

abrazarme y así permanecimos hasta que finalmente me quedé dormida.

Aquella noche y las dos siguientes, simplemente nos quedamos en aquel apartamento sin salir aprovechando que era fin de semana. Alejandro ni siquiera fue a por algo de ropa a casa, sino que estuvo desnudo o en toalla todo el tiempo mientras pedíamos comida a domicilio aprovechándome de mis antojos y rebañando cada bote de helado que sacaba de la nevera.

—Creo que voy a engordar por lo menos veinte kilos como siga a este ritmo —dije en un ataque de ansiedad por el que me comí yo solita toda la tarrina de helado después de una pizza familiar. Me sentía como un pozo sin fondo.

—Tengas veinte, treinta o cuarenta kilos más, voy a quererte igual, aunque después te obligue a practicar deporte conmigo —aclaró y no pude evitar reírme de la situación.

—¿Me querrás igual cuando tenga la panza enorme? —ironicé.

—Puede que más —susurró cerca de mi oído—, porque serás doble —añadió riéndose a carcajadas.

—¡Serás...! —grité—. ¡Perverso! —añadí encontrando al fin la palabra.

—Solo espero que el vestido para la boda te quedara lo suficientemente grande para que te entre el día de la ceremonia.

¡Mi vestido! Pensé en ese momento y recordé que aún tenía que realizarme la última prueba; ¿Cómo se me había podido olvidar? Bueno... hasta hacía solo un par de días pensaba que ni habría boda, ni me casaba, ni nada de nada.

—Creo que ahora mismo la opción de fugarnos a las Vegas la veo muy viable —confesé sonriente.

—Vamos... —confesó colocando mis pies sobre sus piernas para darme un masaje—, solo son tres semanas y después te llevaré a los confines de la tierra.

¿Confines de la tierra? Eso sonaba demasiado bien.

—¿Vas a seguir sin decirme donde iremos de luna de miel? — pregunté dejándome caer sobre el sofá para degustar aquel masaje que era pura gloria en aquellos momentos.

—Te dije que sería una sorpresa en su día y lo sigo manteniendo —afirmó tan contundente que supe que sería una pérdida de tiempo tratar de persuadirle y en el fondo me gustaba la idea de no saberlo para disfrutar más aún del momento, aunque me muriera de curiosidad por dentro.

Acordamos que sería conveniente no dar la noticia del embarazo hasta volver de la luna de miel porque así habría cumplido los tres meses y sería un embarazo estable, al menos era lo que Nadia me había advertido. Pese a morirme del deseo de gritar a los cuatro vientos que estaba embarazada, sobre todo a mi madre porque sabía la ilusión que le haría ser abuela, tendría que morderme la lengua un poco más de tiempo para darle la buena noticia.

El lunes volví a pisar de nuevo mi despacho y debía reconocer que, por alguna razón, me estaba costando más trabajo mantenerme despierta sin tanta cafeína, de hecho, estaba que me dormía por las esquinas... lo sorprendente era que Alejandro se estaba encargando de ir a las reuniones y de hacer la mayor parte del trabajo incluso cuando volvíamos a casa porque yo me quedaba literalmente con los ojos cerrados.

—Me he vuelto a quedar dormida —admití en cuanto abrí los ojos y comprobé que estábamos en el sofá y que la pila de documentos

ahora estaba sobre su propio regazo.

—Tranquila, vete a la cama si estás incómoda. Yo termino con esto en unos minutos —contestó tranquilamente.

—¿Qué hora es? —gemí algo somnolienta.

—La... —contestó mirando el reloj de pulsera que yo le había regalado y el cuál no se había quitado desde que lo hice—, una y media —admitió.

Era tardísimo, apenas iba a dormir cinco horas y estábamos en semana de cierre.

—Esto no puede seguir así, no puedes seguir así —contesté tajante.

—¿A qué te refieres? —exclamó y por su tono supe que parecía preocupado.

—A que te sobrecargas entre tu trabajo y ahora el mío porque yo me voy durmiendo por las esquinas —contesté con pesar.

—No pasa nada, puedo con ello —admitió relajado y se acercó para darme un cálido beso en los labios.

—No —me negué—. Mañana mismo empiezas las entrevistas para el puesto de dirección —amenacé señalándole con un dedo.

—¿Quieres que me despida? —preguntó frunciendo el ceño.

—No —negué—. Simplemente te ascendo —sonreí.

Para mi sorpresa él hizo el mismo gesto.

—¿Y que cargo voy a ostentar señorita Komarova? —gimió divertido.

—El de co-presidente de empresas Komarov —contesté elocuente.

—¿Co-presidente?, ¿Eso existe? —exclamó frunciendo el ceño, pero con evidente gesto de diversión.

—Si no existe, lo patento yo misma —admití—, pero quiero que

antes de la boda tengas a alguien ocupando el puesto de dirección — insistí.

—¡A sus órdenes— !exclamó.— Mañana mismo me pongo a ello, señora presidenta —contestó acercándose a mi.

—Así me gusta co-presidente —admití—. Que obedezcas mis órdenes —añadí intentando parecer seria, pero no pude evitar reírme.

No veía la hora en que pasara aquella boda y al fin pudiera tener a Alejandro solo para mi, para mi propio deleite. Que se acabasen las reuniones, papeleos, firmas, viajes y un largo etcétera para quedarnos él y yo a solas en algún lugar muy lejos donde nadie nos molestase con preocupaciones de la empresa. Tenía tanas ganas de disfrutar varios días alejada del caos de todo aquello, que probablemente no estaba saboreando los momentos previos a la boda que se suponía que debía disfrutar, pero me daba igual... lo cierto es que yo ya era absolutamente feliz con la familia que estábamos formando y sabía que de ahora en adelante nada podría ir mal.

19. siempre juntos

Hacía siete días que había regresado a Moscú para ultimar detalles de la boda y los mismos siete días que llevaba sin ver a mi dios griego, aunque el motivo principal por el que me había venido una semana antes era que el precioso vestido que había elegido para mi boda no me entraba ni insistiendo, —por no decir que casi tuve que cortarlo para sacármelo— y eso que por suerte no se notaba demasiado el embarazo Pensé que tendrían que obrar un milagro para sacar de donde no existía, pero finalmente consiguieron adaptarlo unos centímetros y al menos podía respirar con tranquilidad. Fue toda una aventura lograr que mi madre no se enterase de lo ocurrido porque tenía todo bajo control con la modista.

Solo faltaba un día para la boda y el olor a orquídeas blancas llegaba hasta mi habitación y perfumaba toda la casa. El hall de entrada estaba lleno de esas flores que formaban parte de la decoración tanto en la iglesia como en el banquete y que permanecerían allí hasta el siguiente día que tendría lugar la ceremonia.

Admitir que estaba nerviosa era decir poco, de hecho, estaba aterrada porque estaba segura de que algo saldría mal y todo se iría a tomar viento fresco con la ceremonia, aunque tal vez todo se debiera a que aún no podía creerme que finalmente fuera a casarme al fin con

Alejandro a pesar de que apenas habían pasado seis meses desde que me lo propusiera y todo lo que habíamos tenido que afrontar hasta llegar a este momento había sido tan duro para ambos que quizá por eso sentía que algo saldría mal por alguna razón inexplicable.

Nadia vendría a pasar esa noche a casa, mi última noche de soltera para estar conmigo mientras me arreglaba al día siguiente, aún temía su reacción cuando le dijera que sería la pareja de Andrei, pero seguro que algún día me perdonaba.

Sin embargo, estaba disgustada porque no vería a Alejandro hasta el mismo momento en que entrara en la iglesia y eso me daba cierto terror, ¿Qué ocurriría si no estaba?, ¿Y si no llegaba? Lo de hacer ese rito a modo español no me terminaba de convencer, puesto que esa absurda teoría de Teresa en la que daba mala suerte ver al novio antes de la boda y que mi madre había secundado hacía parecer que formaban un complot en contra de mis nervios sin ningún tipo de piedad

En cuanto sonó el teléfono di un respingo... realmente todo estaba controlado y se suponía que solo debía descansar, pero eso era lo último que pensaba en aquel instante.

—¿Ya has llegado? —exclamé en cuanto vi que se trataba de Alejandro.

—Si, acabamos de aterrizar —confirmó y noté su voz algo agitada como si estuviera bajando escaleras o caminando con bastante prisa—. Quise avisarte ahora porque realmente no sé si luego tendré tiempo de hacerlo.

—¿No vas a venir a verme? —exclamé en un evidente tono de nostalgia.

—Quisiera, pero Teresa no me dejará ni un segundo a solas precisamente para que no se me ocurra escaparme, aunque no hay otra cosa que más desee en este momento que fugarme como un adolescente para ir a tu encuentro, preciosa —contestó y pude notar su tono de diversión al instante.

—Como dos amantes en mitad de la noche que acuden a un encuentro prohibido —suspiré melancólica.

—¡Queda terminantemente prohibido ver a la novia antes de la boda! —gritó Teresa y escuché el ahogo de un quejido que seguro provenía de la garganta de Alejandro.

—A sus órdenes sargento —contestó Alejandro haciendo que exclamase una carcajada imaginándome la situación—. A veces dudo que ella sea la hermana menor, ¿Tu también te vas a volver así de gruñona? —exclamó con diversión.

—¡Oh no! —grité—. Seré mucho peor —añadí comenzando a reírme por imaginarme su cara.

—En ese caso igual me planteo eso de acudir mañana a la iglesia...

—¡Más te vale estar allí esperándome Alejandro Álvarez! —grité medio enloquecida.

Al final va a tener razón y de verdad seré una gruñona, medité justo después.

—Irina, ¿Te encuentras bien? —preguntó algo aturdido y guardé silencio por un instante.

—Si —afirmé cuando en realidad quería decir que no, porque ni yo misma sabía qué me pasaba.

—Tengo que dejarte, vamos a pasar por el túnel de salida y no creo que tenga cobertura, hablamos luego —contestó antes de colgar

y me senté en la cama algo nostálgica.

Estaría esperándome en el altar cuando llegara, ¿verdad? Me pregunté mientras miraba el teléfono algo pensativa. Tal vez mis dudas solo se debieran a que llevaba una semana sin verle y poco antes pensé que todo habría acabado para siempre, pero mi dios griego estaba allí, había venido hasta Moscú y no podía dejarme plantada en el altar, no después de todo lo que nuestra relación había tenido que soportar y madurar hasta llegar a ese momento.

Nadia llegó media hora más tarde con todo lo necesario para arreglarse al día siguiente. Los vestidos de las damas de honor eran de color azul y a ella le sentaba especialmente bien aquel tono que resaltaba sus ojos. Sabía cuando lo elegí que estaría preciosa, quizá por eso me dejé influir por aquella gama cromática que además me recordaba a los ojos de Alejandro.

—Mañana es el gran día, ¿Nerviosa? —preguntó Nadia en cuanto cerró la puerta para que nadie nos escuchara.

—No —negué—. Solo tengo unas inmensas ganas de vomitar —afirmé mientras me tumbaba sobre la cama.

—¿Es por el embarazo? —exclamó—. Puedo darte algo si...

—No creo que sea por eso —concluí llevándome una mano a la cabeza—. En realidad, no es nada —dije restándole importancia—, seguro que se me pasa enseguida.

—Está bien, pero si te encuentras peor dímelo, que al menos sirva de algo ser médico y matarme a trabajar —respondió sonriente.

—Bueno... igual tus ganas de ayudarme se fugan por la ventana cuando te diga quien será tu acompañante —suspiré sabiendo que no podría retrasar más ese momento.

—¿Me has puesto a un adolescente que todavía tiene espinillas en

la cara? —exclamó estupefacta poniendo cara de asustada.

—No —negué—, pero igual hubiera sido mejor elección que Andrei.

—¿Tu primo? —gritó a pleno pulmón—. ¿En serio tenía que ser tu primo?

—Pues... si —dije sin saber cómo justificarme, porque en realidad las razones solo fueron en primer lugar fastidiar a Andrei, aunque en el fondo lo hacía porque me parecía que hacían tan buena pareja que al menos deseaba verles juntos el día de mi boda, quizá eso pudiera arreglar al fin sus diferencias y llevarse bien después de tantos años y de que los dos tendrían que verse y coincidir si iban a estar a mi lado, sobre todo cuando naciera mi bebé.

—Dame una buena razón para no ahogarte ahora mismo con la funda de la almohada —terció cruzándose de brazos.

—¿Porque tu sobrino no nacería— ?exclamé con una sonrisa cómplice.

—Por ahí te vas a librar —bufó—. ¿En serio tenía que ser él? Sabes que me cae peor que un grano en el culo.

—Yo diría que en el fondo te gusta —contesté sin pensarlo detenidamente, porque era lo que de verdad opinaba.

—¿Gustarme? Sabes que lo detesto —afirmó—. Él es todo lo opuesto a lo que busco en un hombre —aseguró.

—Si tu misma admitiste que solo podías tener relaciones esporádicas por tu trabajo y ni eso, ¿O te recuerdo quien me recomendó la página de contactos para encuentros de una sola noche? —exclamé.

—Una cosa es acostarse con un desconocido y otra con ese inepto de tu primo que siempre ha sido un ególatra ensimismado —insistió

no aceptando que, en el fondo, muy en el fondo hasta le gustaba Andrei, porque yo sabía que esa actitud de rechazo solo podía significar una cosa en Nadia. Mi primo le atraía.

—Está bien. Lo acepto, aunque por suerte para ti solo tendrás que soportarle unas cuantas horas —admití con pesar.

Esperaba que ese par no dieran el espectáculo durante la ceremonia, pero aún quedaba la peor reacción que sin duda sería la de Andrei, aunque igual me sorprendía por una vez en mi vida.

Nadia se perdió en el baño para darse una ducha puesto que había venido directamente del trabajo y no tardó más de una hora en quedarse profundamente dormida porque estaba agotadísima de trabajar horas extras para librar ese fin de semana. Al menos prefería que durmiera antes que escuchar su parlotearía de represalias en un futuro por la tortura a la que iba a someterla al obligarla ser la acompañante de Andrei.

»Tampoco era para tanto« pensé mientras no dejaba de dar vueltas en la cama. Dudé en si no habría sido mejor emparejarla con alguno de los amigos de Alejandro, aunque no se entendieran bien con el idioma, pero de todos modos iría en la misma mesa de banquete que Andrei y el resto de mis primos, por lo que daba lo mismo.

Escuché un pequeño golpe en la ventana y me sobresalté. Nadia seguía igual de dormida o más que antes así que miré a pesar de estar todo oscuro y sentí de nuevo otro golpecito suave. Cuando observé más atentamente vi la sombra en la ventana y grité.

—¡Ah! —exclamé sin poder evitarlo y en ese momento la pantalla del teléfono móvil se iluminó al mismo tiempo que una luz se proyectaba desde la sombra del individuo en la ventana dejándome

ver el rostro de Alejandro.

Miré hacia Nadia que ni mis gritos parecían haberla hecho inmutarse y corrí para abrir suavemente la puerta de la ventana que daba a la terraza.

—Te he llamado cientos de veces, pero no cogías el teléfono —susurró Alejandro nada más deslizar la ventana—. Estaba preocupado.

—Lo siento —susurré en el mismo tono—, Nadia estaba aquí y ni siquiera miré el móvil hasta ahora —dije mientras rodeaba con mis brazos su cintura y me apoyaba en su cuerpo.

—¿Estás bien? No me pude deshacer de Teresa hasta que estuvo finalmente dormida, de lo contrario habría venido antes.

—Ahora que estás aquí si estoy bien —musité oliendo ese aroma que tanto me gustaba—. Solo estaba... —dije guardando silencio porque ni yo misma sabía realmente como estaba—... creo que solo son nervios, o las hormonas, o no lo sé.

—Sea lo que sea pronto acabará, mañana disfrutaremos de nuestro día y después solo seremos tu y yo —aseguró.

—¿Solos tu y yo? —exclamé.

—Solos tu y yo hasta que nazca nuestro hijo —aclaró—. Solo entonces te compartiré, pero hasta que llegue ese momento eres solo para mi —sonrió de medio lado y al mismo tiempo fue inevitable sonreír del mismo modo.

—¿Me querrás cuando esté enorme y tenga carácter de sargento? —pregunté dando rienda suelta a mis pensamientos más horrendos.

—Irina, yo te querría de cada una de las formas posibles en las que se pueda amar a una mujer. —Su mano acarició mi mejilla y me colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Ocupas todo mi corazón y

eso no lo cambiará nada, ni nadie.

En aquel momento la opresión que sentía en mi pecho se liberó y supe que aquellos miedos infundados se desvanecían como una bruma pasajera.

—Entonces debes marcharte ahora —tercié de pronto colocándole las manos en el pecho.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Así vas a agradecerme que haya escalado hasta aquí solo para verte? —insistió con cierto pesar que reflejaba su voz porque la luna aún era creciente y apenas nos iluminaba el rostro.

—Se supone que da mala suerte ver a la novia antes de la boda —contesté lo más serio posible.

—Vamos... —susurró—. Llevo una semana sin tocarte... sin besarte... sin acariciarte... —jadeó acercándose a mis labios, pero sabía que en el momento que los rozara me perdería en ellos y la poca voluntad que ahora aunaba se iría al traste.

—Y podrás aguantar tan solo unas horas más, como yo —tercié ladeando el rostro para evitar que me besara.

—Catorce horas —gimió.

—¿Cómo? —exclamé.

—Catorce horas para que al fin seas mía de verdad —insistió tan cerca de mi oído que hasta la piel se me erizó por completo.

—Ya soy tuya Alejandro —contesté asumiendo que no me sentiría más unida a él de lo que ya lo estaba solo por firmar unos documentos.

—Si —afirmó—, pero mañana podré referirme a ti delante de todos como *mi* mujer.

Aquella palabra sonaba tan cercana y al mismo tiempo tan lejana

que no sabía exactamente como hacía que me sintiera, pero Alejandro tenía razón... en solo unas horas yo sería su mujer y él mi marido.

Finalmente, y a regañadientes, Alejandro se marchó, pero esta vez utilizó la puerta de entrada porque prefería no correr riesgos de que pudiera torcerse un tobillo o algo peor. Ni siquiera sabía como había sido capaz de escalar desde el jardín de la piscina hasta mi habitación sin caerse, menos aún, como había entrado en la propiedad, aunque algo me decía que sencillamente le habían dejado pasar porque sabían quien era. En el complejo había guardias y cámaras de seguridad repartidas por toda la casa precisamente para evitar que alguien entrara, así que probablemente incluso podría ver su magnífica escalada hasta mi habitación por aquellas cámaras.

»Seguro que ha sobornado a los guardias para que no digan nada« pensé riéndome mientras volví a la cama y observé de nuevo a Nadia abrazada a la almohada como una niña pequeña.

»Catorce horas« medité antes de cerrar los ojos¿. Qué eran catorce horas separados cuando nos esperaba el resto de nuestra vida juntos?

20. la boda

Estaba delante del espejo viendo la silueta que éste reflejaba y sin reconocer que realmente era yo la imagen que proyectaba. Con aquella pequeña diadema que pertenecía a la familia de mi padre como algo prestado, con los pendientes de zafiros que me había regalado mi madre como algo nuevo y azul al mismo tiempo supe que maldito o no, el día trece no iba a influir en mi felicidad. Ese sería el día más maravilloso de mi vida y que jamás olvidaría hasta la posterioridad. El trece de Mayo se convertiría en la fecha más valiosa de mi calendario hasta que naciera mi pequeño.

—Se que te lo he dicho unas cuantas veces, pero es que estás verdaderamente deslumbrante —volvió a decir mi madre e inevitablemente sonreí.

El vestido era un corpiño entallado hasta la cintura de encaje con escote en forma de corazón y pequeños destellos brillantes, para no ser demasiado insinuante una gasa envolvía la parte del cuello, mangas y escote con el mismo bordado otorgándole una elegancia única y que resultaba al mismo tiempo insinuante. A partir de la cintura arrancaba la falda voluminosa de tela de raso bordada que contrastaba con el encaje del corpiño y se alargaba casi dos metros de larga cola. Por suerte podía retirarse y quedarse a ras de suelo por si resultaba demasiado incómoda durante el banquete.

—Gracias mamá —tercié con los ojos brillantes.

No quería llorar, aunque probablemente fuera inevitable no

quería hacerlo para no estropear el maquillaje perfecto que me habían hecho y que Alejandro me viera tan bella como se suponía que debía estar.

—¿Dónde está mi pequeña? —exclamó en ese momento mi padre entrando por la puerta y justo cuando alcé el rostro le vi enmudecer.

—Creo que ya dejé de ser pequeña —contesté en un tono de voz algo risueño.

—Por mucho que crezcas, siempre serás mi pequeña Luciana, mi Irina —dijo acercándose hasta mi—. El orgullo de mi vida y lo mejor que supe hacer.

—¡Oh!, ¡No me hagas llorar! —exclamé mientras se me escapaba una pequeña lágrima de la emoción que sentía en aquel momento.

—Entonces mejor no te digo nada —añadió la voz risueña de Andrei que se asomó en ese momento por el marco de la puerta y no pude evitar sonreír.

—Al final has venido... —contesté observándole con aquel traje immaculado que le sentaba especialmente bien.

Mi primo era bastante guapo, lo suficiente para estar demasiado seguro de sí mismo, quizá ese era su mayor defecto de entre todos los que tenía. Si fuera menos ególatra tal vez hubiera encontrado a una mujer valiosa que le retener a su lado, probablemente algún día la encontraría y ésta sería capaz de bajarle esos humos que por su cuenta parecía no querer disminuir.

—Que remedio... —bufó—, la familia es la familia —añadió como si aquello fuera una molestia para él, pero en el fondo todos sabíamos que solo lo decía en broma.

—¡He encontrado el ramo! —gritó Nadia que había desaparecido hacía al menos media hora para buscar mi ramo de novia, algo que

no tenía ni idea de donde lo había dejado, como tantas otras cosas con los nervios previos de la boda.

Observé como Andrei miraba a Nadia en silencio mientras ella se acercaba a entregarme aquel precioso ramo de orquídeas blancas y rosas azules. Tuve que morderme el labio para no reírme sobre lo que sucedería a continuación.

— Andrei, te presento a tu acompañante — dije señalando a Nadia y vi como él agrandaba los ojos—. Por cierto, tienes que llevarla hasta el lugar de la ceremonia también.

— ¿Ella? — exclamó.

— Yo puedo ir en mi coche — terció Nadia contundente sin prestarle atención.

— Andrei estará encantado de llevarte Nadia, ¿Verdad primo? — pregunté directamente y vi que él la miraba de nuevo e incluso recorría con sus ojos la silueta de Nadia.

— Claro — afirmó con una vaga sonrisa—, ¿Qué podría pasar? — insistió mirando fijamente a Nadia, pero nadie añadió nada porque en ese momento llegó el fotógrafo para hacernos el reportaje.

Cuando me monté en un vehículo clásico conducido por el chofer de toda la vida de mi padre junto a mis padres, fui consciente de que a partir de ese día yo formaría mi propia familia tal como ellos lo habían hecho, que a pesar de saber que siempre estarían allí para apoyarme y ayudarme, emprendía un nuevo camino de la mano de Alejandro... un camino que ansiaba descubrir día tras día por muy plagado de espinas que tuviera que ser, pero sabía que todo merecía la pena estando a su lado.

No habíamos realizado ensayos de ningún tipo, sobre todo porque era meramente imposible reunir a todas mis damas de honor

con sus parejas en aquel lugar siendo de diferentes países y ciudades, así que esperaba que, a pesar de todo, saliera bien, tampoco debía ser tan difícil, ¿no?

En cuanto divisé el camino de entrada hacia la abadía, sentí el mariposeo en mi estómago crecer. Las flores por todo el jardín eran absolutamente preciosas y el vehículo en el que viajábamos se detuvo justo delante de aquella alfombra roja llena de pétalos blancos. Podía ver a las hijas pequeñas de mis primos con sus vestiditos blancos que parecían pequeñas princesitas esperando a que llegara y la emoción me pudo al contemplarlas, ¿Sería una niña lo que estaría esperando,? ¿O tal vez un niño? En solo unas semanas podría saberlo si quisiera, aunque si era sincera no me importaba... lo querría incondicionalmente fuese del sexo que fuese.

—Es la hora —terció mi madre sonriente mientras me ayudaba a bajar del vehículo más que nada por la voluminosa falda del vestido de novia que ella tan minuciosamente abullonaba para que quedase realmente bonita.

Ciertamente había llegado el momento que tanto había ansiado y en cuanto entré en la iglesia agarrada del brazo de mi padre, no tuve ojos para ver aquel pasillo perfectamente decorado con aquellas orquídeas blancas, ni tampoco lo espléndidas que quedaban mis damas de honor con ese azul zafiro alrededor del altar con sus respectivas parejas al otro lado, yo solo tenía ojos para mi dios griego que me observaba llegar fijamente con los brazos unidos por delante, como si de ese modo tratara de calmarse.

Estaba absolutamente imponente con aquel traje azul marino que resaltaba el brillo de su mirada. Simplemente no tenía palabras para describirlo a pesar de haberle visto en tantas ocasiones vestido con

trajes a medida que le sentaban impecablemente bien, tenía que admitir que ya fuera por mis sentimientos, por el momento o por todo en general... no podía ver más allá de su figura esperándome en aquel altar.

Sonreí instantáneamente por haber dudado siquiera que él no estaría y a la mente vinieron imágenes de nuestro primer encuentro en aquel ascensor donde ni tan siquiera mencionó su nombre o en aquel hotel en el que me citó por primera vez donde debí intuir que jamás podría deshacerme de la esencia de ese hombre, de su masculinidad o de su aura poderosa que me embriaga por completo. Había pasado tanto tiempo y tantas cosas desde entonces que sentía como hoy le dábamos punto final a esa historia, aunque solo fuera realmente para escribir nuestro principio.

Me agarré fuertemente al brazo de mi padre porque mis piernas temblaron en cuanto vi aquella sonrisa en su rostro. Nunca me había considerado afortunada a pesar de haber nacido en una familia pudiente, quizá porque se esperaba más de mí que de cualquier otra niña en otra circunstancia y siempre había sentido la presión de mi apellido sobre mis hombros. Quizá había podido elegir otro camino, ser quien yo quisiera, pero en el fondo sabía lo que se esperaba de mí y nunca había tenido otras pretensiones que no fueran las de estar a la altura del apellido de mi padre. En aquel momento me sentía verdaderamente afortunada porque gracias a ese apellido, gracias a ese imperio yo había conocido al hombre de mis sueños y al único capaz de hacerme feliz el resto de mi vida.

—Ella es mi tesoro más preciado, espero que la cuides tanto como se merece Alejandro —susurró mi padre en cuanto llegamos a la pequeña escalinata de seis peldaños que había frente al altar y que

Alejandro había bajado para salir a mi encuentro sin dejar de mirarme.

—Será un honor para mi cuidarla y protegerla con mi vida si es necesario, Luciano —contestó con una voz tan firme que nadie podría dudar de su palabra.

Aunque sonara a novela histórica y era demasiado cursi por no decir que incluso arrogante, lo cierto es que mi corazón se encogió al escucharle decir aquello directamente a mi padre, que se retiró a un lado y se sentó junto a mi madre para dejarnos solos frente al altar.

Alejandro entrelazó mis dedos con los suyos fuertemente y subimos juntos aquellos peldaños que nos separaban del párroco que parecía esperarnos pacientemente y observó como nos arrodillamos frente a aquellos banquitos con detalles de oro cuyos cojines estaban forrados en terciopelo rojo.

Observé a Nadia acercarse pausadamente y le entregué el ramo de flores que llevaba, vi que ella permanecía de pie a unos metros de distancia a la misma altura a la que me encontraba hacia mi izquierda y sin embargo hacia mi derecha estaba Andrei. A partir de ellos y hacia abajo estaban el resto de mis damas de honor y acompañantes respectivamente.

—Debo reconocer que estás absolutamente preciosa —susurró Alejandro a mi oído.

—¿Solo ahora? —exclamé con cierta aprensión y tono de diversión.

—Siempre —afirmó—, pero hoy tienes un brillo especial en tu mirada —añadió llevándose la mano que aún tenía entrelazada a sus labios para depositar un suave beso en el dorso—. Soy un hombre afortunado.

—No —negué—. Yo soy la afortunada por haberte encontrado — admití justo antes de que aquél párroco comenzara a officiar la misa.

Podría decir que dudé un instante cuando me preguntaron si aceptaba como legítimo esposo a Alejandro Álvarez para el resto de mi vida, pero en realidad no fue así, solo estaba perdida en aquel mar de ojos azules que me observaban hasta el punto de que incluso perdí la noción del tiempo, pero lo tenía tan claro que era imposible dudar al respecto.

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo les declaro marido y mujer —escuché al fin las palabras que tanto ansiaba oír.

Alejandro ni siquiera esperó a que dijera que podía besarme porque literalmente se lanzó sobre mis labios, aunque lo hiciera de forma suave y delicada.

—Mi esposa —gimió ante los aplausos y algunos vítores que se escuchaban de fondo—. Por fin mi esposa —insistió mientras sonreía y notaba como sus ojos brillaban.

Tras firmar los oportunos papeles de registro y recibir las miles de felicitaciones por los familiares más cercanos y amigos de forma apresurada, nos perdimos —afortunadamente para nosotros— durante unos minutos con el pretexto de hacernos algunas fotos. En cuanto doblamos la esquina para dirigirnos hacia los jardines, Alejandro rodeó mi cintura atrayéndome hacia él y pude sentir sus labios apoderándose de los míos con fervor, notando la desesperación en sus labios e inevitablemente respondí de la misma forma como si mi vida dependiera de ello.

—Tenía tantas ganas de besarte de ese modo —susurró tratando de controlarse—. No veo el momento de tenerte por fin a solas para mi.

—Yo también desearía perderme en este momento y desaparecer contigo —susurré porque era cierto, más aún teniendo en cuenta que llevábamos una semana sin vernos a excepción de la pasada noche en la que apenas habíamos tenido tiempo.

Vi como iba a inclinarse de nuevo para volver a besarme y escuché el sonido del «click» de la cámara capturando la imagen. Supe que se había terminado nuestro momento, aunque también supe que con toda probabilidad desearía enmarcar aquella imagen en tamaño extragrande que debía capturar nuestro deseo.

En cuanto entramos al salón donde tenía lugar el banquete después de realizarnos varias fotos por los jardines junto al fotógrafo, Teresa se acercó hasta mi y a pesar de su más que abultado vientre me abrazó fuertemente mientras yo respondía a su efusividad.

—Creo que nunca podré agradecerte lo suficiente por hacer todo lo que has hecho con él —susurró sin despegarse.

—En realidad no hice nada Teresa. Todo lo hizo él —admití porque realmente había sido así. Nunca condicioné a Alejandro, quizás pude presionarle en algunos momentos, pero jamás le obligué a nada.

—Supiste entenderle cuando nadie más lo hacía, estuviste a su lado cuando quizá otra persona no lo haría y supiste perdonar sus meteduras de pata a pesar de que las circunstancias fuesen o no justificadas —aseguró separándose lentamente.

—Solo soy una mujer enamorada —tercié con los ojos vidriosos empañados en lágrimas. Quizá amarle había sido un punto fundamental para comprender y aceptar los miedos de Alejandro hasta el punto de llegar a perdonar sus actos por ello. Llegué a ver el

dolor que él padecía por culpa de esos miedos y también supe apreciar su verdadero arrepentimiento. Si. Definitivamente el amor que sentía hacia él había sido la verdadera razón que me había llevado a perdonar cada una de esas meteduras de pata que había cometido consciente o inconscientemente.

—A la que por fin puedo llamar hermana, aunque te considerase así mucho antes. —La sonrisa de Teresa me contagió y a pesar de que mi amiga y hermana del alma siempre sería Nadia, sabía que en ella podría encontrar no solo una confidente, sino también una hermana que me apoyaría incondicionalmente como lo había hecho hasta ahora.

—Alejandro tiene suerte de tener una hermana como tú —admití.

—Siempre estaré en deuda con él, yo no sería quien soy hoy día si no fuera por todo a lo que fue capaz de renunciar por mi —aseguró con ciertas lágrimas en sus ojos.

—Lo sé —afirmé rozándole el brazo con las manos para apaciguarla mientras trataba de secarse las lágrimas que amenazaban con salir. Sabía que Alejandro era un hombre afable, bueno y a pesar de que él mismo no lo creyese porque no confiaba en él; sería el padre más maravilloso del mundo porque su gentileza era inmensa. Solo me bastaba saber todo lo que había hecho por su hermana en el pasado, para estar segura de que así era.

—Últimamente estoy demasiado llorona —dijo riéndose con desgana—. Supongo que es normal en mi estado o que siempre quiero echarle la culpa a eso porque aún trato de asimilar que al fin todo cuánto había deseado se ha hecho realidad.

La miré algo extrañada y fruncí el ceño, aunque imaginé que se refería al hecho de ser madre.

—Serás una madre estupenda, ya quisiera yo ser igual de lo que tú lo serás muy pronto —admití teniendo en cuenta que no tenía ni la más mínima idea sobre bebés.

—No me refiero a eso, aunque sin duda siempre deseé ser madre para poder darle a mis hijos todo lo que mi propia madre nunca nos dio a nosotros —afirmó—. Siempre deseé desde el fondo de mi corazón que Alejandro encontrara la felicidad, que algún día alguien se cruzara en su camino y él pudiera sonreír de forma sincera, que pudiera amar de verdad.

Mi pulso se aceleró en ese momento y mi corazón se encogió de pesar, porque después de todo, yo conocí al verdadero Alejandro, al que era antes de que entrara en su vida. A ese dios griego autoritario, egocéntrico y oscuro, porque en su vida solo había eso; oscuridad y amargura.

—Yo... —susurré sin saber exactamente qué decir al respecto.

—Tu fuiste su soplo de aire fresco Irina, la mujer que él necesitaba para darse cuenta del pozo sin fondo en el que se estaba sumergiendo desde hacía años y recé tanto para que llegaras a su vida, para que te cruzaras en su camino aún sin saber quien serías, que por fin siento que puedo respirar tranquila.

Realmente podía entenderla, porque deseaba lo mejor para su hermano y a pesar de ello, se había posicionado de mi lado en los peores momentos, como cuando le dije que estaba embarazada y que Alejandro no deseaba a aquel bebe. Ella había estado ahí a pesar de todo, e incluso puede que le hiciera entrar en razón de alguna forma que yo aún desconocía... sin duda deseaba a Teresa en mi vida, cerca de nosotros... de mi familia. Ella había sido un punto clave de nuestra relación y había sabido estar en los momentos más críticos

que de alguna forma nos habían reconducido hasta ahora.

—Pecosa, ¿A mi no me vas a felicitar? —exclamó de pronto Alejandro provocando que nuestra conversación finalizara, aunque ambas sabíamos que tendríamos mucho de lo que hablar aún, pero quizá en otro momento.

—¡Calla y abrázame grandullón! —gritó alzándole los brazos y observé como Alejandro se encorvaba para adaptarse a ese vientre abultado.

—Gracias —escuché que susurró cerca de ella, pero Teresa no contestó, sino que se limitó a acariciarle la espalda y vi como sus lágrimas se derramaban de los ojos.

Quizá preguntara algún día que era lo que agradecía Alejandro, tal vez lo hiciera, pero ahora no era el momento exacto.

El banquete pasó sumamente rápido para mi, de hecho, apenas me di cuenta de que había terminado y los amigos de Alejandro alzaban la tarta nupcial para que Alejandro me subiera entre sus brazos y tratara de alcanzar las figuritas que lucían sobre la tarta. Fue bastante divertido, porque al ver que llegaba con facilidad la colocaron aún más alta para que no pudiera llegar tan fácilmente, así que me deshice de la falda larga y mi dios griego me sonrió con complicidad de forma que me cogió de los tobillos y llegué sin problema alguno hasta el primer piso, alcanzando así mi premio ante la expectación de sus amigos.

Tras un breve inciso inició la música y comenzamos a bailar un vals nosotros solos teniendo a disposición toda la pista de baile. Aquel sin duda fue nuestro momento a pesar de que todos nos estuvieran observando, porque para mi no importaba nada más, sabía que en unos instantes podríamos marcharnos para estar al fin,

solos de verdad.

—¿Me vas a decir ya donde iremos de luna de miel? —pregunté sin dejar de mirarle.

—Por supuesto que no —contestó aferrando aún más sus manos a mi cintura.

—¿Por qué? —pregunté completamente intrigada.

—Porque deseo ver tu reacción cuando llegemos —aseguró y aquello me dejó aún más consternada sobre cuál sería el destino elegido para pasar nuestra luna de miel.

No tenía un lugar especial al que quisiera ir que yo recordara, es más, nunca me había preguntado cuál sería mi viaje soñado o algún sitio al que tuviera especial cariño o devoción que visitar, así que no tenía la menor idea de donde iríamos, aunque tenía especial interés en que fuera un lugar tranquilo y a ser posible paradisíaco porque deseaba alejarle de todo aquel estrés del trabajo ya que a mi pesar aún no había encontrado candidato para sustituir el puesto de dirección de la sede y su carga de trabajo era especialmente abrumadora.

—Dime al menos si me gustará —dije tratando de averiguar algo más.

—Creo que te encantará —aseguró antes de inclinarse para besar mis labios e intuí que no solo me encantaría, sino que jamás olvidaría el lugar.

21. isla irina

Una hora más tarde nos despedimos de todos los invitados, aunque me fue imposible encontrar a Nadia por ninguna parte y lo cierto es que tampoco encontré a Andrei para advertirle que la llevase a casa aunque consiguiera encandilar a alguna de las invitadas para pasar la noche, supuse que igual ambos habían encontrado con quien terminar el resto de la velada y por eso no habían desaparecido del salón de baile. Prometí avisar a mi madre en cuanto llegara a nuestro destino, a pesar de no tener ni remota idea de cuánto tardaríamos en llegar.

—Un minuto más con estos zapatos y creo que moriré —dije caminando hacia la suite nupcial del hotel.

—Eso tiene fácil solución —terció Alejandro mientras me alzaba entre sus brazos y sonreí abrazándome a su cuello para evitar caerme.

Cuando entramos en la suite nupcial todo estaba lleno de pétalos de flores por el suelo y por la cama, incluso había una botella de champan junto a dos copas para celebrar nuestro enlace. Alejandro me dejó sobre la cama y se agachó lentamente para deshacerse de aquellos zapatos que tanto me molestaban, no podía dejar de observarle atentamente.

—Enseguida vuelvo —afirmó antes de desaparecer a lo que supuse sería el baño y me tumbé sobre la cama de aquella

habitación.

Maldito o no el número trece, lo cierto es que solo significaba una superstición absurda porque nada podría haber salido mejor. Me deshice de la falda larga que había vuelto a colocarme para el baile y que posteriormente no me volví a quitar y justo cuando intentaba desabotonar el vestido sentí unos dedos atrapando los míos.

—Déjame a mi hacerlo —jadeó la voz de mi dios griego muy cerca de mi oído y simplemente dejé caer mis brazos deleitándome con su tacto.

Poco a poco fue deshaciéndose de cada una de mis prendas hasta dejarme en ropa interior luciendo aquel conjunto de encaje blanco de dos piezas que podría llegar a parecer uno puesto que la parte superior era un corpiño que se ceñía a mi cintura sin apretarla.

—¿Eso es agua? —pregunté al darme cuenta del sonido que se escuchaba.

—Si —afirmó sonriente y volvió a cogerme entre sus brazos para dirigirse conmigo hacia el baño en el que momentos antes se había perdido.

El olor que emanaba de aquel lugar era espectacular y todo estaba iluminado tenuemente por multitud de velas. Alejandro me dejó sobre el borde de la bañera que se estaba llenando y que ya tenía una gran capa de espuma, así que me deshice del corpiño superior y me hundí en el agua exclamando un sollozo por lo agradable que era.

—¿No vas a entrar? —pregunté observando que se había quedado ahí de pie mirándome detenidamente.

—Si —afirmó—. Aunque primero quiero deleitarme, guardar esta imagen en mi memoria para siempre.

—¿Qué tiene de especial? —pregunté incoherente porque no era

la primera vez que nos bañábamos juntos, de hecho, había perdido la cuenta de las ocasiones en las que lo habíamos hecho.

—Que es nuestra noche de bodas —afirmó—. Y que eres mi esposa.

Sabía que para Alejandro era importante esa afirmación, aunque no le quería más ahora de lo que le había querido momentos antes, ni deseaba con más fervor estar a su lado de lo que lo había estado hacía una semana, pero entendía que su posesividad innata por ese miedo a perder lo que realmente quería le llevaba a tener esa clase de contestaciones.

—No voy a marcharme, Alejandro —afirmé como si sintiera que era necesario confirmarlo—. Siempre voy a permanecer a tu lado.

—Lo sé —contestó acercándose mientras se sentaba sobre el borde de la bañera y tocaba el agua. En ese momento cerró el grifo y el silencio nos abrumó—, pero eres tan perfecta que a veces creo que no he podido tener tanta suerte al encontrarte.

—En realidad te encontré yo a ti —confirmé sentándome de rodillas y rozándole con las manos la camisa, mojándole de esa forma la prenda, aunque no pareció importarle.

—Cierto —susurró acercándose a mis labios—, pero desde que supe quien eras te volviste casi una obsesión para mí que no podía sacar de mi mente convirtiéndote en mi joya más preciada, en mi perla rusa.

—¿Tu perla rusa? —exclamé abriendo los ojos sorprendidamente.

—Tan brillante, reluciente y única como ninguna —contestó provocando que mi corazón se acelerase a un ritmo imparable.

Rocé sus labios suavemente mientras comenzaba a desprender los botones de la prenda y poco a poco noté como él respondía a ese

beso conforme sus manos viajaban por mi piel perdiéndose bajo el agua.

En cuanto conseguí deshacerme de su cinturón y bajar sus pantalones, me apresuré a deslizar una mano sobre su bóxer para apresar aquel miembro más que erecto y preparado para saciarme. Noté el quejido en sus labios mientras aún devoraba su boca con premeditación y me separé de un movimiento para hundir mi boca en la polla de Alejandro mientras él jadeó de placer ante aquel hecho. Subía y baja con movimientos acompasados de la mano que masajeaba al mismo ritmo y sentí sus dedos acariciando la piel de mi espalda hasta rozar uno de mis pezones.

—Ven aquí preciosa —gimió apartándose ligeramente para hundirse en el agua y acercarse hasta mi de forma que me incliné hacia atrás y apresó mi boca de nuevo mientras me alzaba con tanta facilidad por las nalgas abriéndome para él de tal forma que nada nos separaba salvo los segundos previos al momento en que sabía que me llenaría de nuevo por completo.

Mordí el labio de mi dios griego mientras se hundía poco a poco abriéndose paso entre los pliegues de mi piel y sentía que me consumía lentamente por aquel momento infinito de placer carnal. Había sido una semana demasiado larga teniendo en cuenta que mis hormonas estaban por las nubes y que estaba tan necesitada de su tacto como de nicotina para un adicto al tabaco.

Sus movimientos eran tan suaves que me deleitaba con cada una de sus embestidas, era tan sumamente delicado que su roce me embriagaba hasta el punto de no necesitar que fuera más brusco, rudo o tosco como si lo había necesitado otras veces.

Estaba viviendo el lado más romántico y dulce de ese hombre con

el que acababa de casarme, sintiendo cada beso que me daba en el cuello mientras volvía a hundirse de nuevo hasta hacerme alcanzar el límite de mi misma, hasta que realmente me aferré a él porque sentía que desvanecería y me dejé arrastrar por la oleada de placer que sencillamente arrasaba con todo mi ser.

—Descansa —susurró mientras me metía completamente desnuda en la cama después de secarme suavemente mientras prácticamente me había dormido entre sus brazos debido al cansancio que tenía acumulado y también que era una marmota andante desde que comprobé que estaba embarazada y había dejado de tomar cafeína, teína y todo lo que me hacía mantenerme despierta indirectamente por miedo a ser perjudicial para mi bebé.

En cuanto abrí los ojos aquella mañana lo primero que noté fueron unas manos calientes sobre mi vientre, como si de algún modo parecieran protegerlo del peligro y pronto sentí el mismo calor en mi espalda que no podía ser sino el pecho de Alejandro en permanente contacto con mi cuerpo. Me moví lentamente y sentí el roce de su nariz en mi cuello aspirando el aroma e inmediatamente después sus labios en ese punto estableciendo contacto.

—Buenos días —susurré con voz ronca y algo adormilada.

—Buenos días, esposa —contestó con cierto aire de satisfacción mientras contemplaba la dulzura de aquel rostro adormilado cuyos ojos azules brillaban especialmente haciendo que mi respiración se cortara paulatinamente ante tanta belleza innata albergada en el mismo cuerpo.

—¿Sabes una cosa— ?exclamé en un arranque de sinceridad.— Siempre creí que debieron esculpirte los dioses griegos, porque verdaderamente tanta belleza junta no puede ser normal. —Solté lo

que tantas veces había pensado y nunca me atreví a decir por no engrandecer su ego, aunque ahora que era mi marido, aquello era lo que menos me importaba.

La respuesta de Alejandro fue una sonora carcajada que acompañó de muchas más, como si lo que hubiera dicho en aquel momento fuera la cosa más divertida que jamás había escuchado. Pensé que estaba riendo de mí así que cogí la almohada y se la tiré a la cara provocando que se riera con más fuerza aún, por lo que me levanté abandonando la cama y dándole la espalda, pero no llegué demasiado lejos antes de que él me alzara literalmente en el aire y me llevara de nuevo a la cama.

—¡Déjame! —exclamé—. Encima que soy sincera te ríes de mí —bufé tratando de no mirarle.

—Mírame —dijo con voz suave y en ese momento rodé los ojos para verle de frente mientras él me tenía presa bajo su cuerpo—. No pretendía reírme de ti, pero me hizo gracia saber que esa es la razón de que en ocasiones me llames tu dios griego —añadió sonriente—, siempre quise saber porqué lo hacías, pero no me atrevía a preguntarte porque pensaba que la razón se debía a ser alguien frío y distante como lo fui contigo al principio.

—¿Frío y distante? —exclamé confusa—. Eso es lo último en lo que pensaba cuando te bauticé con ese apodo y eso que ni sabía como eras...

—Ahora me he dado cuenta, pero solo me reía de mi propia creencia que así era, no de que signifique eso para ti, porque realmente es lo más bonito que jamás me han dicho.

—¿Nunca te han dicho que eras guapo? Porque como me digas que no, sabré que mientes...

—Si —admitió—. En muchas ocasiones, pero compararme con un dios, jamás.

—En realidad estuve tentada a confesarlo demasiadas veces, pero no lo hice porque creía que solo engrandecería tu vanidad —admití mordiéndome el labio.

—Me habría encantado oírte, pero igual me ha gustado más que lo dijese ahora, porque cuando tu dios griego te lleve al Olimpo, sabrá exactamente lo que significa para ti —jadeó mordiéndome el labio y grité extasiada.

—¡Llévame ahora! —grité—. ¡Quiero ir ahora! —jadeé.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa —confirmó antes de cumplir con su palabra.

Primero fue una limusina que nos llevó al aeropuerto como inicio de nuestro viaje de luna de miel, después dos aviones privados en los que no supe en ningún momento el destino de cada viaje y finalmente montamos en un helicóptero y debía reconocer que todo aquello me tenía aún más entusiasmada sobre cuál sería el destino final de todo aquel largo recorrido que ya duraba casi seis horas entre idas y venidas.

—¿Tendremos que coger otro avión más? —pregunté algo aturdida por el ruido que hacía aquel aparato. Nunca me habían gustado los helicópteros, de hecho, puede que sea algo genético porque mi padre prefería moverse en coche antes que utilizar aquel medio por la ciudad a pesar de que podría ahorrar tiempo si lo hacía.

—No —negó drásticamente—. —Ves la pequeña isla que hay a tu derecha— ?preguntó y por inercia miré instantáneamente.

—Si —contesté mientras veía aquella pequeña isla paradisiaca con una enorme casa rodeada de árboles y palmeras, desde allí se

podía apreciar una gran piscina.

—Ese es nuestro destino —afirmó sonriente.

—¿Vamos a estar solos en una isla? —exclamé, puesto que di por sentado que así sería cuando solo había una casa.

—Casi —confirmó—. Salvo el personal de seguridad de la isla y los empleados que vendrán cada día.

—Eso suena interesante, espero que tampoco haya cobertura —sonreí—. ¿Cómo se llama? —pregunté volviendo a mirarla.

—Irina —respondió y entonces le miré.

—¿Sí? —pregunté ante su silencio.

—Así se llama la isla, Irina —insistió y entonces le miré sorprendida—. Es nuestra.

—¿Qué? —grité—. ¿Cómo que es nuestra? —volví a gritar porque no sabía si estaba más sorprendida de que se llamase como yo o que fuera nuestra.

—Tu padre quería que fuera una sorpresa, pero este es su regalo de bodas para nosotros.

—¿Una isla? —exclamé—. ¿Nos ha regalado una isla?

—Nos ha regalado a Irina —contestó sonriente.

—Voy a matarle cuando le vea —jadeé mientras veía como el helicóptero iba aterrizar en su propia plataforma.

—Cuando vio que estaba a la venta y llevaba tu nombre, no se lo pensó dos veces y me llamó para saber si me parecía una buena idea ya que sería para los dos.

—Que locura... —susurré en cuanto pudimos bajarnos del helicóptero y contemplé todo mi alrededor. Se podía apreciar varias islas más lejanas y mucho más cerca la que acabábamos de dejar para venir hacia ésta. Sin duda aquello era un paraíso al alcance de muy

pocos.

—¡Vamos! —gritó Alejandro—. Hay muchas cosas por descubrir.

Ni el cansancio del viaje me hizo detenerme para recorrer cada estancia de aquella enorme casa de dieciséis habitaciones, quince baños, cuatro salas de estar, dos salones amplios, una cocina gigantesca y terrazas por doquier. No podía creerme que semejante preciosidad llevase mi nombre, pero lo cierto es que aquel paraíso reinante de paz y tranquilidad tenía todo cuanto deseaba para que Alejandro y yo pasáramos allí nuestra luna de miel sin que nadie nos interrumpiera, ni tan siquiera el servicio, puesto que era la discreción absoluta y en ocasiones ni nos dábamos cuenta de que habían venido. La nevera siempre estaba llena, las fuentes llenas de fruta y comida preparada para que ni siquiera tuviéramos que molestarnos en cocinar. Lo cierto es que allí todo estaba buenísimo o yo tenía un apetito mucho más avanzado de lo normal, ya que no podía dejar de comer a todas horas, de hecho, juraría que quince días después de estar allí mi tripa ya era más que considerable.

—Ni tan siquiera voy a necesitar decírselo para que se den cuenta de que serán abuelos —dije mientras regresábamos a Moscú, puesto que decidimos finalmente privarnos de los últimos días para darles la noticia a mis padres antes de volver a Madrid. Prefería decírselo en persona a realizar una fría llamada de teléfono en la que les daría la noticia más importante de mi vida.

—No seas exagerada preciosa, tu vientre crece a un ritmo normal, solo se nota porque antes tenías un vientre completamente liso, pero lo cierto es que es una curva infinitamente hermosa.

Alejandro se había pasado aquellos quince días acariciándome el vientre a la mínima oportunidad, incluso podía descubrir como a

veces se quedaba eclipsado mientras me untaba la crema en esa zona hasta que llegaba él para terminar de expandirla suavemente con sumo cuidado, incluso se había atrevido a decir que deseaba que fuera una niña, es más, había comenzado a llamarla su pequeño zafiro porque daba por hecho que tendría los ojos de color azul.

—¿Estás diciendo que te gusta mi barriga? —exclamé en un tono jocoso.

—No me gusta —afirmó—, me encanta —dijo dejando la revista que estaba ojeando hasta ahora en uno de los asientos vacíos del jet privado.

—No puedo creer que estés tan tranquilo cuando le vamos a decir a mis padres que van a ser abuelos —comenté dejándome caer sobre él en el asiento para acomodarme.

Realmente no sabía porqué tenía tanta incertidumbre cuando suponía que la noticia les agradaría, es más, probablemente se entusiasmaran mucho más de lo que esperaba que hicieran.

—¿Que te ocurre? Porque dudo que sea simplemente decirle a tus padres que estás embarazada puesto que sabes que estarán encantados de serlo. Tu madre misma mencionó que estaba deseando ser abuela en cuanto les dijimos que nos casaríamos.

—Es que... —comencé a decir—. Sé que van a alegrarse, aunque quizá no lo esperasen tan pronto, pero al mismo tiempo siento que me alejaré de ellos aún más por irme lejos y me entristece, porque sé que cuando nazca el bebé no viajaré tan a menudo para venir a verles como quisiera.

—Pensé que deseabas establecer nuestra residencia en Madrid, nunca mencionaste nada al respecto —contestó frunciendo el ceño.

—Y quiero —aclaré ese punto—. Creo que la calidad de vida es

mucho mejor y estaremos mejor posicionados respecto a la expansión del consorcio para viajar a toda Europa y sobre todo a Estados Unidos ahora que comenzaremos allí también, pero eso no significa que añore a mi familia.

—Podremos ir a visitarles todas las veces que quieras Irina — insistió haciendo que le mirase a los ojos—. Sabes que nunca me opondría.

—Lo sé... supongo que al final me terminaré acostumbrando y este sentimiento de nostalgia solo sea producto de las hormonas y el cansancio.

Y probablemente lo fuera, porque nunca me había dado por pensar en ello hasta ese momento y ni tan siquiera recordaba haber echado de menos a mis padres, estando en España, pero tal vez, la razón de que dentro de seis meses fuese madre, me hacía pensar más en estar cerca de la familia.

El hecho de que apareciéramos sin avisar preocupó inicialmente a mi madre, que, en lugar de alegrarse de vernos, empezó a gritar histérica pensando que nos había ocurrido algo. Probablemente mi cara de no descansar lo suficiente en las últimas horas no ayudaba, sobre todo porque mis náuseas matutinas aún no me habían abandonado, pero esa misma noche después de haber descansado un par de horas, Alejandro y yo les dimos la noticia y aunque la reacción de mi madre fue de efusividad puesto que más o menos ya lo presentía, lo que nunca pensé es que mi padre arrancara a llorar.

Jamás en todos mis años de vida le había visto derramar una sola lágrima, ni aunque fuese de dolor o frío. Nunca. Así que al verle mi cuerpo se congeló.

—Papá, ¿Estás bien? —pregunté acongojada ante el silencio de

Alejandro y de mi madre.

—Un nieto... —sollozó—. Tendré un nieto.

—Si —afirmé sonriente con menos preocupación—. ¿Estás contento?

—¿Contento? —exclamó—. ¡Es la mayor alegría que podías darme Luciana!

Para mi propia consternación mi madre anunció que con mi padre o sin él, ella se mudaba a Madrid para estar cerca durante todo el embarazo y no perderse el nacimiento de su primer nieto, algo que sorpresivamente mi padre constató dándole permiso para buscar una casa relativamente cerca de la nuestra.

Mi felicidad fue plena cuando una semana después de haber vuelto de Moscú recibí una llamada inesperada de Nadia diciéndome que había aceptado un traslado al hospital Universitario de Madrid para especializarse en cirugía cardíaca porque se lo habían ofrecido como una oportunidad única para aprender de grandes especialistas que habían sido galardonados en la materia y dos días después Andrei llamó personalmente a Alejandro para decir que no buscara a nadie más para el puesto de dirección porque él mismo aceptaba venirse a España.

—¿Qué está pasando?—exclamé en cuanto Alejandro mencionó que mi primo sería el nuevo director de la empresa, algo completamente extraño teniendo en cuenta que Andrei nunca se había interesado en ser el director de ninguna de las sucursales Komarov, ni tan siquiera la de Moscú, ya que lo consideraba un rango inferior al de su posición en el consorcio.

—¿Tal vez haya sido tu padre quien se lo haya sugerido?—exclamó dejando caer la pregunta en el aire para darle algún

sentido lógico a aquel hecho, pero habían pasado casi tres semanas desde que el puesto se quedara libre ocupándolo provisionalmente un socio de la empresa mientras nosotros estábamos fuera y Alejandro hacía entrevistas a los posibles candidatos.

—Me extraña que mi padre sugiera tal cosa, de hecho, él prefiere tener a Andrei en Moscú. Esto debe ser cosa de él, pero me pregunto que motivos tendrá para haber aceptado... —medité en voz alta.

Algo me decía que por remoto que aquello pareciera, el hecho de que Nadia también viniera a la ciudad no podía ser tanta casualidad en ambos casos. Eso definitivamente era extraño... muy extraño.

—Lo cierto es que a nosotros nos viene muy bien que se haya decidido a ocupar el puesto —terció Alejandro sirviéndose un café.— Al final hemos tenido suerte, aunque tendrá que aprender español.

—Eso es cierto —sonreí mientras ocultaba la mitad del rostro con el libro sobre maternidad que estaba leyendo porque cada vez sospechaba con mayor creencia que aquello no era ni casualidad, ni suerte, ni dios que se le parezca... algo ocultaba Andrei para haber aceptado aquel puesto y pensaba averiguarlo tarde o temprano.

Alejandro se acercó hasta mí y me cogió los pies para sentarse en el sofá y así colocarlos sobre su regazo.

—¿Cómo está mi pequeña Zafiro esta mañana? —exclamó acercándose hasta dar un beso en mi vientre que no estaba cubierto con nada.

—Debe estar feliz —susurré—. Porque las náuseas por fin han desaparecido —añadí contenta.

No me molestaba aquel apodo tan tierno, de hecho, incluso le había cogido especial cariño.

—Esa es mi chica —insistió Alejandro dando otro beso a mi

panza.

—¿Has pensado que pasará si es un niño? —pregunté para ver su respuesta.

—Es una niña —afirmó tan seguro de sí mismo que hasta a mi me hacía dudar teniendo en cuenta que no me había hecho la prueba para averiguarlo y lo cierto es que dudaba que la hiciese para no decepcionarle en caso de que fuera un niño. Estaba tan seguro al respecto y deseaba tanto que fuera una niña, que no quería desilusionarle y había aceptado mantendría la incógnita hasta el final.

—Vale —contesté—, pero ¿Qué pasará si es un niño? —insistí.

—Mi Zafiro no será un niño —aclaró—. Ella será la niña más hermosa que nadie haya visto jamás. Tan hermosa como tú —concluyó observándome y no tuve palabras que responder ante aquello.

22. mi zafiro

POV ALEJANDRO

A los nueve meses y una semana, porque mi pequeña Zafiro no quería salir del vientre ya que parecía estar lo suficientemente a gusto y bien calentita dentro de la panza de su madre —quizá porque fuera hacía bastante fresquito a pesar de no haber llegado aún el invierno—, me desperté cuando sentí la voz de mi preciosa perla rusa que ahora por fin podía decir que era mi mujer, únicamente mía en todos los sentidos de la palabra.

—Alejandro ya viene. —Oí el susurro inconfundible de Irina.

—¿Qué?, ¿Ya? —grité reaccionando de pronto y dando un salto de la cama.

Todo estaba más que preparado porque desde hacía una semana estábamos a la espera precisamente de ese momento, así que comencé a vestirme con los primeros pantalones que encontré que no eran otros que los que había usado ese día y cogí una camisa al azar. Lo que menos me preocupaba en ese momento era que ambas prendas combinaran entre sí, por mi podía ser marrón y verde que así parecería un árbol de navidad.

—Si —jadeó ella con cierto dolor en su rostro—. La cama está mojada porque creo que he roto aguas y las contracciones son bastante fuertes —asintió y me acerqué a ella para tratar de ayudarla.

—Dime qué quieres que haga —contesté nervioso.

No podía creer que por fin viniera, que al fin fuese a conocer a mi pequeña... porque sin duda sería una niña tan guapa como su madre.

—Tráeme un vestido azul que hay colgado en la percha de entrada y coge los bolsos que hay preparados sobre la habitación del bebé — mencionó respirando profundamente e hice lo que me pedía.

Habíamos adecuado una de las habitaciones en tonalidades blancas y tonos neutrales de beige con grises porque Irina se negó a saber el sexo del bebé, aunque yo le había insistido hasta la saciedad en que sería una niña y de hecho casi toda la ropa que había comprado al menos en mi presencia era precisamente de niña.

En cuanto montamos en el vehículo camino del hospital noté como se agarró a mi brazo y apretó con fuerza al mismo tiempo que gritaba de dolor y tuve una sensación de absoluta impotencia por no poder sufrir yo ese lamento.

—¡Joder como duele! —gritó con cierto ahogo en su voz.

—Tranquila cariño —dije completamente nervioso y temblándome el pulso—. Llegaremos enseguida —tercié mientras conseguía que arrancase el motor.

—Llama a mis padres —advirtió dejándose caer en el asiento—. Y a Nadia que igual no está de guardia y puede venir —insistió ya que nos dirigíamos hacia una clínica privada y la amiga de Irina trabajaba en el hospital central.

El momento desde que llegamos hasta que finalmente la revisaron y le pusieron la epidural fue eterno, pero en apenas dos horas, mi preciosa rusa estaba de parto y yo tenía aquella bata verde, guantes, gorro, fundas de zapatos y todo lo necesario puesto porque iba a ver nacer a mi Zafiro, por fin iba a ponerle cara a esa criatura preciosa que tanto me había negado en un principio a tener y que

ahora se había convertido casi en el núcleo central de mi vida aparte de mi esposa. Irina era mi vida y el centro de todo mi ser, pero saber que esa vida que había ayudado a crear estaba a punto de nacer me llenaba de felicidad y temor al mismo tiempo.

Tenía miedo. Lo confieso. Tenía realmente pavor sobre las expectativas que suponía enfrentarse a ese mundo desconocido de ser padre y sobre todo no estar a la altura de las circunstancias, no hacer las cosas bien porque no tenía ni la más mínima idea de cómo ser un buen padre cuando nunca tuve un ejemplo en el que reflejarme, pero iba a intentarlo, sabía que eso me haría ser mejor persona, mejor hombre, mejor marido y sobre todo... porque se lo debía a esa pequeña criatura que estaba a punto de salir del vientre de su madre. Daría mi vida entera por proteger a ese ser que aún no conocía, pero que era sangre de mi sangre y que sin saberlo ya tenía una parte de mi alma.

—¡Empuja ahora! —exclamó el doctor que la asistía en el parto y la ayudé a incorporarse para empujar mientras me apretaba la mano sudorosa.

—No puedo más —jadeó y besé sus labios.

—Claro que puedes —aseguré sonriente a pesar de que verla en ese estado me conmovía profundamente, pero tenía que hacerlo, tenía que resistir—. Te necesitamos —añadí dándole un beso en la mano.

—¡Vamos, un último empujón Irina!, ¡Con todas tus fuerzas! —exclamó el doctor.

—Un último empujón —advertí y la vi respirar profundamente mientras comenzó a gritar haciéndome gritar a mi también por la fuerza con la que me apretaba.

En ese momento observé aquella cosa diminuta entre las manos de aquel médico y un sentimiento extraño me conmovió por dentro sin saber cómo sentirme o como reaccionar, solamente podía quedarme allí estático observando a esa criatura agitar los brazos.

—Es una preciosa niña —anunció en un tono de voz vibrante y la depositó sobre el pecho de Irina.

—¡Oh! —la oí exclamar—. Hola pequeña —susurró mientras observaba como se aferraba a su madre y en ese momento sentí la mirada borrosa, noté como agua en mis mejillas y comprobé que estaba llorando, ¡Dios! Estaba llorando de emoción porque aquello simplemente superaba todas mis expectativas por más que lo hubiera imaginado—. Alejandro... ¿Estás bien? —preguntó entonces mi preciosa rusa y tuve que secarme aquellas lágrimas con la manga de aquella bata verde.

—Es... —comencé a balbucear—. Es perfecta —dije acercándome a ella y dándole un beso en la frente primero a la pequeña y después me acerqué a los labios de mi preciosa esposa que no podía dejar de mirar a nuestra pequeña y los rocé suavemente—. Gracias por darme el mayor regalo de mi vida.

—¿Cómo se llamará la pequeña? —preguntó entonces una enfermera mientras cogía a nuestra hija del regazo de su madre y se la llevaba suponíamos que para hacerle las pruebas necesarias y ver que todo estaba bien.

En ese momento miré a Irina. Habíamos mencionado muchos nombres, pero nunca nos habíamos decidido por alguno que nos gustase a ambos.

—Decídelo tu —susurré llevándome su mano a los labios.

—Zafiro —contestó en ese momento y me quedé sin habla—.

Zafiro Komarova Álvarez —contestó sonriente y supe que en algo tenía que terminar cediendo cuando le había puesto como nombre a mi hija el apodo con el que la había bautizado y era ceder en que mi apellido tendría que ir en segundo lugar, aunque eso era algo a lo que podía acceder gustosamente cuando mi propia hija heredaría el imperio de su abuelo materno.

—¿Zafiro? —exclamé—. ¿Estás segura de esto? —insistí puesto que un nombre era para toda la vida.

—Realmente no me gusta ningún otro nombre y sé que tu la vas a llamar siempre así —respondió sonriente.

—No podrías haberme hecho más feliz —contesté colocándome a su altura.

—¿No te molesta que no lleve tu apellido primero? —preguntó sorprendida porque no había mencionado nada al respecto.

—¿Cómo podría molestarme cuando es un orgullo que lo lleve? —exclamé sonriente.

—Te quiero Alejandro —susurró y supe que, sin pretenderlo, sin siquiera pensarlo, aquella mujer me había cambiado por completo. Había dejado de ser el hombre que era no hacía tanto tiempo.

Ese Alejandro que una vez fui años atrás y que simplemente aspiraba a colmar el tiempo con trabajo, que detestaba la sola idea de tener una relación estable, que era incapaz de confiar en una mujer y que asumía que jamás tendría una familia y moriría completamente solo; había desaparecido. Irina había conseguido que acabara con mi pasado, que me enfrentara a mi mismo y a todos esos miedos que aún reservaba de mi infancia y que condicionaban mi presente además de mi futuro. Sin duda alguna me había estado privando de tantas cosas... que ahora no veía el momento de aprovechar al

máximo aquella felicidad que solo ella me proporcionaba.

Era feliz. Era inmensamente feliz y solo podía agradecersele amándola cada instante, cada momento, cada segundo de mi vida que pasara a su lado.

Poco a poco fueron llegando tanto amigos como familiares a conocer a nuestra pequeña Zafiro, que era sin lugar a duda la niña más hermosa que jamás había visto y no lo decía porque fuera mi hija... ¡Mi hija! Sino porque realmente era tan preciosa como lo era su madre.

—¿Y ese nombre? —preguntó mi hermana sorprendida mientras sostenía a mi sobrino Andrés en sus brazos que no se soltaba de su madre y yo mantenía entre los míos a mi pequeña Zafiro.

Había esperado que la experiencia cuando fui a conocer a mi propio sobrino sería vagamente similar a cuando mi pequeña naciera, pero era completamente distinto, de hecho, no tenía nada que ver, porque era demasiado extraño amar con toda convicción a un ser al que simplemente acababas de ver por más que tratara de convencerme que esperaba su llegada. Era extraño, pero al mismo tiempo me colmaba de ternura cada vez que la miraba ahora que la sostenía entre mis brazos mientras dormía plácidamente.

—Nunca creí que la paternidad fuera a sentarte tan bien, grandullón —susurró mi hermana ante el silencio por no responder a su primera pregunta.

—Ni yo —admití sin quitar los ojos de encima a mi hija—, pero reconozco que es una de las dos mejores cosas que me han pasado en la vida.

—¿Dos? —preguntó aturdida—. ¿Cuál fue la otra? —exclamó sonriente.

—Encontrar a Irina —afirmé sincero sin cohibirme—. Ella me lo ha dado todo... incluso a mi hija —confesé alzando la mirada para verla, estaba distraída hablando con su mejor amiga Nadia que parecía estar evaluando si se encontraba bien.

—Ahora tienes una familia Alejandro —contestó mi hermana—. Y sé que serás el mejor padre que esta pequeña puede tener.

—¿De verdad? —pregunté con cierto tono de preocupación.

—Siempre estuviste a mi lado; me protegiste, me cuidaste, hiciste hasta lo imposible porque no me faltase nada, aunque tu tuvieras que renunciar a tu infancia por ello, ¿De verdad crees que no serías un buen padre? —exclamó con firmeza—. Si hiciste todo eso por mi, ¿Qué no harás por tu propia hija?

—Pero solo lo hice porque... —En ese momento mis palabras murieron en mi garganta y comprendí lo que trataba de decirme y lo que durante años insistió en que entendiera—. Te quiero pecosa —añadí sonriente.

—Lo sé —afirmó—. Y me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que te merece de verdad, alguien como ella.

Sonreí ante las palabras de mi hermana y no pude añadir nada más porque aquella pequeña despertó inquieta y al parecer tenía hambre, así que la llevé junto a su madre.

Cualquiera podría decir que las noches cuando tienes a un bebé son infernales, pero lo cierto es que cada vez que aquel llanto me despertaba solo podía pensar que aquello era de verdad y no se trataba de un sueño, que mi hija era real y que Irina era mi mujer... aunque también debo reconocer que mi pequeña Zafiro era demasiado buena o eso pensaba yo por ser mi hija, porque lo cierto es que solo despertaba para comer y enseguida se quedaba dormida.

Desde que Andrei había tomado el puesto de dirección en la empresa, nos habíamos hecho bastante íntimos hasta el punto de llegar a conocerle y tratarnos casi como hermanos, eso me daba la seguridad suficiente para confiar en él y aunque yo asumí íntegramente la presidencia de la empresa haciéndolo lo mejor que podía e incluso contando con el apoyo de mi suegro cuando Irina estaba en la recta final de su embarazo, ahora sabía que podía escaparme unos días y dejar a Andrei al frente de todo, aunque no dejase completamente de lado los negocios, pero me apetecía darle una sorpresa a mi perla rusa, algo que estaba seguro de que le encantaría y que llevaba meses planificando hasta que por fin la habían terminado.

—¿Estás seguro de que puedes tomarte unos días libres? — insistió Irina y yo sonreí por la ingenuidad de toda aquella sorpresa.

—Que si —dije cargando a la pequeña mientras ella terminaba de meter no sé cuántos botes de cremas en uno de esos bolsos de bebés.

—Está bien —contestó cargándose el bolso al hombro y se lo quitó porque sabía que pesaría demasiado.

No tuve que conducir demasiado porque el lugar al que íbamos estaba a menos de una hora de nuestro apartamento. Cuando comencé a adentrarme por un camino lleno de arboleda, noté la mirada inquieta de Irina y pareció extrañada.

—¿Dónde se supone que estamos? —preguntó mirando hacia los lados no apreciando nada en particular.

—Al norte de la ciudad —admití no perdiendo detalle de su rostro por el espejo retrovisor, ya que se encontraba en el asiento de atrás junto al asiento del bebé.

—Pero..., ¿No se suponía que íbamos a ir a la casa del lago? —

exclamó esta vez mirando ella al espejo retrovisor para verme.

—En realidad no —admití—. Te he traído a otro lugar que espero que te guste incluso más que la casa del lago.

—¿Dónde me has traído? —preguntó y en ese momento la enorme casa apareció frente a nosotros.

—Al que espero se convierta en nuestro hogar —admití nervioso porque no sabía si le gustaría o no, pero no quería criar a mi hija en todo el caos de la ciudad, por eso había encontrado aquel lugar idílico y perfecto que deseaba convertirlo en nuestro hogar.

—¿Nuestro hogar? —preguntó susurrante y supe que era porque Zafiro se había quedado dormida—. ¿Cómo que nuestro hogar?, ¿Vamos a vivir aquí?

Salí del coche y abrí a puerta trasera para coger a la pequeña mientras ella también salía por la otra puerta de atrás y la veía observar aquella inmensa casa.

—Si te gusta nos vendremos a vivir aquí para estar alejados de la ciudad. Hay un colegio muy bueno a tan solo veinte minutos y la calidad de vida que tendrá nuestra pequeña aquí no la conseguirá en la ciudad. Además, tampoco estamos tan lejos y aunque no lo parezca, hay más casas por la zona, pero la arboleda nos proporciona la intimidad perfecta.

—¿De verdad? —exclamó aturdida y vi que comenzó a bordear la casa, probablemente tardaría solo unos minutos en descubrir porqué me había decidido por esa casa.

—¡Oh dios mío! —gritó cuando la inmensidad de aquel prado enorme se abría campo a través hasta donde la vista lograba perderse.

—¿Te gusta? —pregunté y vi que había enmudecido, como si no

tuviera palabras para definir aquello o eso pensaba y sus ojos brillaban con tanta intensidad que no comprendía si eso era bueno o malo en aquel momento.

23. el dios griego

Había soñado con ese lugar, lo había visto nítidamente en sueños y, es más, había visto también a Zafiro a pesar de no saber siquiera que era mi propia hija en aquel momento. También había visto a Alejandro en aquella imagen, jugando con esa niña pequeña de cabellos castaño oscuro y profundos ojos azules. Sin lugar a duda era ese prado, olía exactamente igual que en ese sueño y podía ver las flores que precisamente proporcionaban esa fragancia singular que me habían recordado el momento. ¿Cómo era eso posible?, ¿Cómo había podido soñar con aquello mucho antes de presenciarlo? Quizá jamás le encontrase una explicación coherente y probablemente si lo mencionara en voz alta dijese que sería por alguno de los golpes en la cabeza o el shock que sufrí por la situación del secuestro, pero aquel lugar era real, existía y por más ilógico que fuera... había sido premonitorio.

—Este es nuestro hogar —afirmé sin revelar que por increíble que pareciera aquel sueño solo me advertía del futuro que me esperaba tras aquel suceso horrible.

—Si aún no has visto la casa —contestó con una sonrisa divertida mi dios griego que permanecía de pie cargando en brazos a nuestra pequeña hija que aún seguía plácidamente dormida.

—No me hace falta verla, sé que éste será nuestro hogar. No hay ningún otro que pudiera tener esto —admití abriendo los brazos y

señalando aquel campo enorme.

—Sabía que dirías eso —dijo acercándose y besando mis labios—. Por eso la compré.

—¿La compraste? —exclamé pensando que solo estaba valorando la posibilidad, no que directamente la había comprado.

—Lo tuve claro desde el momento que la vi, pero no quería presionarte diciéndote que ya era nuestra.

No me sorprendió que Alejandro hiciera esa clase de cosas, lo cierto es que ni sé cómo no lo había supuesto desde el primer momento, aún así recorrí toda la casa y lo cierto es que tenía su encanto, era una mezcla perfecta entre casa victoriana con toques muy modernos, tan modernos que prácticamente estaba robotizada para adaptarla a ser lo más autosuficiente y energéticamente posible. Aquel lugar sería donde Zafiro crecería y donde esperaba que, tras unos años nuestra familia aumentase, aunque aún no lo hubiéramos planificado.

—¿Hay algo que quieras cambiar de la casa? —preguntó Alejandro cuando terminé de realizar el recorrido.

—Si —afirmé—. Hay un par de cosas —contesté muy seria.

—¿El qué? —exclamó—. Porque pensé que la decoración te gustaría.

—Me gusta, pero hay dos cosas que me faltan —dije acercándome a él. La primera es esa fotografía de nuestra boda sobre el cabecero de nuestra cama —susurré sonriente y él pareció algo aliviado.

—¿Y la segunda? —preguntó aún no del todo convencido.

—La segunda es que no hay nata para las tortitas —contesté de forma sugerente y en ese momento él pareció respirar tranquilo.

—Eso es porque está en el maletero del coche —admitió y abrí los

ojos sorprendida.

—¿De verdad has traído nata? —pregunté atónita.

—¿Creías que iba a dejar a mi preciosa esposa sin tortitas con nata y chocolate para desayunar? —exclamó—. Fue lo primero que metí en el maletero.

—¡Oh! —exclamé abrazándole con cuidado porque aún sostenía a Zafiro en brazos que seguía dormida—. ¡Ahora sé por qué te quiero tanto! —añadí riéndome mientras me colocaba de puntillas para besarle.

Noté como bordeaba mi cintura atrayéndome a él y subí mis brazos para rodearle el cuello mientras comenzaba a profundizar aquel beso con desesperación. Hacía demasiado tiempo que no tenía sexo con mi propio marido debido a la recta final de embarazo y después al postparto, así que en aquel momento sentía que mi apetito sexual era inmensamente descomunal después de un largo letargo.

—Si me besas así voy a desear mucho más y no...

—Cssh —siseé mientras le cogía de la mano y le arrastraba escaleras arriba hasta llegar a una de las habitaciones donde había una cunita, dejé a Zafiro en ella profundamente dormida mientras volvía a besarle.

—¿Estás segura? —exclamó—. Ya... ¿podemos? —preguntó con cierta cautela y salté sobre él rodeándole con mis piernas la cintura, algo que hacía meses que no había podido hacer y que me encantaba porque apretaba con sus manos mis nalgas haciéndome sentir su erección en todo su esplendor como ahora.

—Completamente segura —afirmé besándole de nuevo con ansia y devorando sus labios con desesperación mientras él caminó hasta

que sentí la pared de aquella habitación en mi espalda e instantes después los botones del vestido que llevaba para poder darle el pecho a la pequeña saltaban mientras Alejandro comenzaba un reguero de besos que iba desde mi cuello hasta pasar por el esternón mientras gemía suavemente de placer.

—Llevo tanto tiempo deseando esto que dudo que pueda aguantar más de dos minutos sin hundirme dentro de ti, preciosa — jadeó llevándose una mano al pantalón y le ayudé en ello mientras me quitaba la prenda interior que llevaba puesta.

Ambos miramos por inercia hacia la cuna y observamos que nuestra hija seguía durmiendo así que cuando Alejandro volvió a alzarme me abracé a él mientras sentía como se hundía poco a poco en mi interior hasta que finalmente le sentí por completo y mordí su hombro para acallar el sonido de aquel profundo jadeo que intentaba salir de mi garganta.

¡Joder! ¡Cómo había echado de menos aquello! Pensé mientras sentía como volvía a salir para embestir de nuevo en un vaivén frenético que comenzó a envolvernos a ambos. Hubo un momento en el que nos observamos mutuamente mientras dejábamos que el placer nos embriagara, nos consumiera y nos devorase por completo.

—Llévame al Olimpo —gemí mirándole directamente a los ojos —. Sé mi dios griego eterno —susurré.

—Te llevaré al Olimpo y a los confines del mundo si tu lo deseas, mi preciosa esposa —jadeó rozando mis labios y me dejé arrastrar por aquel auténtico paraíso terrenal.

Finalmente nos mudamos a esa enorme mansión a las afueras de la ciudad, rodeada de prados verdes y arboleda, un lugar idílico a tan solo una hora de la ciudad. Merecía la pena a pesar del tráfico para

llegar al trabajo, aunque había comenzado a traerse tanto trabajo a casa, que lo cierto es que podíamos pasar bastante tiempo juntos. A mis padres les encantó la casa, así que compraron una lo suficientemente cerca para estar cerca de Zafiro y en cuanto la pequeña cumplió los seis meses, comencé a retomar de nuevo el trabajo parcialmente para que no solo yo pudiera disfrutar de nuestra hija, sino que Alejandro también pudiera hacerlo.

Aquella tarde se me había echado el tiempo encima y cuando terminé la última videoconferencia con los americanos. Salí del despacho que habíamos organizado en la planta baja y descubrí que Alejandro estaba dormido en el sofá con la pequeña sobre su pecho sujetándola con ambos brazos. Me dejé caer sobre el marco de la puerta y supe que podría pasarme la vida observándoles sin cansarme. Ellos lo eran todo para mí, eran mi propia familia y no había lugar en el mundo donde quisiera estar que no fuera ese.

Si tuviera que dar marcha atrás, si volviera a ese instante donde por un azar del destino envié aquel mensaje con esa fotografía semidesnuda al destinatario equivocado, sin duda alguna repetiría cada error, cada decisión por buena o mala que ésta fuera solo para llegar al mismo destino, a ese en el que obtendría lo que ahora tenía ante mis ojos.

No deseaba nada más... mi felicidad junto a ellos era completa.

—¡Ey! —susurró Alejandro abriendo los ojos y dándose cuenta de que se había quedado dormido—. ¿Ya has terminado? —preguntó incorporándose con sumo cuidado para no despertar a la pequeña.

—Si —contesté en voz baja mientras empezaba a apagar las luces para irnos a la cama—. Todo sigue según lo previsto —advertí mientras le seguía por las escaleras hasta entrar en nuestra

habitación y dejar sobre la cuna que había pegada a mi lado de la cama a nuestra hija mientras comenzaba a desvestirse algo adormilado.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dije recordando sin saber por qué en ese preciso instante algo que sucedió hace meses.

—Claro —dijo sacándose la camiseta por los hombros.

—¿Qué fue lo que pediste por tu cumpleaños? —pregunté sin saber por qué recordaba justo ese momento ahora.

Aún no había pasado un año siquiera de aquello y sin embargo en aquel momento no sabíamos lo drásticamente que cambiaría nuestras vidas. Observé que Alejandro se levantaba y se dirigía hacia mí, que me encontraba en el baño de la habitación frente al espejo con el cepillo de dientes en la mano. Se situó en mi espalda, de forma que sentía el calor que emanaba de su pecho y podía apreciar su reflejo a través del espejo junto al mío.

—¿Quieres saber si se ha cumplido? —preguntó mirándome directamente.

—Si —afirmé observándole del mismo modo.

—Si. Se cumplió —contestó provocando que tuviera aún más intriga sobre aquello.

—¿Y puedo saber que fue? —insistí con una vaga sonrisa.

—Deseé encontrar una joya valiosa. Lo suficientemente hermosa y única para poder regalarte y que cada vez que la vieras sintieras que me pertenecías solo a mí —contestó pacientemente y entonces me di la vuelta sorprendida.

—¿Deseaste algo para mí? —pregunté extrañada.

—Si —afirmó guardando silencio.

—Pero no me has regalado ninguna joya —contesté incoherente.

De hecho, traté de recordar si me había regalado algo en los últimos meses y comprobé mentalmente que no había sido así.

—En realidad podría decirse que me la has regalado tú a mí, pero sé que es tan valiosa para ti como lo es para mí —susurró y en ese momento supe que se refería a nuestra hija. Ella era una joya, era el Zafiro más valioso y único que podría encontrar sobre la faz de la tierra.

—¿Eres feliz? —pregunté con los ojos algo empañados.

—No podría definir exactamente qué es la felicidad, pero sé que no hay ningún otro lugar en el que quiera estar que no sea junto a ti y nuestra preciosa hija. Vosotras lo sois todo para mí, para mí eso es lo único importante.

—Eres el único hombre que verdaderamente he amado, Alejandro —confesé alzando los brazos para rodear su cuello.

—Y tu sin duda eres la única mujer que he logrado amar en toda mi vida —contestó sonriente acercando sus labios a los míos, rozándolos suavemente con tanta calidez que me resultaba infinitamente placentero—. Solo necesité una imagen de ese perfecto trasero, para saber que definitivamente cambiarías mi vida por completo.

En ese momento no pude evitar reírme al recordar como comenzó nuestra relación y me mordí el labio suavemente mientras le observé fijamente.

—¿Sabes que aún conservo esa prenda interior? —confesé incitándole y vi como aquella mirada de profundos ojos azules se oscurecía.

—Definitivamente me vuelves loco —admitió acercándose para apresar mis labios—, pero seré un loco infinitamente agradecido de

que te cruzaras en mi camino para darme todo aquello que no sabía que deseaba tener.

—Espérame en la cama —jadeé sonriente mientras le empujaba para que saliera del baño.

—¿Vas a desear que sea tu dios griego esta noche? —gimió antes de que cerrase la puerta.

—Por supuesto —admití mordiéndome el labio.

Cuando abrí la puerta para salir a la habitación jamás había esperado encontrarme aquella escena que me dejó completamente indefensa, porque Alejandro estaba vestido realmente como un dios griego y tuve que agarrarme al marco de la puerta para sostenerme ante la divinidad que tenía delante de los ojos. Al parecer se había tomado literalmente al pie de la letra mi deseo. Llevaba una especie de trapo dorado enredado en la cintura que luego subía hacia uno de sus hombros, además se había colocado una especie de botas o espinilleras doradas y también llevaba una especie de brazaletes del mismo material. Para completar el conjunto también se había colocado una especie de corona dorada y una larga capa que caía por su espalda mientras posaba de forma sensual...

—Aquí tienes a tu dios griego —pronunció con esa voz grave que hizo que me temblase todo el cuerpo y esta vez con verdadera razón.

Definitivamente era un dios griego, uno desde los pies hasta la cabeza con cada musculo curtido e impresionantemente apuesto como el primer día que posé mis ojos en él cuando aún desconocía quien era. Me acerqué lentamente hacia donde se encontraba y en cuanto llegué a su lado me apresó atrayéndome a su cuerpo, pudiendo apreciar aquellos músculos firmes que me tenían enjaulada y cuyos barrotes eran sus fuertes brazos.

Tal vez acababa de descubrir porque Alejandro era único, inigualable e indescriptible y es que definitivamente sí era un dios... mi dios griego.

—¿Eres mi dios griego? —jadeé colocando una mano en su pecho y observando su reacción al apresarme entre su pecho y lanzarse sobre mis labios con pura impaciencia por hacerme suya.

—Cada día, cada instante, cada momento —susurró alejando levemente sus labios de los míos para contestarme—. Siempre seré tuyo de la forma y el modo en el que tu desees que lo sea.

—¿Porqué? —pregunté observando fijamente ese mar azul en el cual me perdía cada vez que observaba sus ojos.

—Porque soy tuyo, mi preciosa perla rusa.

Alejandro era tan mío como yo era suya y me lo demostraría con creces esa noche y todas las siguientes durante el resto de mi vida.

Fin.

Agradecimientos

Le doy las infinitas gracias a mis bellas florecillas por la paciencia y espera que han tenido hasta completar al fin esta trilogía. Se que han esperado de forma impaciente y que habrán degustado cada página con fervor hasta el final. Sin vuestro apoyo durante el camino, probablemente no lo habría conseguido.

Gracias a mi buen amigo Jaroh, por darme el impulso necesario para que esta obra fuera publicada cuando ni siquiera confiaba en mí misma para hacerlo y creía que no era lo suficientemente buena en este género.

Y gracias a ti, lector. Por acompañarme en este camino a lo largo de estos tres libros, por ser paciente, ansioso o simplemente curioso, por no abandonar en el camino y por dejar que mis palabras formen ahora una pequeña parte de ti.

Phavy Prieto



Phavy Prieto, escritora de origen Andaluz, nació el 31 de Julio de 1987. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, desde pequeña ha tenido una gran pasión por la lectura y las artes.

En Marzo de 2017 decide probarse a sí misma creando sus primeros libros en la plataforma digital Wattpad, compaginando esta afición con su trabajo habitual, no esperando conseguir tanta aceptación y valoración por parte de una comunidad de lectores con base internacional.

Para salir de su zona de confort, decide aventurarse en el género erótico más puro, dando origen a la trilogía *Tu + Yo*, donde consigue llegar a un público mucho más amplio que supera los ocho millones de lecturas con los dos primeros libros.